



PREMIO INTERNACIONAL DE NARRATIVA MARTA DE MONT MARÇAL 2014



BERTA TABOR

EL ÁNGEL *del* OLVIDO

Una promesa incumplida; un viaje por el Renacimiento en busca de respuestas, y tras los pasos de la mujer que desafi3 a una reina, a un emperador, y a un papa...



Lectulandia

Durante la reforma de su casa de Segovia, Laura encuentra un libro fechado en 1571 y dedicado a un tal Agustín Manuel por su hermano Jaime, junto con media moneda de bronce con el perfil de una dama renacentista, rodeada por caracteres hebreos.

Impulsada menos por la curiosidad que por el deseo de eludir la tristeza que la embarga desde su reciente divorcio, Laura viaja a Jerusalén para localizar a Jaime Saporta, el anciano judío que heredó, según ha descubierto, la otra mitad de la moneda.

Allí comprobará que este hombre posee, además, el retrato de un mercader portugués atribuido a Alberto Durero en el que como fondo aparece un misterioso castillo que ella cree reconocer.

Agustín Manuel y su hermano Jaime; Leonor, la hermanastra de ambos; personajes históricos como la bella portuguesa Brianda de Luna y su extraordinaria hermana Beatriz, banquera de reyes y salvadora de muchos descendientes de españoles judíos expulsados de su patria; Tintoretto y Durero; Felipe II y José Nasí, duque de Naxos; Carlos V o el sultán Solimán..., todos ellos conforman el rico entramado de amores, intrigas y traiciones que Laura descubrirá en el curso de sus indagaciones, sin saber que ella es la responsable de saldar una deuda que se contrajo cinco siglos antes.

Lectulandia

Berta Tabor

El ángel del olvido

Premio Marta de Mont Marçal 2014

ePub r1.0

Titivillus 23.05.18

Título original: *El ángel del olvido*

Berta Tabor, 2014

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mis padres.

Toda la historia del mundo es la historia de la libertad.

ALBERT CAMUS.

* * *

... Nos hablaste de un ángel del Talmud, el Ángel del Olvido, que tiene la misión de asegurarse de que, antes de cambiar de cuerpo, las almas pasan por el mar del olvido. Que, a veces, también el mismo ángel olvida, y entonces permanecen con nosotros fragmentos de otra vida, que son nuestros sueños...

NICOLE KRAUSS, *Llega un hombre y dice*.

* * *

El exilio desarraiga el yo, en el sentido de que lo arranca de la tierra en la que tiene todas sus fibras biológicas. Es un momento dramático, de una terrible pesadumbre, pues el exiliado no podrá nunca echar raíces en otro suelo. Sus raíces se quedarán a la intemperie, al descubierto en el vacío, y en cierto modo, podría decirse, en adelante no podrán agarrarse nada más que al cielo, a ese vacío por el que se extenderán en su nuevo intento de tocar de nuevo la tierra.

MARC CHAGALL.



PRIMERA PARTE

Segovia, enero de 2009

Laura recogió su larga melena castaña en una apretada coleta y observó con desapego las canas que había descubierto en sus sienes una semana atrás, el mismo día en que cumplía los cuarenta y dos años. Recordó entonces con fastidio que ese mediodía, en cuanto entregase en la editorial las correcciones que le habían encargado, debía viajar de nuevo a Segovia, a supervisar la reforma de la casona que le había dejado su abuela al morir.

Se le escapó un suspiro de desánimo pero se recompuso rápidamente y, tras lanzarle a su reflejo en el espejo una mirada resignada, levantó con gesto desafiante la barbilla y se dispuso estoicamente a soportar, una mañana más, la pesada carga de indefinible tristeza que anegaba sus días desde su divorcio de Antonio.

Aguardó unos instantes frente al umbral y, en cuanto sintió que controlaba el desasosiego que le producía siempre el montón de vigas caídas y de cascotes al que había quedado reducida la casona, se animó a entrar. Saludó a voces a la cuadrilla de obreros que se afanaba en seguir destruyendo lo poco que aún seguía en pie, en medio de una ensordecedora cacofonía de martillazos y de música tecno a todo volumen, y buscó con la mirada al capataz.

En cuanto se hubo asegurado de que la reforma seguía el plan previsto, Laura aprovechó el estrecho pasadizo que se había liberado entre los escombros, para escabullirse como una exhalación en dirección al patio.

Una vez allí, cerró rápidamente la puerta de la casa tras ella y lanzó una mirada emocionada a aquel pequeño remanso de paz. Aspiró con alivio el aire frío y limpio que llegaba de la montaña y contempló con cariño la vieja fuente de piedra, afeada ahora por el moho y por las matas de hierbajos que crecían donde antaño habían florecido los hermosos macizos de hortensias de la abuela Clara. Reconoció en el pedazo de hierro y en el par de gruesos muelles roídos por el óxido, abandonados junto a uno de los muros, los restos del balancín azul en el que se sentaba con su abuela a leer en las tardes de verano, y recordó con una punzada de melancolía el empeño tácito de ambas en prolongar esas sesiones de lectura, sentadas muy juntas, aun cuando la oscuridad emborronara ya las letras en el libro, y hasta el vaso de Cola Cao que se preparaba ella luego, cuando por fin entraban en la cocina, con leche muy fría, para que no se disolvieran las pompitas chocolateadas que aplastaba golosamente luego entre los labios.

Revivió también la sensación de angustia, intacta a pesar de los años

transcurridos, que la embargaba en el momento del baño, cuando comprendía que significaba el final de otro día más de un verano que deseaba que no acabara nunca, y le dolió más que nunca esa desidia suya de ahora, de la que no conseguía librarse, que la obligaba a diario a vencer unas constantes ganas de llorar y una apatía que le hacía difícil levantarse de la cama por las mañanas.

Suspiró sonoramente, y solo entonces se percató del repentino silencio que se había hecho en el interior de la casa.

Entreabrió intrigada la puerta y contempló con perplejidad la sala desierta.

—¿Juaaaaan? —gritó con todas sus fuerzas el nombre del capataz, y le contestaron unas voces a coro desde la cocina:

—¡Estamos aquí!

Los obreros se hicieron cortésmente a un lado al ver entrar a Laura y uno de ellos señaló con la barbilla el cofre de metal oscuro, en una hornacina en el muro semiderruido.

—Vamos, mujer... ¡Cójalo de una vez! —animó el capataz a Laura—. Que nos tiene a todos aquí en ascuas. A lo mejor resulta que el cofre este está repleto de oro y de piedras preciosas. Porque cosas así, de ocurrir, solo ocurren en casonas como esta, con sus más de quinientos años...

Laura asintió con un gesto de la cabeza. El cofre pesaba más de lo que había esperado y tuvo que posarlo rápidamente sobre el poyo para que no se le fuera a escapar de las manos. La brusquedad del movimiento hizo que la tapa se desprendiera de un golpe seco. Quedó entonces a la vista un bulto rectangular envuelto en un paño blanco del que cayó al suelo una pequeña pieza plana que rebotó con un tintineo metálico contra la piedra.

El capataz se lanzó a recogerla, y tras examinarla brevemente, la exhibió en alto.

—¡Mirad! Si me iba a equivocar yo... Es una moneda. Bueno, media. Parece de bronce y lleva acuñado el perfil de una mujer... De alguna reina, seguro —proclamó triunfante.

Se giró ilusionado hacia Laura, pero debió de comprender de inmediato que el libro que esta sostenía ahora entre las manos era todo el resto del tesoro porque soltó un pequeño bufido y, sin mediar palabra, se volteó y con gesto socarrón, salió de allí, seguido del resto de su cuadrilla.

Al poco tiempo, se reanudaba el estruendo de la obra como si nada hubiera sucedido.

Laura permaneció en la cocina a medio demoler, inmóvil. Al cabo de un rato, acercó con manos temblorosas el libro a la luz de una bombilla que colgaba desnuda de un cable y contempló maravillada el cuero labrado de sus tapas, mientras sus dedos las recorrían, súbitamente ansiosos, como los dedos de un ciego que hubiera reconocido en un rostro los rasgos de un ser amado que creía perdido para siempre.

A punto ya de abrir el libro, Laura decidió que debía ser su padre el primero en hacerlo. Lo envolvió con cuidado en el mismo paño blanco, junto al cofre de metal y

la media moneda de bronce, y con el improvisado hatillo abrazado fuertemente contra su pecho, salió de la casa y se dirigió con pasos rápidos hacia el coche.

— *E*s impresionante... Se ha conservado intacto hasta el hermoso tono azul del papel. Y no muestra rastros de moho ni de humedad —murmuraba admirativo Julio Coronel apenas una hora más tarde en su piso de Madrid, tras echarle una rápida ojeada al libro.

Comenzó a leer en voz alta, mientras Laura, inclinada sobre el hombro paterno, seguía a su vez el texto:

Biblia en lengua española traducida palabra por palabra de la verdad hebraica por muy excelentes letrados, vista y examinada por el officio de la Inquisición. Con privilegio del yllustríssimo señor duque de Ferrara.

—Fíjate además en el prólogo, Laura: «Dedicado a la muy magnífica señora doña Gracia Nací, por Yomtob Atías y Abraham Usque, en el año cinco mil trescientos trece». Un año que no corresponde a ninguna fecha de nuestro calendario... —observó perplejo—. Y hay una dedicatoria escrita a mano: «Para Agustín, mi hermano del alma, para que no olvides, cuando retournes a España, de dónde provienes». La firma Jaime Manuel, en Estambul, en el año del Señor de mil y quinientos setenta y uno...

Julio Coronel comenzó a remover uno tras otro los cajones del escritorio hasta que, blandiendo en una mano una tarjeta de visita, exclamó:

—¡Gabriel Lago! Fue paciente mío. Luego se casó y tuvo a su hija Elena, a la que a menudo traía él mismo a la consulta, para que la siguiera yo. Las pasadas Navidades me envió un libro suyo con esta tarjeta. Muy atento, por cierto. Supongo que algo nos podrá aclarar un catedrático de Historia de la Complutense sobre todo esto que has traído.

Mientras su padre se disponía a marcar el número de teléfono del profesor Lago, Laura se dirigió al otro extremo del salón y se dejó caer en el sofá, frente al amplio balcón que daba al paseo de Rosales. Cerró los ojos. Le gustaba el olor de ese piso. Le gustaba que siguiera oliendo igual que cuando vivía la abuela Clara, a su perfume de rosas, al talco de bebé con el que se espolvoreaba la piel y a la cera de abejas con la que le gustaba que abrillantaran la madera. Le pareció curioso después de tanto tiempo y se dijo, soñadora, que era como si las paredes del piso se empeñaran en no olvidarla y quisieran demostrarle así que la añoraban, del mismo modo que había hecho ella al acometer la reforma de esa vieja casona segoviana que su abuela tanto amaba.

La recordó de forma tan vívida, sentada allí mismo, en su sillón favorito junto al

piano, el cabello muy blanco y su frágil y levísima figura arrugando apenas el terciopelo del cojín, que tuvo que entreabrir los ojos, húmedos ya de nostalgia, y para alejar su imagen, fijó la mirada en los cientos de partículas doradas que la luz del atardecer mantenía suspendidas en el aire. La envolvente calidez de esa luz la serenó de inmediato, y cerró de nuevo los ojos. Se fue adormeciendo, acunada por el rumor del tráfico que comenzaba ya a resonar en su cabeza como el oleaje de un mar urbano, oculto entre la arboleda del Parque del Oeste.

Oyó entonces a su padre anunciar, a viva voz y muy ufano, que Gabriel Lago no tardaría en llegar.

Laura le abrió la puerta, brevemente desconcertada por el inesperado atractivo del profesor Lago, y se presentó antes de invitarle a pasar. Fue muy consciente de su propio aspecto desastrado, de su cara lavada y de su pelo sin brillo por la suciedad de la obra.

Tras los saludos entre su padre y el profesor Lago, los siguió en silencio al comedor sobre cuya mesa ya había dispuesto lo que había traído esa tarde de su casa de Segovia.

Gabriel Lago tomó de inmediato la media moneda entre el índice y el pulgar y leyó en voz alta:

—Gracia Nasí. A... Quince...

Les explicó que el nombre y el apellido estaban escritos en caracteres hebreos, y todo lo demás, en latín. La «A», inicial de «aetate», significaba «edad», y la cifra romana que la seguía, aunque interrumpida en la «V» por el corte, indicaba que la mujer del perfil tenía entre quince y dieciocho años cuando la moneda fue acuñada. Por la vestimenta de la dama, añadió, podría tratarse de una de esas monedas conmemorativas con las que, durante el Renacimiento, muchas familias ricas señalaban una fecha o un acontecimiento importante.

—En cuanto al paño blanco, es un talit. Un chal de rezo judío. Se distingue por estos flecos y estos nudos —indicó con la misma premura con la que había despachado la moneda.

Sin embargo, nada más coger el libro, su gesto se tornó solemne, y Laura adivinó que ya había anticipado, mientras habló con su padre por teléfono, de qué podía tratarse.

Contuvo, intrigada, la respiración.

Durante unos minutos no se oyó nada más que el roce de la punta del bolígrafo sobre las hojas del cuadernillo en el que Gabriel Lago tomaba notas.

—No quiero precipitarme... —murmuró finalmente—, pero podría tratarse de un ejemplar original de la conocida como Biblia de Ferrara, impresa en esa ciudad italiana en el siglo XVI para que los conversos de la Península, deseosos de retornar al judaísmo pero que no habían podido aprender a leer el hebreo, pudieran entender y

seguir los rezos en una sinagoga. El color azul del papel y la encuadernación, muy característica de la Italia renacentista, encajan desde luego con la descripción que se tiene de esa biblia.

Les informó de que existían dos tiradas diferentes de la Biblia de Ferrara; una, dedicada al duque de Ferrara y otra, la destinada a los conversos, dedicada a Gracia Nasí, su patrocinadora.

—El año 5313 se corresponde en el calendario judío... —Se interrumpió para garabatear unos números en su cuadernillo, antes de completar—: con el año 1553. Los judíos cuentan a partir del año de la creación del mundo. Esto descartaría de entrada que se pueda tratar de uno de los ejemplares que de esa biblia fueron impresos después, en el siglo XVII, en Ámsterdam.

—¿Cuántos ejemplares existen de esa biblia? —se interesó Julio.

—De los que se imprimieron después, en el XVII, unos cuantos, pero de la edición original, tan solo se conocen a fecha de hoy tres: el de Madrid, que se encuentra en el Palacio Real, el de la Universidad de Bolonia, y el de la Biblioteca de Filadelfia —respondió el profesor Lago, visiblemente impresionado—. Pero por supuesto, todo esto debe comprobarlo un experto.

Conocía bien a uno de los conservadores de la Biblioteca Nacional y se ofreció para hablar con él. Laura y Julio accedieron encantados, y Gabriel les recomendó que mantuvieran entretanto el libro en un lugar protegido, lejos de la luz y de cualquier fuente de calor o de humedad.

A Laura le había llamado la atención que pronunciara el apellido de Gracia Nací no tal y como aparecía escrito en el texto, con una «c», sino Nasí, con «s», además con la familiaridad de quien conocía ya al personaje.

Como si le hubiera leído la mente, Gabriel les explicó que esa Gracia Nasí a quien iba dedicada la biblia había llegado a dirigir en Amberes, durante el Renacimiento, una de las casas de negocios más importantes de la época, y que había invertido buena parte de su inmensa fortuna en poner a salvo de la Inquisición a los conversos que huían de la Península.

Al observar la perplejidad de Laura y de Julio, recapituló rápidamente y asumió el tono didáctico con el que ella imaginó que impartiría sus clases en la Facultad.

—Tras el decreto de expulsión de los Reyes Católicos en el año 1492, muchos judíos eligen el camino del exilio en vez de la conversión. Algunos se dirigen a Portugal, donde el rey Manuel les ha asegurado que podrán seguir practicando libremente su religión. Sin embargo, cuando cuatro años más tarde Manuel de Portugal se promete en matrimonio con la infanta Isabel, hija de los Reyes Católicos y viuda del hijo de Juan II, su predecesor en el trono de Portugal, esta le impone como condición para casarse que su futuro reino quede libre de herejes, y el rey Manuel, que no está dispuesto a renunciar ni a la boda ni a esa nueva clase hacendosa llegada de España que constituye, por ese entonces ya, casi el diez por ciento de la población de su reino, decide que todos sus judíos se bautizarán... A la fuerza, si hace falta. No

se les da esta vez la opción que tuvieron en España cuatro años atrás, de elegir entre el exilio o la conversión. Y así matan o venden como esclavos a los padres que se niegan a la conversión de sus hijos, mientras que a estos se los llevan lejos de sus familias para educarlos como cristianos. Llegan incluso a bautizar a los judíos que esperan hacinados en los muelles, para embarcar rumbo a África y escapar así a la conversión, a cubazos de agua bendita que arrojan a mansalva sobre ellos desde las torres del puerto. Lo más grave es que, todo bautizado que siga practicando su antigua fe, puede ser declarado apóstata y, como tal, condenado a muerte. Es con esos conversos, y con los hijos de esos conversos, con quienes se ensañará años más tarde la Inquisición. Es a esa pobre gente a la que Gracia Nasí intentará salvar de las feroces garras del Santo Oficio.

—Menuda barbaridad —suspiró Laura impresionada.

Gabriel se encogió levemente de hombros.

—Ahora me tengo que ir —se disculpó—. Le prometí a mi hija Elena que esta noche cuidaría de Alma, mi nieta. Una niña listísima. Es una lástima que ya no ejerzas, Julio, porque me habría gustado traerla a tu consulta para que la siguieras tú también a ella...

—¿No nos da tiempo para un brindis rápido? ¿Por nuestro descubrimiento? —propuso entonces Julio, señalando la biblia con un gesto de la barbilla.

—Por supuesto que sí —aceptó sonriente Gabriel.

Cuando Julio fue a buscar la bebida, Gabriel se giró hacia Laura y, con una gran sonrisa, le aseguró que la recordaba de niña.

—De una vez que entraste en la consulta y fuiste toda decidida a por las piruletas que tu padre guardaba para sus pacientes. Luego te sentaste en un rincón con tu botín hasta que entró tu madre y te alzó en volandas...

—¿Me recuerdas con ella? —lo interrumpió Laura.

—¿Con quién?

—Con mi madre. Murió antes de que yo cumpliera los tres años y me gusta cuando alguien nos recuerda juntas. Es como si la imagen que tengo de nosotras como madre e hija recobrara definición, se hiciera menos borrosa...

Gabriel la miró sin decir nada.

—Solo recuerdo eso, que te alzó en volandas... —se disculpó, sacudiendo la cabeza.

Sonrió de nuevo y a Laura le gustó su sonrisa, tierna a la vez que levemente azorada. Se miraron unos instantes en silencio. Ella sintió el rubor que le encendía las mejillas y desvió la mirada.

—En cuanto a tu biblia... —prosiguió entonces él, precipitadamente—, mañana mismo me pongo en contacto con el conservador de la Biblioteca Nacional. Si se trata, como todo parece apuntar, de un ejemplar original de la Biblia de Ferrara, podría tener un valor incalculable, ¿lo sabes?

—Eso estaría muy bien —suspiró ilusionada Laura—. ¿Crees que podremos

averiguar alguna cosa más sobre los dos hermanos, Agustín y Jaime Manuel?

—Es bastante probable que no. Aunque nunca se sabe... Hoy en día los conservadores de libros antiguos obtienen pistas que resultan muy valiosas para saber en qué lugares estuvo el libro en un momento dado, o en manos de quién, a partir de todo tipo de cosas, desde el papel utilizado, la piel de unas cubiertas, los dibujos de unas tapas, y hasta por las motas de polvo que han quedado atrapadas entre las páginas.

Se interrumpió al ver entrar a Julio Coronel con una botella de champán en una mano y unas flautas de cristal en la otra, y se levantó para ayudarle a colocarlas sobre la mesa.

Brindaron por el descubrimiento y por el feliz reencuentro que había propiciado. Y cuando se despedían ya, Laura corrió hacia el comedor y cogió la pieza de moneda de la mesa.

—A lo mejor, puedes averiguar algo también... —dijo y se la tendió a Gabriel en un gesto impulsivo, deseosa de que descubriera algo, cualquier cosa, y poder volver a verle.

*H*abían transcurrido dos meses cuando sonó el teléfono en el pequeño estudio en el que vivía Laura desde su divorcio.

—¿Laura? Espero no molestarte. Tu padre me dio tu número de teléfono...

—Por supuesto que no me molestas —le aseguró ella con la respiración entrecortada al reconocer la voz de Gabriel.

Después de que los expertos bibliógrafos hubieran confirmado que el profesor Lago no había errado en su identificación de la biblia, y de que este le devolviera a su padre la media moneda, Laura no había esperado volver a saber de él.

—Tengo buenas noticias —anunció entonces Gabriel.

Laura calló, expectante.

—Un adjunto del departamento vio las fotos de la mitad de moneda que me dejaste y recordó haber oído a un anciano ponente, en un congreso de judeoespañol en Tel Aviv, comentar que poseía una mitad de moneda que había descubierto cosida al dorso de un retrato que llevaba siglos en su familia y la había identificado, por la fotografía que aparecía en Google, como una moneda de Gracia Nasí.

—¿Y habéis podido hablar con el anciano?

—Sí, lo localizamos, aunque nos costó un poco..., porque se había mudado de Tel Aviv a Jerusalén. Se llama Jaime Saporta. Es un judío originario de Tesalónica. Me llamó hace un rato por teléfono, después de recibir las fotografías de tu mitad de moneda que yo le envié por correo, y me aseguró que las dos mitades podrían ser de una misma pieza. Que al menos eso es lo que parece sobre el papel...

—¡Qué emocionante!

—Desde luego. Pero cuando además se enteró de que habías descubierto tu mitad junto a un ejemplar original de la Biblia de Ferrara dedicada por un hombre a su hermano, y le mencioné, como me aseguró tu padre, que la casa en la que apareció todo había sido siempre de tu familia, insistió mucho en que debías ponerte en contacto con él cuanto antes... Tengo aquí su teléfono y el prefijo que tienes que marcar para llamar a Jerusalén.

Le dictó un número que Laura apuntó en el primer papel que encontró a mano.

—Y hay algo más... —añadió Gabriel, con el entusiasmo renovado de un prestidigitador que anuncia un número de magia aún más extraordinario—. Hemos encontrado unas cartas en el Archivo General de Simancas que mencionan a un judío llamado Agustín Manuel en el año 1571, con un hermano en Estambul, en el entorno cercano de Juan Micas, que es como los españoles se refieren a José Nasí, el sobrino de la Gracia Nasí de la que os hablé a tu padre y a ti. Se le relaciona con un memorial y, según parece, podría haber sido el mismo Agustín el encargado de llevarlo de parte

de Juan Micas al rey Felipe II...

—¿A nuestro Felipe II? —balbuceó Laura.

—Sí, a nuestro Felipe II, el del Escorial —bromeó Gabriel echándose a reír—. Pero si te parece bien, almorzamos juntos la semana que viene, y así te lo cuento todo y te llevo una copia de las cartas.

—Claro, por supuesto —alcanzó a murmurar Laura.

Gabriel propuso quedar el miércoles y mencionó el nombre de un conocido restaurante del centro de Madrid.

—No puedo antes, estoy muy ocupado con la preparación de una ponencia. ¿A las dos te parece bien?

Sabían ya mucho más de lo que dos meses atrás habían esperado llegar a averiguar nunca, recapituló Laura, después de colgar. Sabían que Agustín y su hermano Jaime eran judíos. Que Agustín había servido de emisario entre José Nasí en Estambul y el rey Felipe II en España. Y que Jaime, el hermano que le había dedicado la biblia a Agustín, pertenecía al entorno de José Nasí, el sobrino de la poderosa Gracia Nasí.

Sonrió, dejando volar durante unos instantes su imaginación y, sin pensarlo más, descolgó el teléfono y marcó el número de Jaime Saporta.

La conversación que mantuvo con el anciano Saporta fue breve pero al acabar, Laura encendió el ordenador y compró por Internet un vuelo de ida y vuelta a Tel Aviv.

Tres días después, embarcaba en un avión en Barajas, con rumbo al aeropuerto Ben Gurión.

A pesar de la hora temprana y de que los relojes marcaban allí dos horas menos que en Madrid, estaba anocheciendo ya cuando Laura cruzó ese jueves 12 de marzo una de las grandes puertas acristaladas del aeropuerto Ben Gurión y salió a la calle.

Se encontró de golpe en medio de una multitud ruidosa de familiares, taxistas, guías de turismo y amigos que esperaban a los viajeros, gesticulaban y se interpelaban a voces. La temperatura ambiente era suave, más cálida que la del interior del moderno aeropuerto.

Laura se apartó un poco del gentío y se quitó la chaqueta de lana con la que había viajado. Buscó con la mirada a Jaime Saporta, sin éxito.

Comenzó a ponerse nerviosa y no tardó en recriminarse por haberse precipitado de esa forma y por dejar que un completo desconocido la convenciera en apenas unos minutos para emprender ese viaje.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Nadie sabía dónde se encontraba, pensó atemorizada. Su padre estaba visitando a unos amigos en Oviedo, y ella no le había hablado de ese viaje de tres días para no preocuparlo. En la editorial, con la que llevaba años colaborando, solo había avisado de que no estaría disponible ese jueves ni ese viernes por si tenían pensado enviarle algún trabajo urgente de última hora. Y en cuanto a Marta y a Mónica, las dos únicas de sus amigas susceptibles de visitarla de improviso, les había contado, para que no intentaran desanimarla, que se iba unos días a un nada glamuroso balneario de Gerona, a celebrar que la reforma de la casa había finalizado.

Cada vez más agobiada, Laura apretó contra su pecho el bolso en el que llevaba el pequeño estuche con la mitad de la moneda, como si necesitara recordarse una vez más el motivo por el que se encontraba allí.

Fue entonces cuando, al dispersarse un nutrido grupo de gente, distinguió a un hombre mayor, solo, en el otro extremo de la acera, sujetando en alto un cartelito con un «Laura Coronel» escrito en cuidadas mayúsculas.

El anciano, menudo y muy delgado, vestía una camisa blanca, impecablemente planchada y un traje de tela ligera de color beis. A pesar de no llevar corbata, su aspecto y, quizás más aún, su expresión, eran de una extremada formalidad.

Así pues, ese era el hombre que le había declarado solemnemente por teléfono que llevaba toda la vida aguardándola. A la vez que agitaba el brazo, Laura se dirigió hacia él.

Jaime Saporta la contempló durante unos instantes en silencio antes de abrazarla y de agradecerle, visiblemente emocionado, que hubiera hecho el viaje. Conmovida por su recibimiento, Laura le siguió hasta el aparcamiento y tomó asiento junto a él

en un pequeño Subaru blanco.

Recorrieron en silencio una carretera bordeada de palmeras hasta alcanzar un control, ante el que se detuvieron. Un soldado de cara aniñada se asomó a la ventanilla y lanzó una rápida mirada al interior del coche.

A Laura la invadieron una vez más las dudas y se recriminaba de nuevo no haber sopesado el peligro que representaba viajar a una región que aparecía a diario en los noticiarios, cuando el soldado indicó con ademán cansino que podían proseguir.

El vehículo reemprendió la marcha mientras Laura, todavía inquieta, no cesaba de repetirse que solamente serían dos días en Israel, que no le pasaría nada, y que ese mismo sábado por la noche se encontraría de vuelta en Madrid, sana y salva...

Circularon durante unos quince minutos por una autopista, hasta llegar a la altura de unos espectaculares rascacielos de metal y cristal y de unos modernos edificios de oficinas, donde giraron a la izquierda.

—Nos dirigimos al mar —explicó Saporta—. La calle Ha Yarkon, en la que se encuentra tu hotel, bordea la playa.

Los inmuebles de esa zona eran bajos, de unas tres o cuatro plantas. En algunas fachadas había grandes desconchados, pero las luces de las casas y de los cafés le conferían a la ciudad un aire habitado de reconfortante normalidad.

Laura constató aliviada que la angustia que la había atenazado desde su llegada se había disipado. Se sentía mucho más relajada. Se fijó en las personas que había en las aceras. Una joven con un *short* vaquero deshilachado hablaba con aire desenfadado por el móvil, un hombre mayor empujaba un cochecito con dos niños pequeños, unas mujeres muy arregladas charlaban animadamente, de espaldas al escaparate iluminado de una tienda de ropa.

—La calle Dizengoff. Sus cafés y sus terrazas están siempre muy concurridos. Ahí tenía yo mi juguetería —indicó Saporta cuando se adentraron en una calle más amplia, señalando con el brazo tendido la elegante y sobria fachada de un restaurante japonés—. Vivía muy cerca de aquí, en una habitación que le alquilaba a una familia, hasta que hace cinco años, vendí la tienda y me mudé a Jerusalén... —Y añadió con aire misterioso—: Mañana entenderás el porqué.

Pero Laura estaba demasiado absorta contemplando el ambiente festivo de aquella calle abarrotada de chicas y chicos que charlaban animadamente en las terrazas de los cafés y deambulaban por sus aceras, algunos de ellos vestidos de uniforme y cargando con un pesado fusil negro en bandolera, como para sentirse intrigada por los acertijos de Saporta.

Laura se registró en la recepción del hotel y pidió que subieran su equipaje a la habitación, porque se les estaba haciendo tarde para un recital de música sefardí al que Saporta quería llevarla, en la universidad de Tel Aviv.

Se dirigieron en coche hacia el norte de la ciudad. Cruzaron un pequeño puente y recorrieron una avenida bordeada por centros comerciales, hasta alcanzar un gran aparcamiento al aire libre, casi desierto. Ya en el campus, caminaron a lo largo de un sendero de cemento, entre construcciones apenas iluminadas, hasta alcanzar un gran edificio de cuatro plantas. En el amplio vestíbulo, un anciano sentado en una silla plegable de plástico se levantó a saludar a Saporta y les indicó con un gesto que entraran sin hacer ruido porque la función ya había comenzado.

La sala estaba prácticamente vacía, a excepción de una decena de personas, todas muy mayores. En el escenario, iluminado por una luz tenue, un hombre acompañaba con su violín a una mujer de rostro ajado que desgranaba hermosas canciones en un español que a Laura le sonó muy antiguo.

La melancolía de algunas de esas melodías cuya letra, aun teniendo resonancias familiares, no alcanzaba a comprender del todo, sobrecogió por momentos a Laura. Sin entender la relación, pensó en el ámbar. En la nostalgia y en el ámbar. Y como siempre le había gustado jugar con las palabras, se le ocurrió que ese idioma y esas canciones habían quedado atrapados en el ámbar de la nostalgia...

A su lado, Saporta seguía, muy absorto, la función.

Al finalizar el recital, salieron al vestíbulo, donde alguien había dispuesto varios vasos de plástico con naranjada.

Una pareja mayor se les acercó, y Jaime Saporta se los presentó a Laura. Estrella, una mujer pequeña de cabello ralo y blanco con rasgos de niña arrugada, le sonrió, y Salomón, el anciano alto y levemente encorvado que iba con ella, inclinó cortésmente la cabeza.

—Vini de Sefarad... —le dijo Jaime Saporta a la pareja, señalando con la mirada a Laura.

Estrella, que llevaba un rato ya examinando a Laura sin disimulo alguno, dijo que era muy bella. Como todas las españolas, añadió. Los dos ancianos asintieron y Laura les agradeció el cumplido. La mujer explicó, en el mismo español arcaico de las canciones que acababan de oír, que aunque sus antepasados vivían en Jerusalén desde finales del siglo xv, su familia era originaria de Vitoria.

No disimuló su decepción cuando Laura comentó que no conocía Vitoria. La tomó del brazo y procedió a contarle, interrumpiéndose tan solo para asegurarse de que Laura la entendía y pedir ayuda a Jaime Saporta en caso contrario, la historia de

los médicos judíos de Vitoria que permanecieron, a petición de las autoridades locales, unos meses después del plazo dado por los Reyes Católicos, para atender a la población asolada por una epidemia de peste. Estrella añadió con orgullo, que en agradecimiento por el peligro que habían corrido esos judíos al exceder el plazo de salida, en Vitoria se comprometieron a no edificar nunca sobre el cementerio que los exiliados dejaban atrás.

Laura prometió que no dejaría de visitar Vitoria a la primera oportunidad que se le presentara y Estrella pareció darse por satisfecha. Se sonrieron de nuevo. Laura, un poco incómoda por el apasionado interés que despertaba, se sintió aliviada cuando Saporta anunció que se tenían que marchar porque quería llevar a su joven invitada a cenar a Yaffo.

Y

Yaffo se encontraba en el extremo sur del paseo marítimo de Tel Aviv. Laura reconoció su hotel al pasar, por su fachada iluminada de estilo *art déco*.

Jaime Saporta aparcó el coche junto a la playa y subieron por unas escaleras de piedra rodeadas de matorrales, hasta alcanzar una amplia explanada con varias terrazas al aire libre. Tomaron asiento en una de ellas y Saporta le pidió al camarero que les trajera unas brochetas de carne, unas pitas y un plato de humus.

Laura se recostó en el asiento y miró a su alrededor. A lo lejos se veían los altos edificios iluminados de Tel Aviv, bordeando el mar. En las mesas vecinas charlaban animadamente un par de parejas mayores con aspecto de turistas y un grupo de mujeres de mediana edad que parecían estar de celebración.

Se fijó en la alta torre de un campanario frente a ella, en las murallas que aislaban la costa, en las modernas farolas de hierro, en el cuidado empedrado del suelo. En lo agradable que resultaba oír el rumor del oleaje resonando a sus pies.

Saporta, satisfecho con la buena disposición de su invitada, se inclinó hacia ella y procedió a relatarle la historia del milenario puerto de Yaffo y de la joven ciudad de Tel Aviv, construida cien años atrás sobre las dunas.

Le habló también de su infancia y juventud en Salónica, o Tesalónica, como se llamaba en la actualidad esa ciudad griega cosmopolita y variopinta que había albergado, a lo largo de los siglos, una población judía tan importante que durante un tiempo se la conoció como la Jerusalén de los Balcanes. Él mismo había recibido una esmerada educación francesa en la Alianza Israelita Universal. Pero ese mundo, se lamentó, se había extinguido cuando los casi sesenta mil judíos que la habitaban fueron deportados a los campos de exterminio nazis.

—Tan solo sobrevivieron tres mil.

Calló unos instantes antes de seguir explicándole a Laura que su idioma materno era el judeoespañol, el mismo de las canciones que habían escuchado en la

universidad y que los judíos expulsados de la península Ibérica por los Reyes Católicos habían mantenido prácticamente inalterado, generación tras generación. Gracias a eso, no le había costado mucho trabajo aprender el castellano moderno.

Después de la cena pasearon por las calles del viejo Yaffo y se pararon frente a los puestos que exhibían dulces chorreantes de almíbar, iluminados por ristas de bombillas de colores.

Los puestos le recordaron a Laura las antiguas verbenas de pueblo. En realidad, todo a su alrededor tenía ese mismo aire decrepito: las fachadas apuntaladas, los viejos Mercedes que esperaban aparcados en fila en una parada de taxis y hasta el anciano sentado en una silla de madera frente a su tienda, que acompasaba la cabeza a la música oriental que salía de un pequeño transistor posado en el suelo, mientras desgranaba con una mano un rosario de gruesas cuentas amarillas.

Dos adolescentes pasaron en motocicleta, casi rozándolos, y dejaron tras ellos una densa humareda negra.

Laura se sintió de repente muy cansada.

—El viaje... —se disculpó.

Ya en el vestíbulo del hotel, acordaron que él pasaría a recogerla a las nueve de la mañana siguiente para llevarla a Jerusalén.

Laura descansó bien y se despertó unos minutos antes de que sonara el despertador a las seis de la mañana. Mientras desayunaba, divisó desde los amplios ventanales del restaurante del hotel, un mar agitado y oscuro, sembrado de coloridas velas de *windsurf*. En el extremo del largo paseo marítimo empedrado con grandes motivos geométricos en gris y blanco por el que caminaban con paso rápido o corrían los deportistas tan madrugadores como ella, reconoció el viejo torreón de Yaffo, donde había cenado la víspera, y calculó sorprendida que no habían transcurrido ni veinticuatro horas desde que saliera de Madrid.

En la calle se cruzó con pequeños grupos de tres, cuatro adolescentes con sus mochilas, camino del instituto. Algunos, como se había fijado que hacían también en Madrid, vestían vaqueros caídos que dejaban a la vista unos *boxers* con coloridos estampados. Vio a un padre que bajaba a toda prisa de un coche aparcado en segunda fila y entregaba a su pequeño, casi en volandas, a una joven que lo recibió con extraordinaria pericia frente a la puerta abierta de una guardería. En las terrazas frente a las que habían pasado en coche la víspera, unos camareros disponían mesas y sillas y atendían a sus primeros clientes. Un hombre mayor descargaba cajones de fruta de una vieja y abollada furgoneta blanca.

Laura recordó que a la viajera empedernida que había sido en su juventud, le gustaba siempre descubrir las ciudades al comienzo del día, sentir como si las pillara desprevenidas, y alcanzara así a captar algo de esa cotidianidad vetada a la mirada de los turistas. Percibía sin embargo que, en esta ocasión, la movía algo más que una simple curiosidad de turista.

«Para que no olvides de dónde provienes», resonaron en su mente como una cantinela las palabras con las que Jaime Manuel le había dedicado la biblia a su hermano Agustín.

Regresó al hotel y vio que Jaime Saporta se había adelantado y ya la esperaba sentado al volante. Le indicó con una seña que no tardaría y entró apresuradamente a recoger sus cosas y a saldar la cuenta en recepción. En cuanto Laura entró al coche, Saporta anunció en tono solemne que faltaba ya muy poco para que conociera el retrato en cuyo dorso había aparecido cosida su mitad de moneda.

—Está expuesto en un museo —añadió, echándole una rápida ojeada a Laura.

—Quiere decir que tiene un gran valor, artístico, o al menos histórico...

—Ambos. Es un retrato que pasó de padres a hijos durante generaciones. Que yo heredé de mi padre, y mi padre, a su vez, del suyo. —Hizo una breve pausa antes de exclamar, recalcando cada sílaba—: ¡Nada más y nada menos que un Durero!

—¿Un Durero auténtico? —balbuceó Laura con expresión de pasmo.

—Sí, auténtico. Hace unos años lo mandé limpiar y quedó visible el monograma con el que firmaba Alberto Durero: la «D» en el interior de la «A» mayúscula. Lo examinaron varios expertos y cuando lo autentificaron, decidí donarlo al museo de Israel, en Jerusalén, para que todo el mundo pudiera admirarlo. Y acabé mudándome a vivir allí para tenerlo más cerca.

—Vaya... —suspiró Laura tras sacudir varias veces la cabeza como si le costara asimilar toda esa información.

Se habían incorporado ya a la autopista y, salvo por las breves indicaciones de Jaime Saporta o las preguntas que hacía Laura, guardaban silencio. Saporta encendió la radio y comenzó a buscar emisoras en el dial. Llevaba la camisa ligeramente remangada y Laura se fijó en que tenía tatuados unos números en el brazo izquierdo. No tardó en comprender de qué se trataba y murmuró desolada:

—Usted estuvo en un campo de concentración...

Saporta apagó la radio. Con una voz extrañamente desprovista de emoción, contó que los habían deportado a Auschwitz en el año 43. A él y a toda su familia.

—Los mataron a todos nada más llegar. Susana, mi mujer, tenía veinte años. Murieron ella y el hijo que llevaba en su vientre.

Laura desvió la mirada y contempló acongojada los campos de naranjos que se extendían hasta el horizonte.

El coche emprendió la subida por una carretera rodeada de pinares y de riscos que a Laura le recordó el paisaje de la sierra de Madrid. No lo comentó por no importunar al anciano, que parecía ensimismado en sus pensamientos.

Conforme seguían avanzando, aumentaba el número de modernos edificios blancos que flanqueaban la carretera. Llegaron a una pequeña rotonda, en la que un parterre de flores componía en inglés, hebreo y árabe un mensaje de bienvenida a Jerusalén. Laura dio un ligero respingo en el asiento.

—No es una ciudad como las demás... —advirtió entonces el anciano, como si hubiera percibido la emoción de Laura.

Tomaron una calle bordeada por casas antiguas y bajas de piedra caliza.

—La calle Yaffo —anunció el conductor, y ya en una animada callejuela transversal con abigarrados puestos de frutas y verduras—: El Majané Yehudá, el mercado más importante de la ciudad. Hoy viernes, la gente hace las compras temprano para tenerlo todo listo antes del comienzo del Shabat.

Sobre las aceras había un ajetreo continuo de mujeres de todas las edades, ataviadas con faldas largas y tocadas con pañuelos, y de hombres barbudos con atuendo y sombrero oscuros, que cargaban bolsas de plástico con sus compras y empujaban cochecitos de bebé.

En el cruce de las calles Yaffo y King George, giraron a la derecha y recorrieron una calle en cuesta, más amplia, en la que se sucedían modernos cafés y tiendas de ropa.

Laura alcanzó a ver una zona peatonal muy concurrida, con gente joven vestida

de forma desenfadada, como la que había visto la víspera en Tel Aviv. Le pareció como si, en apenas unos cientos de metros, hubieran transitado por dos mundos distantes en el tiempo.

Antes de adentrarse en un barrio de casas señoriales y calles sombreadas por altas palmeras, Laura alcanzó a ver un guarda de seguridad mayor que dormitaba en una silla, junto a la puerta de unos grandes almacenes. Ya cuesta abajo, recorrieron una amplia avenida hasta llegar a un barrio entre pinares, de casas más modestas, rodeadas por pequeños jardines.

—Emek Refaim —anunció Saporta—. Vivo en esa de la esquina.

Aparcó frente a una vivienda de una única planta, construida con la misma piedra caliza con la que parecían edificadas la mayoría de las construcciones de Jerusalén. Una hermosa buganvilia de un vibrante color fucsia trepaba por la fachada. La puerta, de madera oscura, estaba enmarcada por un par de limoneros plantados en grandes tiestos de barro esmaltado en azul cobalto.

Saporta empujó la pequeña verja de hierro y le cedió el paso a su invitada:

—Bienvenida a tu casa, Laura.

El interior estaba en penumbra. Saporta acompañó a Laura hasta la habitación que había preparado para ella y sacó de un armario unas toallas limpias que colocó, bien dobladas, sobre la colcha.

Laura dejó su maleta junto a la cama y siguió a Saporta hasta la sala de estar. Allí le ayudó a abrir las contraventanas de hierro. La luz del día inundó la estancia. Laura se fijó entonces en los dibujos geométricos que formaban los azulejos de barro del suelo, en tonos marrón, beis y blanco. Los techos eran altos y acentuaban la sobriedad de la sala, amueblada con unos sencillos muebles de madera de pino, una mesa baja y un único sofá. Salvo por unos estantes repletos de libros, las paredes estaban desnudas.

El pequeño jardín le pareció a Laura muy hermoso. Tenía una higuera y unas grandes adelfas plantadas en tiestos del mismo azul cobalto que el de los limoneros de la entrada. En un rincón sombreado había una mesa de hierro forjado con la superficie cubierta por pequeños azulejos de color verde y blanco, rodeada por cuatro sillas, también de hierro.

La luz era casi dorada.

Saporta retiró una de las sillas para ofrecerle asiento y llevó hasta la mesa una bandeja con un par de vasos, una jarra de agua helada y unos platos con gruesas rodajas de sandía y unas rebanadas de queso griego.

—Prueba el queso con la sandía. Se acostumbra a tomar así en los Balcanes. Te gustará.

Laura le sonrió agradecida y le propuso, a la vez que sacaba un pequeño estuche del bolso:

—¿Qué le parece si reunimos de una vez nuestras dos mitades de la moneda, Jaime?

El anciano asintió con la cabeza y entró presuroso en la casa.

La brisa fresca que soplaba cuando llegaron a Jerusalén se había vuelto más cálida. Tan solo el canto de los pájaros interrumpía el silencio. Estaban en marzo, pero allí olía ya a pino y a verano, constató Laura, entrecerrando los ojos.

Jaime Saporta colocó en silencio las dos mitades de moneda enfrentadas sobre la mesa. Con una breve inclinación de la cabeza, invitó a Laura a que fuera ella quien las encajase. Las dos piezas se acoplaron formando una moneda perfecta en la que no se percibía rastro alguno de corte por ninguna parte.

Las cifras romanas revelaban que Gracia Nasí, la mujer del perfil, tenía dieciocho años en el momento en el que su efigie había sido acuñada.

Saporta murmuró con los ojos humedecidos por la emoción:

—Somos familia...

Laura pensó en el hijo de Jaime Saporta y de la joven Susana, que nunca conocería el legado de su padre, y repitió con firmeza, sosteniendo la mirada del anciano:

—Somos familia.

Saporta tomó la mano de Laura entre las suyas y la besó. Repentinamente animado, declaró que ya era hora de mostrarle el retrato de Durero.

Jaime Saporta aparcó el coche frente a una original construcción blanca que se asemejaba a una gran jaima y la señaló con el brazo extendido.

—El retrato se encuentra ahí dentro. Se salvó gracias a que un vecino griego lo guardó cuando nos trasladaron a todos los judíos de Salónica al gueto, junto a la estación, en el barrio del barón Hirsh.

Le mostró una tarjeta a una joven uniformada que les franqueó de inmediato el paso. Saporta la guio hasta una sala de la planta baja.

—Vengo a menudo. Como quien viene a visitar a un familiar —rió el anciano, señalando con orgullo el retrato que colgaba de una de las paredes.

Laura contempló en silencio el lienzo, de un tamaño similar al del autorretrato de Durero que recordaba haber visto en el museo del Prado. «Portrait of a Portuguese merchant by Albrecht Dürer. Circa 1520», indicaba el pequeño letrero.

La voluntariosa barbilla del mercader había perdido algo de su contorno, pero se trataba de un hombre todavía joven, de unos treinta y pocos años, calculó, asombrada por la extraordinaria calidad de la pintura. Le llamó particularmente la atención la exquisita minuciosidad con la que el artista había reproducido el fino ribete de visión que adornaba el cuello del abrigo.

El hombre miraba al frente, y a sus pies dos pequeños cachorros de león se daban la espalda, cada uno con la mirada puesta en uno de los paisajes pintados a ambos lados. En el de la izquierda se veía un castillo de puntiagudos tejados negros, rodeado de montañas. A la derecha, un pequeño lago rodeado de arena blanca, en cuya orilla crecían unas palmeras.

El monograma de Durero, su característica «D» en el interior de la «A», se distinguía a la perfección sobre el lago.

Laura examinó con detenimiento el castillo y se giró hacia Saporta.

—¿El Alcázar de Segovia...? —preguntó muy nerviosa.

Saporta negó con la cabeza.

—Los expertos dicen que es un castillo alemán. Como el artista.

Laura pareció decepcionada.

—Afirman también que podría tratarse de un judío converso, por la simbología bíblica del paisaje de arena y palmeras —murmuró el anciano, que la tomó del brazo y se inclinó hacia ella—. Yo, por mi parte, siempre he creído lo que contaba mi padre: que ese hombre tuvo dos hijos, uno destinado a permanecer en la Europa de los castillos en punta; el otro, en el Oriente de las palmeras... Uno con linaje cristiano; el otro, judío.

Laura le miró sobrecogida. Se le ocurrió que debía mencionarle a Jaime Saporta

la dedicatoria escrita en su biblia, hablarle de los dos hermanos Manuel y de esas cartas que Gabriel Lago había descubierto, pero al ver su expresión de felicidad, comprendió la importancia que ese momento tenía para el anciano, y que le estaba transmitiendo a ella, alguien de su estirpe, el legado que él había recibido de su padre. Decidió que se lo mencionaría más tarde.

Cuando salieron, se dirigieron a los jardines del museo y se sentaron a la sombra de unos cipreses, frente a una gran escultura de Henry Moore.

Desde allí se podían contemplar otras colinas de Jerusalén. El aire era muy caliente.

—Jamsín —explicó Saporta—. Viento del desierto. Nada habitual en esta época del año...

Laura asintió distraída. No podía dejar de pensar en los dos cachorros de león del retrato. Por la fecha en que había sido pintado y la edad que el mercader aparentaba, este bien podría ser el padre de los dos hermanos Manuel. ¿Y si Jaime y Agustín, se preguntó Laura, hubieran intercambiado al separarse sus bienes más preciados, la biblia y el retrato del padre, cuando uno permanece en Estambul, junto a José Nasí, y el otro se dirige a España, donde se convertirá en emisario de la corte de Felipe II?

Miró con ternura al anciano, que se había puesto de nuevo en pie y proponía con renovado entusiasmo:

—Se me está ocurriendo que deberías conocer Safed. En homenaje a nuestra moneda... Tardaríamos menos de un par de horas en llegar. Y es el lugar, de todos los que podríamos visitar de aquí a mañana por la tarde, que más vínculo guarda con la familia Nasí. Dicen incluso que Gracia Nasí podría haber sido enterrada cerca de Safed, junto al lago de Tiberíades.

Laura se incorporó de un brinco, más dispuesta que nunca a seguirle adonde quisiera llevarla.

Circularon primero por una autopista y luego por una pequeña carretera, entre altas y frondosas colinas, antes de alcanzar el lago de Tiberíades.

Durante el trayecto, Jaime Saporta le habló a Laura del anhelo de paz en la región y de los numerosos obstáculos que la hacían todavía difícil de alcanzar.

—Pero llegará —le había asegurado con solemnidad—. La paz llegará.

Cuando divisaron a lo lejos el lago de Tiberíades, Jaime Saporta señaló con el brazo extendido en dirección a la montaña:

—Safed está ahí arriba.

Le contó que José Nasí, el sobrino de Gracia, había fundado una industria textil en Safed, de la que vivían buena parte de las más de setecientas familias judías que poblaban en ese entonces la ciudad.

—En su mayoría, exiliados provenientes de España. Los comerciantes judíos del Imperio Otomano compraban en bruto la lana a los campesinos de los Balcanes y la enviaban a Safed, donde los tejedores, tintoreros, prensadores, cardadores y demás obreros que los empresarios subcontrataban porque aún no tenían fábricas, pertenecían a menudo a una misma familia. Resultó ser una época particularmente interesante: a la vez que se desarrollaba esa industria textil de subsistencia, florecía aquí de forma espectacular el estudio de la Cábala, el misticismo judío...

Se interrumpió para atender al trazado de la carretera pues las curvas se habían hecho más pronunciadas.

Dejaron el coche en una gran explanada a las afueras del casco antiguo de Safed, junto a unos autocares de turistas, y se adentraron a pie por sus callejuelas.

Laura avanzaba junto al anciano, atendiendo a sus explicaciones. Pasaron junto a unas sinagogas que databan del siglo XVI y habían sido reconstruidas después de un importante terremoto. Se asomaron al interior de una, con las puertas de madera pintadas de color azul.

—La sinagoga del gran Rav Isaac Luria, el ilustre cabalista —explicó Saporta con un tono reverencial que no le pasó desapercibido a Laura—. También conocido como «el Ari», que significa «El León», un sobrenombre construido a partir del acrónimo de Eloquí Rabí Itshak, «el Divino Rabino Isaac» en hebreo, lo que te da una idea de la veneración que inspiraba y que todavía inspira hoy. A los que tenían el privilegio de estudiar con él, se les conocía como «los cachorros del León».

La sinagoga era acogedora y pequeña, con bancos y sillas de madera. Por la puerta abierta de la sala que daba al balcón, se alcanzaba a ver el paisaje de montaña que rodeaba Safed. Unos fieles oraban en pie, muy concentrados en sus rezos; de común acuerdo, Laura y Jaime Saporta decidieron no entrar para evitar molestarlos.

Prosiguieron su paseo y se detuvieron unos instantes frente a un pequeño puesto ambulante en el que Saporta compró un par de botellines de agua mientras Laura aprovechaba para contemplar los escaparates de las galerías de arte que se sucedían en la estrecha calle, asombrada por la calidad de algunas piezas.

Se sentaron a la sombra de una morera a descansar y Saporta le tendió a Laura uno de los botellines de agua antes de dar un largo sorbo al suyo y reanudar sus explicaciones.

—Como consecuencia de la expulsión de España, se encontraron en un mismo lugar eruditos provenientes de los grandes centros de estudio de Gerona y de Toledo, junto a los originarios de Italia y de Francia que ya estaban instalados aquí. Esta flamante convivencia de tantos sabios y estudiosos dio muy pronto sus frutos, y se llegaron a publicar en relativamente poco tiempo, numerosas obras de gran relevancia.

Se interrumpió para tomar varias bocanadas de aire que exhaló sonoramente, y le propuso a Laura que, si ella quería, podría intentar resumirle algunos de los principios fundamentales de la Cábala, que había vivido allí uno de sus períodos de mayor auge.

—Claro. Por supuesto —contestó Laura, agradecida.

El anciano se inclinó levemente hacia adelante y durante unos instantes resultó evidente que se estaba preguntando cómo sintetizar unos conceptos tan complejos de forma que fueran inteligibles para una profana. Parecía de repente muy cansado. Laura estaba a punto de pedirle que no se molestara, que ya se informaría por su cuenta, cuando Saporta comenzó a hablar. Con inusitada lentitud. Como si midiera con cuidado cada palabra.

—Los cabalistas creen en la preexistencia del alma y en que el alma del hombre se origina en un nivel más elevado que la de los ángeles, porque así como el hombre es capaz de cometer actos terribles, conserva también en su interior la capacidad, que no tienen los ángeles, de reparar el mundo, de mejorarlo y de devolverlo a su estado de bondad original.

»Con cada nacimiento, desciende un alma que se encontraba junto a Dios en un estado cercano a la perfección, y en ese proceso pierde parte de su perfección original. Cada persona tiene que intentar recobrar a lo largo de su vida esa perfección perdida, por medio de sus buenas acciones y del estudio de la Torá. Es en cierto modo como si el Creador le brindara al hombre la oportunidad de participar en el acto de la creación, ¿comprendes?

—Sí..., creo que sí —contestó Laura.

—Por ello debemos trabajar el alma que recibimos y esforzarnos en restituirla a su estado de bondad original. Durante ese proceso en el que mejoramos como personas, hacemos también mejor al mundo. Ese es el sentido mismo de la vida. Lo que le otorga su significado —sentenció.

Saporta exhaló un largo suspiro y se recostó pesadamente en el banco.

—¿Y el Mal? —preguntó entonces Laura. Le costaba entender que un hombre

que llevaba tatuada en el antebrazo la marca de la infinita capacidad del ser humano para el Mal pudiera seguir creyendo en la bondad del hombre—. ¿Cómo lo explica la Cábala?

—Con el Tsimtsum —replicó el anciano tras una breve reflexión—. Un concepto que, por cierto, desarrolló el Rav Isaac Luria. La traducción literal de la palabra «Tsimtsum» significa algo así como un encogimiento, una contracción. Dios, tras crear el mundo, se contrae para dejar espacio al hombre y que este pueda actuar en él. El hombre puede elegir cómo actuar. Puede elegir entre el Bien y el Mal. Tiene libre albedrío. Eso explica la existencia del Mal en el mundo y la ausencia de justicia inmanente.

—Una manera de seguir creyendo en la existencia de Dios a pesar de todo... —murmuró Laura con un nudo en la garganta.

Saporta esbozó una sonrisa.

—Sí..., algo de esto hay en el misticismo judío, de voluntad de seguir creyendo y de mantener la fe. De responder a la falta de sentido aparente de la existencia. —Se incorporó—. Debemos emprender ya la vuelta a Jerusalén si queremos llegar antes del inicio del Shabat.

Saporta le explicó a Laura que, aunque no se consideraba un judío ortodoxo, le gustaba respetar a su manera la santidad del Shabat y la prohibición de realizar trabajo alguno durante ese día, que para él significaba una oportunidad semanal de estudiar y detenerse a reflexionar para enmendarse e intentar aprender de sus errores.

A Laura se le ocurrió que llevaba mucho tiempo empeñada precisamente en lo contrario, en no pensar y en no enfrentar ningún dilema. En dejar que la vida tirara de ella. Desvió la mirada y siguió cabizbaja al anciano.

Cruzaron una plaza empedrada, rodeada de tiendas y de galerías de arte.

—¿Te hablé ya de la comunidad de artistas que está instalada aquí? —preguntó entonces Saporta.

Laura le aseguró que había sido un guía magnífico y propuso conducir durante el trayecto de vuelta a Jerusalén para que él pudiera descansar.

Saporta le tendió aliviado las llaves del coche.

—Por supuesto, Laura. Te lo agradezco.

Al poco tiempo de salir de Safed, Jaime Saporta cayó dormido. Laura no intentó despertarle. Pensó que, si seguía las indicaciones que aparecían en grandes paneles verdes, llegarían sin problemas a Jerusalén.

Disfrutaba además conduciendo en silencio, atenta al paisaje que flanqueaba la estrecha carretera: las poblaciones judías a un lado, y los pueblos árabes con sus minaretes, sus cúpulas y sus mezquitas, al otro.

Se sentía libre y poderosa. Como antes..., recordó, súbitamente avergonzada por la mujer pusilánime y triste en la que se había convertido. Diluida, se dijo satisfecha por haber dado con la palabra exacta, la que mejor definía su estado anímico. Diluida en su matrimonio. Diluida en Antonio, se repitió. Ella, su fuerza, su alegría, su entusiasmo de antes..., diluidos como unos tristes azucarillos.

Según se aproximaba a Jerusalén, la fue invadiendo una extraña premura. Era como si un poderoso imán la atrajera a la ciudad o como si hubiera intuido ya cuánto la añoraría muy pronto.

Pasado el parterre de flores con sus mensajes de bienvenida, la alivió comprobar que recordaba bien el trayecto que había recorrido esa misma mañana: la estación de autobuses a su derecha, la calle Yaffo, luego el giro calle King George arriba...

Conducía despacio, fijándose mucho para no perderse por unas calles prácticamente desiertas a esa hora.

Cuando finalmente aparcó frente a la casa de Saporta en Emek Refaim, respiró aliviada. Sacudió por el hombro al anciano con suavidad para despertarlo, y lo dejó sentado, todavía adormilado, frente al televisor encendido, impaciente por salir a caminar por los alrededores de la casa antes de que anocheciera.

Vio en la calle a un par de hombres mayores y a una pareja joven con dos niños. Iban muy bien vestidos, por lo que Laura dedujo que se dirigirían a la sinagoga para asistir al servicio del viernes por la tarde, que era cuando, según le había explicado Saporta, se iniciaba el Shabat.

Dos jóvenes se aproximaron en monopatín, y al hacerse a un lado para dejarlos pasar, Laura se fijó en un pequeño parque arbolado, al fondo de una callejuela lateral. Parecía desierto salvo por la pareja de adolescentes que se besaban apasionadamente en uno de los bancos más alejados.

Laura tomó asiento en un banco. Contempló la panorámica que se desplegaba ante sus ojos. Era cierto que esa no era una ciudad cualquiera, pensó mientras abarcaba con la mirada las casas bajas de piedra clara con sus tejados rojos, la cúpula dorada que refulgía con los últimos rayos de sol, las murallas de la Ciudad Vieja y, a lo lejos, los campos de cipreses y de olivos.

El cielo se fue tiñendo de intensos azules, amarillos, magentas y naranjas.

Laura fue consciente de que cada detalle de ese viaje parecía haber sido dotado de una extraordinaria intensidad. Sintió las lágrimas agolpándose en su pecho, incontrolables. No intentó contenerlas.

Lloró como no recordaba haber llorado en mucho tiempo.

Había oscurecido ya cuando emprendió el camino de vuelta, entre las casas bajas y los cafés, ahora tenuemente iluminados. Al pasar junto a la puerta entreabierta de una pequeña sinagoga, aminoró la marcha para oír el canto de los asistentes y, en aquella penumbra que olía a resina de pino y a dama de noche, le pareció que sus pisadas resonaban con más fuerza.



A la mañana siguiente, Saporta y ella salieron a pasear por el barrio ajardinado bajo el molino de Montefiore. Se adentraron luego por las enrevesadas callejuelas de la Ciudad Vieja de Jerusalén y, alrededor del mediodía, comieron copiosamente en un pequeño y abarrotado restaurante árabe junto a la puerta de Damasco, antes de regresar a casa.

Esa misma tarde, Jaime Saporta acompañó a Laura en su coche al aeropuerto Ben Gurión. En el momento de facturar el equipaje, una encargada de seguridad le preguntó a Laura por el motivo de su viaje y ella, mirando sonriente a Saporta, contestó que había venido a visitar a un familiar. Percibió el leve estremecimiento en los hombros del anciano, justo antes de verle corroborar, con una emocionada sonrisa, que así era.

Más tarde, instalada ya en su asiento, observó por la ventanilla del avión cómo desaparecían en la noche las luces de la costa de Tel Aviv. Encajó bajo su nuca la pequeña almohada que le había tendido minutos antes la azafata y sacó del bolso las dos mitades de la moneda de Gracia Nasí. Las contempló maravillada.

—A partir de ahora estas dos mitades deben permanecer unidas. Quizás en un medallón... —le había sugerido Saporta al tenderle la suya cuando se despedían frente al control de pasaportes.

Tras guardarlas de nuevo en su estuche, Laura cerró los ojos. Se quedó dormida casi de inmediato.

Soñó con cúpulas doradas y callejuelas de zoco. Con lujosos salones secretos, ocultos tras los muros de su casa de Segovia e iluminados por grandes candelabros de plata, que ella y el hombre del retrato recorrían sonrientes del brazo.

No despertó hasta que la azafata le pidió con suavidad que enderezara su asiento para el aterrizaje.

En el aeropuerto de Barajas, Laura estuvo a punto de darle al taxista la dirección del piso de la calle Ferraz que había compartido con Antonio durante los casi diez años de su matrimonio, pero se reprimió a tiempo y no permitió que ni la tristeza ni la autocompasión que la asaltaron llegaran a encogerle el estómago.

Contempló a través de la ventanilla las luces de su ciudad, feliz de estar de vuelta y extrañamente ilusionada, como si se encontrara a punto de estrenar algo.

—Una nueva etapa... —se dijo esperanzada.

Al llegar al pequeño apartamento amueblado, la reconfortó la presencia familiar de sus libros, amontonados en altas e inestables pilas en los rincones. Presa de una repentina curiosidad, quiso saber si alcanzaría a detectar en el espejo los cambios que había experimentado en ese viaje, y se dirigió al cuarto de baño, pero no observó nada notable salvo, quizás, una mayor viveza en la mirada.

La luz del contestador parpadeaba, pero Laura no apretó la tecla, por si se trataba de otro mensaje de Antonio para saber cómo se encontraba. No quería percibir, ni aún menos acechar como en demasiadas ocasiones ya, un rastro de arrepentimiento en su voz.

Necesitaba conservar intactas sus fuerzas.

Llamó a su padre y le resumió su viaje. Le habló de Saporta y de la moneda. Del retrato de Durero, de Safed, de Tel Aviv y de Jerusalén, y le animó a que fuera él también allí.

—Te noto animada —observó Julio Coronel cuando se despedían, con la pudorosa reserva con la que padre e hija habían tratado siempre sus emociones.

Laura le aseguró que se encontraba bien.

—Me alegro, Laurita. Me tenías preocupado...

Hacía años que su padre no la llamaba Laurita.

Laura llegó ese miércoles a las dos en punto al restaurante en el que Gabriel Lago la había citado. Se había propuesto que esta vez él la viera guapa, para compensar el aspecto que había lucido en el anterior encuentro en el piso de su padre, y llevaba unos favorecedores vaqueros oscuros, una camisa de seda en blanco roto y el cabello bien peinado y suelto sobre los hombros. Se había maquillado incluso ligeramente los párpados con una sombra malva que sabía que resaltaba el azul oscuro de sus ojos.

Gabriel, que la esperaba ya, sentado frente a una de las mesas del fondo, se levantó al verla entrar y pareció que durante unos instantes fuera incapaz de dejar de mirarla.

En cuanto se sentaron, Laura le agradeció por ponerla en contacto con Jaime Saporta y le informó de que había viajado a Israel.

—Cuando lo llamé, dijo algo así como que llevaba toda la vida esperándome...

Laura lo dijo en un tono ligero, pero sabía que la solemnidad con la que Jaime Saporta había pronunciado esas palabras la había impulsado a emprender ese viaje de forma tan repentina. Recordó entonces el medallón que esa misma mañana había recogido en la joyería y rebuscó en su bolso.

—Las hice montar juntas, en un medallón, como propuso Jaime Saporta, pero le pedí al joyero que mantuviera una ligera separación entre las dos mitades, para que se notara que un día fue partida.

Gabriel Lago se inclinó para observar la moneda y Laura percibió su olor a jabón y a colonia fresca.

—Ahora me tienes que contar ese viaje...

Laura empezó por describirle los rascacielos y el encanto de la ciudad de Tel Aviv, el recital en la universidad, la cena en Yaffo. Le habló también del anciano Saporta, con su trágica vida y su extraordinaria espiritualidad. De su joven mujer embarazada y de ese hijo que no había llegado a nacer. Del viaje a Safed. De Jerusalén. Del museo en el que se encontraba el retrato en cuyo dorso Jaime Saporta había encontrado cosida su mitad de moneda...

—¿Te había llegado a comentar que se trataba de un Durero?

Por la expresión de sorpresa de Gabriel, Laura comprendió que no.

—Un hermosísimo retrato de un merchante portugués pintado por Alberto Durero, con dos cachorros de león a sus pies...

Y terminó de describirle a Gabriel el retrato y los paisajes pintados a cada lado, así como la interpretación de Jaime Saporta, que encajaba con lo que ya sabían de Agustín y de Jaime.

Gabriel Lago le tendió entonces un pequeño paquete que Laura abrió de

inmediato.

—Aquí están las copias de las cartas de las que te hablé por teléfono. Las que encontramos en el Archivo General de Simancas. Y un libro para ti sobre la familia Nasí, escrito por un reputado historiador de Oxford. Así podrás comprobar que nuestro ilustre historiador no tuvo acceso a estas cartas... —apuntó Gabriel con orgullo mientras ella colocaba, presurosa, el contenido del paquete sobre la mesa.

Laura examinó la copia del salvoconducto firmado por Felipe II en 1569 para que un caballero de la orden de San Juan capturara y trajera vivo o muerto a Juan Micas, que es como se conocía también a José Nasí, el sobrino de Gracia, así como el memorial fechado en 1571, menos de dos años más tarde, en el que Juan Micas le planteaba a Felipe II sus condiciones para regresar a España tras la propuesta que le había hecho el monarca.

—No comprendo... —murmuró confundida—. Lo invita a instalarse en España dos años después de haber pedido su cabeza.

Gabriel enarboló una sonrisa irónica:

—Ya... No creas que fue ese el único intento que se dio en esos tiempos, de atraer de vuelta a España a un converso rico. Todo valía con tal de abastecer las maltrechas arcas del reino. Aquí tienes también esta otra carta, del duque de Terranova a Juan de Austria, en la que le plantea la posibilidad de enviar de nuevo a Agustín Manuel a Turquía, al no haber recibido más noticias de Juan Micas. Y esta otra más, fechada en 1572, en la que se dice que Juan Micas sigue en Estambul, que está bien y con buen ánimo, y en la que no se menciona ya a Agustín Manuel.

El restaurante, bullicioso hasta poco antes, se había quedado vacío a excepción de una mesa, en un rincón, ocupada por un hombre mayor.

—¿Crees que las cosas ocurren por un motivo, Gabriel? —inquirió de repente Laura.

Él se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Me gustaría pensar que sí —prosiguió entonces ella—. Me viene una y otra vez a la mente esta imagen en la que nos encontramos Jaime Saporta y yo en el museo de Jerusalén, juntos ante el retrato del mercader. Yo, frente al paisaje con un castillo alemán de picos negros que confundí con el Alcázar de Segovia, y Jaime Saporta, frente al paisaje del lago rodeado de arena blanca y de palmeras... Los últimos descendientes, quizás, de un linaje que se extinguirá con nosotros. Y no puedo dejar de hacerme preguntas...

—¿Cómo cuáles?

—Muchas, pero sobre todo siento la necesidad de saber más de ese Agustín. De comprender por qué viene un judío en plena Inquisición a España, y deja atrás, en Estambul, a un hermano al que a todas luces está muy unido... Puede que porque necesite creer que las cosas ocurren por un motivo. Por lo reconfortante que resultaría que fuera así... Perdona, Gabriel. No sé por qué te cuento todo esto.

—Tranquila. Si te conozco desde que eras una cría... —bromeó afectuosamente

él.

Laura le miró, con una sonrisa agradecida, y lo imaginó de niño, como a tantos otros pacientes de su padre, sentado muy formalito con su camiseta blanca de tirantes sobre la mesa camilla de la consulta.

—Y por eso deberíamos ponernos al día tú y yo, después de todo este tiempo... —prosiguió Gabriel muy animado y se dispuso, casi de inmediato, a dar ejemplo.

Contó que había nacido en Chamberí, que había estudiado el bachillerato en el Pilar, y luego Historia en la Complutense antes de doctorarse en la Universidad de Nueva York.

—Enviudé hace cinco años. Tengo una hija, Elena, y una nieta, Alma, a las que adoro. —Y le cedió, con un gesto de la mano, el turno a Laura.

Ella se incorporó en su silla, y muy derechita, como una alumna aplicada, le resumió a su vez su currículum: estudió en el Instituto Británico y luego fue a Londres a estudiar Interpretación y Traducción. Trabajó durante un tiempo en París como intérprete en la Unesco y viajó mucho. Conoció a Antonio, un verano en Madrid, y por él volvió a España. Se casaron y ella empezó a trabajar como colaboradora externa para una editorial, haciendo traducciones, lecturas y correcciones. Hacía diez años de eso.

—Antonio y yo nos divorciamos este otoño..., pero yo sigo trabajando para la misma editorial. —Miró sonriente a Gabriel con un gesto de que no tenía más que añadir, y él le sonrió de vuelta, sosteniendo en silencio la mirada de ella.

El hombre mayor que había almorzado solo en la mesa del rincón se levantó. Al pasar junto a Gabriel y Laura, se despidió de ellos con un ademán cortés.

—Nos deberíamos marchar —sugirió Laura.

Gabriel asintió y pidió la cuenta.

Cuando salieron a la calle, Laura recordó que llevaba unas invitaciones en el bolso y le tendió una a Gabriel.

—Es para la presentación de un libro infantil que lanzamos en Semana Santa. De una autora a la que yo traduzco. Se me ocurre que podría divertirle a tu nieta. Habrá cuentacuentos, globos y una merienda. Quieren que sea como una fiesta de niños...

Gabriel leyó la fecha en el tarjetón.

—El viernes, en diez días. Gracias. Llevaré a Alma, pero me tienes que prometer que luego tú y yo seguiremos con nuestra conversación...

*E*se fin de semana Laura viajó a Segovia. Anocheceía cuando empujó la pesada puerta de su casa. Percibió de inmediato el penetrante olor de la pintura reciente.

Dejó la bolsa sobre la cama de su habitación, la única pieza que ya había amueblado además de la cocina, y abrió de par en par las ventanas que daban al patio para que se fuera ventilando la casa mientras salía a estirar las piernas.

El aire era fresco. Un halo blanquecino rodeaba la luz de las farolas. En el casco antiguo solo quedaban a esas horas algunos turistas rezagados. Laura caminaba deprisa, disfrutando del ejercicio físico, después de un largo día de trabajo frente al ordenador.

Le vino a la mente la cantinela ya familiar: «Para que no olvides, cuando retournes a España, de dónde provienes».

Ralentizó el paso e imaginó a Agustín recorriendo esas mismas calles a su regreso de Estambul, después de cumplir la misión que el duque de Terranova le había encomendado por orden de Felipe II. Sentado sobre su montura, agotado y polvoriento. Alto, de complexión atlética. Con el cabello abundante y canoso y la piel curtida por el sol. Constató, perpleja, que, en su imaginación, le había prestado a Agustín el físico, y hasta la mirada levemente melancólica, de Gabriel Lago.



Al día siguiente, Laura amaneció temprano. Desde la ventana de su habitación contempló la fuente de piedra ennegrecida por el moho que ese día se había propuesto limpiar antes de regresar a Madrid.

Se enfundó rápidamente unos cómodos vaqueros y un jersey y salió a desayunar. En cuanto regresó, dispuso con cuidado sobre la encimera de granito de la cocina todo el material que había traído expresamente desde Madrid: los apuntes que había tomado durante la lectura del libro de Cecil Roth sobre los Nasí y de la Enciclopedia Judaica, unos folios en blanco, un bolígrafo y unos rotuladores de colores, el sobre con las cartas que Gabriel Lago le había entregado en el restaurante y su ordenador. Acercó uno de los dos taburetes altos que había comprado y se sentó en él.

Empezó por dibujar un árbol genealógico de la familia Nasí. Comprobó en una cronología de la época, que en el año 1569, en el curso de un incendio que había asolado Estambul, los jenízaros, los fieros y leales guardas del sultán, habían salido a la calle a masacrar a las minorías no musulmanas de la ciudad. En un margen de la misma hoja anotó que de ese año eran las últimas noticias que se tenían sobre Gracia

y su hermana Brianda. Y también que, dos años más tarde, en octubre de 1571 tenía lugar la batalla de Lepanto, en la que la flota turca caía derrotada por las naves de la Santa Liga capitaneadas por don Juan, el hermanastro de Felipe II. Destacó en rojo que eso ocurría apenas unos meses antes de que Agustín fuera enviado por los españoles a Estambul.

Suspiró con desánimo, convencida de que no hallaría una explicación plausible para la presencia de Agustín en España. Se levantó y contempló el patio. Le vino entonces un fogonazo sobre el balancín azul, en el que su abuela Clara y ella se sentaban a leer y, con súbito apremio, alcanzó el bloc y garabateó con un rotulador verde: «Un hijo...».

Muy nerviosa, escribió de un tirón:

«Agustín tiene un hijo que queda malherido en la masacre que llevan a cabo los jenízaros durante el incendio de Estambul en 1569. Un hijo al que quiere alejar del lugar en el que ha vivido una terrible tragedia y con el que se dirige a España...».

Paró y recapituló: Agustín debía de tener descendencia, y un hijo al que darle una nueva oportunidad en la vida después de una tragedia justificaría que se hubiera separado de los suyos y que estuviera dispuesto a afrontar el peligro que sin ninguna duda representaba para un judío instalarse en esos tiempos en España. Algo que, por otra parte, tampoco podía hacerse sin encubrir esos orígenes y sin contar con apoyo local...

Repicaron en ese momento las campanas de la catedral y Laura miró el reloj, sorprendida por lo tarde que se había hecho.

Se desperezó y decidió que ahora debía ponerse ya con la fuente del patio si quería dejarla limpia y llegar a Madrid a tiempo para tomar algo con su amiga Mónica, que seguía empeñada en que saliera más y reanudara su vida social.

Antes de incorporarse anotó rápidamente, para que no se le fuera a olvidar:

«Agustín tiene que conocer a alguien en España. Alguien que lo ayudara a instalarse y a justificar su presencia allí, en una España en la que difícilmente podría pasar desapercibido nadie».

Cogió unos guantes de goma y llenó un cubo de agua. Equipada con un estropajo y el producto para limpiar la piedra que le habían recomendado la víspera en una droguería cerca de la editorial, se detuvo frente al muro en el que había aparecido la hornacina y contempló las viejas piedras que lucían su vetustez en logrado contraste con el interiorismo de líneas modernas del resto de la casa. Y una vez más se felicitó por haber vencido la oposición inicial del arquitecto, que insistía en derribarlo.

Alma, la nieta de Gabriel Lago, tendría unos cuatro años. Sin soltar la mano de su abuelo, contempló con los ojos muy abiertos y en reverencial silencio, la larga mesa en la que se apilaban en grandes bandejas magdalenas con glaseados de vivos colores, junto a gigantescos boles de vistosas gominolas.

La presentación del libro de cuentos había sido particularmente breve para no cansar al público infantil, y en cuanto finalizó, los niños se lanzaron sobre la mesa e hicieron acopio de dulces antes de sentarse obedientemente en torno al cuentacuentos.

Alma tomó asiento junto a su abuelo, pero a los pocos minutos lo único que le interesaba ya era despegar con la punta de la lengua los pétalos de la margarita de azúcar que decoraba su magdalena de chocolate.

Cuando el acto finalizó, Alma, Laura y Gabriel salieron a la calle. Alma le tendió a Laura una mano pegajosa de chocolate, la otra a su abuelo y así se dirigieron, los tres juntos, al paseo de Recoletos. Caminaban despacio, porque Alma se paraba continuamente a curiosear y a hacer preguntas. Aunque su casa quedaba a tres manzanas de la editorial, tardaron casi media hora en alcanzar el portal.

—Te espero aquí —le dijo Laura a Gabriel, señalando un banco.

—¿Eres la novia del abuelo? —le preguntó Alma cuando las dos se despedían con un beso.

Laura miró divertida a Gabriel.

—¿Vas a venir otro día? —insistió la niña con el ceño fruncido.

—Sí —le aseguró Gabriel—. Si ella quiere, por supuesto... —Y le dirigió a Laura una gran sonrisa, antes de adentrarse con la pequeña en el portal.

Gabriel estaba de vuelta a los pocos minutos. Tomó del brazo a Laura y propuso que fueran directamente al restaurante.

—Está chispeando —adujo mirando al cielo.

No dejaron de hablar durante la cena. De lo mucho que les gustaba a ambos Londres. De Cornualles y sus pueblecitos de pescadores cerca de St. Yves que ambos habían recorrido, y se miraron con incredulidad cuando descubrieron que se habían alojado en el mismo Bed and Breakfast perdido de Land's End en el verano del 89, aunque en meses distintos, ella en julio, y él en agosto. Gabriel con treintaiún años, en compañía de su mujer y de su hija Elena, y Laura, con veinte, en compañía de una amiga de la universidad.

Hablaron de sus aficiones, de cine, de sus autores favoritos, del Atlántico y de las magníficas playas de Cádiz, donde veraneaba Gabriel desde hacía años; de Julio Coronel y del gran pediatra que había sido, y de su animosa determinación, desde que

se había jubilado, a recorrer el mundo.

Laura le confió a Gabriel que escribía. Relatos y cuentos, principalmente. Aunque últimamente le estaba rondando la idea de atreverse con una novela. A raíz de todo lo que habían ido descubriendo sobre los hermanos Manuel. Pero, añadió como disculpándose por la petición implícita, necesitaba documentarse muy bien, saber más sobre la historia de los conversos de la Península y sobre la época en la que había sido impresa su Biblia de Ferrara.

Añadió, orgullosa, que se la habían pedido prestada para una exposición que estaba preparando la Biblioteca Nacional.

—Me intrigan muchas de las cosas que hemos descubierto. Como esas cartas del archivo de Simancas. No entiendo que un hombre como José Nasí, o Juan Micas, como se quiera llamar, amigo de un sultán que le concede el ducado de Naxos, llegue siquiera a atender la oferta de instalarse en España que le hace un rey que ha pedido dos años antes su cabeza.

—Buscar respuestas es siempre un excelente punto de partida para escribir. Con mucho gusto te asesoraré en todo lo que necesites. La época es fascinante y marca, nada más y nada menos, que el inicio de la Edad Moderna. Te asombrará además comprobar la importancia que tuvieron los conversos y sus descendientes en la formación del pensamiento contemporáneo y de la sociedad tal y como la entendemos hoy. No hay que olvidar que Montaigne o Fernando de Rojas eran de origen converso. Y Benito Spinoza, que abogaba ya en el siglo xvii por la tolerancia religiosa y la libertad de expresión. Una tolerancia, por cierto, que muchos conversos llevaron a la práctica en unos tiempos de profunda intransigencia, como demuestran los numerosos casos de familias en las que convivían, bajo un mismo techo y en armonía, cristianos nuevos, fervientes creyentes en su nueva fe, junto con familiares criptojudíos que practicaban el judaísmo en el hogar, a escondidas del mundo exterior.

Cuando abandonaron el restaurante, llovía a cántaros. Terminaron guarecidos en un soportal a la espera de que pasara un taxi. Apareció uno doblando la esquina, con la luz verde encendida, y se lanzaron a por él.

Ya en el interior del taxi, se acomodaron muy juntos. Y cuando arrancó, Gabriel se inclinó hacia Laura y la besó con suavidad en los labios. Un roce apenas. Laura lo atrajo de vuelta hacia ella y correspondió a su beso, con ternura primero, y enseguida con una pasión que la dejó sin aliento. Recostó la cabeza contra el hombro de Gabriel, sonriente y levemente asombrada por su súbito desenfreno, y los dos se quedaron en silencio, disfrutando de la calidez de una intimidad que la lluvia torrencial que caía fuera parecía propiciar.

Cuando el taxi paró frente a la casa de Laura, Gabriel la acompañó hasta el portal y la estrechó con fuerza contra él antes de subirse de nuevo al taxi.

Laura pasó esa noche en una agitada duermevela. En la confusión del sueño, a ratos creía que seguía casada con Antonio, y se sentía agobiada.

Se despertó a la mañana siguiente más tarde de lo habitual y cansada. Cogió el coche para hacer unos recados y lo aparcó en El Corte Inglés. Subió a la primera planta para cambiar la pila de su reloj. De allí, se dirigió a la sección de perfumería, y se detuvo frente al mostrador de Guerlain a probar sobre su piel un nuevo perfume que no conocía.

Reconoció de inmediato la voz de Antonio en el «Hola» que alguien le susurraba al oído. Las piernas se le volvieron algodinosas. Antonio sonreía. Parecía encantado de verla. La había llamado en varias ocasiones, dijo. Pero nunca la encontraba en casa. Laura detectó con fastidio el deje de reproche en la voz de su exmarido.

Se llegó a preguntar, aturdida, si no habría conjurado su presencia durante la noche, a fuerza de creer que seguían todavía casados. Se le ocurrió también que en cuanto dejaran de hablar, cada uno se marcharía por su lado, como dos extraños, ajenos al tiempo que habían vivido juntos y al cariño que se habían tenido. Sonrió sin ganas, consciente del peligro de esa nostalgia que no quería sentir y que podía arrastrarla, en un descuido, al debilitante vaivén emocional de los últimos años de su matrimonio.

Estaba calibrando por qué le resultaría tan difícil dejar de querer a alguien cuando apareció una chica joven que se colgó del brazo de Antonio con gesto de propietaria. Laura percibió la súbita incomodidad de él.

Conteniendo a duras penas su agitación, Laura se aproximó a él y, en voz muy baja, le pidió que no la llamara más. Que por favor no la llamara nunca más, exigió con una firmeza que no dejaba lugar a dudas.

Les dio la espalda y desapareció por las escaleras automáticas, validó el *ticket* y entró en su coche. Le ardía la cara. Intentó respirar despacio y cuando consiguió controlar el temblor que le agitaba las manos, introdujo la llave en el contacto y puso el motor en marcha.

Al salir a la calle Princesa, fue en dirección a Moncloa y de allí, a la A-6. No había previsto viajar ese día a Segovia, pero en ese momento solo deseaba encontrarse en su casa. Arropada entre sus gruesas paredes.

El tráfico en la autopista era denso, de fin de semana. Se hizo más fluido después del túnel de Guadarrama. A la altura del desvío a Segovia, Laura abrió la ventanilla y aspiró con fruición el aire fresco de la montaña.

Aminoró la velocidad y dejó que la adelantaran, atenta a los pinares y los grandes riscos de granito, consciente del sosiego que le iban contagiando. Se sentía ligera y feliz. Más feliz de lo que se había sentido en mucho tiempo.

Y entonces comprendió que no había sido hasta esa misma mañana, en el departamento de perfumería de unos grandes almacenes de Madrid, a los que había ido medio desganada para hacer unos recados, cuando había puesto el punto y final a su relación con Antonio.

Después de cerrar el pesado portón de su casa tras ella, Laura se dirigió a la cocina y se preparó una infusión. Mientras esperaba a que la bolsita de té oscureciera el agua, apoyó la cabeza contra el viejo muro que meses atrás le había entregado el tesoro que había guardado durante siglos.

Y supo que quería escribir la historia que esas piedras, cuyo frescor percibía ahora contra su piel, habían comenzado ya a susurrarle. Supo que escribiría una novela para Agustín, para su hermano Jaime, para el mercader anónimo del retrato...

Una historia que rescataría el eco de sus vidas de una desmemoria de siglos, y que les restituiría el derecho a ser recordados.

SEGUNDA PARTE

Segovia, mes de marzo del año del Señor de 1579

*H*oy bautizamos a Santiago, tu primer nieto, Agustín. El primero, seguro, de muchos otros que habrán de venir, porque hacen buena pareja Mariana y Jacobo, y se entienden bien, a pesar de lo reservados y callados que se les ve siempre a los dos.

No llega ya ningún ruido de su habitación, que antes fue la de mis padres y hasta hace poco la mía. Se la cedí a ellos cuando nació Santiago, para que cupiera bien la cuna. Habrán caído rendidos ahora que el pobrecito ha dejado por fin de llorar. Es que ha sido un día largo y muy cansado, y eso a un niño de pocas semanas le afecta mucho a la hora de coger el sueño.

Celestina también ha marchado a dormir. Entró hace un rato y me mantuve muy queda donde estaba, a oscuras junto a la ventana, conteniendo la respiración, porque ya sabes que es como si a la muy bruja la sordera le afinara los demás sentidos. De haberse dado cuenta de que estaba yo aquí, habría insistido en acompañarme a mi habitación y no me habría dejado sola hasta asegurarse de que el calor de las sábanas me tenía bien atrapada.

Que ya no son horas para andar dando vueltas por la casa, doña Leonor. Que no se da usted cuenta y se nos enfría, me diría con esa voz tan rara que tienen los sordos y en el desquiciante tonillo maternal con el que todos parecen empeñados en hablarnos a los viejos.

Pero esta noche Celestina no se puede salir con la suya. Esta noche, necesito pasarla yo aquí, rememorando a solas contigo, Agustín, el azaroso y largo viaje que resultó ser nuestra vida, frente al muro en el que permanece aún oculta la biblia que tú me confiaste antes de morir, para que se la entregara a Jacobo.

Solo así sabré lo que debo hacer.

Empezaré por el principio. Por cuando yo me marché de aquí...

Calle de la Solana

*M*e emociona siempre un poco recordar a la niña que era cuando marché de Segovia con madre, una fría mañana de invierno del año del Señor de 1517.

Era tiempo de Cuaresma. La calle de la Solana había amanecido cubierta por un espeso manto de nieve y refulgía hermosa e irreconocible, bajo el añil profundo del cielo segoviano. Ahí estaba yo, con la frente apoyada contra el frío cristal de la ventana, observando ensimismada cómo jugaban los niños de la calle con la nieve recién caída, ajena aún al vuelco que estaba a punto de dar mi vida, cuando María entró corriendo y balbuceó agitada que madre quería verme y que me esperaba en mi habitación.

Subí a toda prisa y nada más entrar, me fijé en el pequeño baúl negro, al pie de mi cama, a medio llenar con su ropa.

Ella estaba de pie, junto al balcón. Resultaba imponente, con su alta y esbelta silueta vestida de riguroso luto, su extrema palidez y su expresión severa. Sin mirarme apenas, anunció que saldríamos de viaje esa misma tarde. Señalando el baúl con un leve gesto de la barbilla, ordenó, camino ya de la puerta, que lo acabara de llenar con mis pertenencias.

Su voz sonaba ausente, encogida. Era la misma voz con la que me había hablado la tarde de ese verano, en la que unos arrieros trajeron a padre malherido, y lo tumbaron sobre su cama.

Un breve escalofrío me recorrió el cuerpo, pero obedecí temblorosa, sin atreverme a preguntarle nada. En cuanto acabé, salí en busca de la abuela Catalina para que me dijera adónde nos íbamos, y por cuánto tiempo.

La abuela se puso dificultosamente en pie al verme y me abrazó en silencio. Y cuando se lo pregunté, contestó que ella no vendría con nosotras y que madre me lo contaría todo a su debido tiempo. Parecía tan desolada que no insistí, y contuve como pude las ganas que tenía de echarme a llorar, por no apenarla más.

La abuela se quitó entonces su cadena de oro con perlas y la colocó alrededor de mi cuello. Conservaba aún la calidez de su piel cuando aseguró con sus dedos retorcidos como sarmientos el cierre de oro contra mi nuca y susurró, como si hablara para sus adentros, que yo era la niña de sus ojos. Me pidió entonces, muy bajito, que no olvidara que a mis nueve añitos era ya una señorita, y que debía cuidar de madre.

Asustada, me escabullí como pude de su abrazo y corrí al despacho de padre, donde siempre había encontrado apoyo cuando lo necesitaba. Pero no había vuelto allí desde su muerte y me paré en seco, dudando unos instantes frente a la puerta, antes de atreverme a entrar.

Las contraventanas estaban cerradas. Por las rendijas de la madera se colaban hilos de luz como hebras de oro. Con el corazón encogido aspiré el olor familiar, un poco rasposo, a libros, a tinta y a papel, sin conseguir desprenderme de la agitación.

Sobre la mesa de nogal distinguí el grueso volumen en el que padre me había enseñado a leer la pasada primavera y lo abrí al azar, de un manotazo, como solía hacer él.

Me incliné sobre la hoja y leí en voz alta, dolorosamente consciente de lo mucho que añoraba oír la voz ronca de padre animándome a proseguir, y esa breve risotada suya de satisfacción cuando lo hacía bien y me advertía medio en broma que no se me ocurriera contarle a madre o a la abuela que sabía leer.

—Que después dicen las dos que te echo a perder y que a los buenos maridos no les gustan las mujeres leídas, Leonor.

Nunca, desde su muerte, extrañé tanto a padre como aquella mañana. Él no se habría andado con tanto misterio. Siempre me había tratado con consideración y me había hablado como a una adulta.

Al salir de su despacho cerré la puerta con cuidado, para que nada fuera a cambiar ahí adentro hasta mi vuelta.

Por la ventana que daba al patio vi a María, junto al pozo, cargando con dos tinajas llenas a rebosar de agua y salí como una desesperada en su busca.

Con la mirada fija en la cadena de la abuela Catalina colgada de mi cuello, María suspiró nada más verme:

—Mi niña... Mi niña se va...

Y fue allí, abrazada contra la tela recia de ese mandil suyo que olía a rancio y a cebolla, cuando rompí finalmente a llorar.

Partimos madre y yo esa misma tarde, después del almuerzo.

Desde la ventanilla del pequeño carruaje al que nos subimos, vi desaparecer nuestra calle de la Solana. Y, más tarde, los tejados en punta del Alcázar.

Cada poco tiempo miraba en expectante silencio a madre, ansiosa porque me explicara de una vez qué sucedía y adónde nos dirigíamos. Pero no fue hasta que no alcanzamos a ver más que árboles a nuestro alrededor cuando se giró finalmente hacia mí y me pidió que le prestara mucha atención.

Me dijo entonces de sopetón que sus padres, el abuelo Miguel y la abuela Catalina, habían sido judíos. La miré estupefacta. Se apresuró a tranquilizarme y aclaró que los dos habían salvado sus almas una semana antes de que se agotara el plazo que los reyes les habían dado a los judíos del reino para que se convirtieran o se marcharan.

Me aseguró que los abuelos Catalina y Miguel habían recibido el bautismo junto a otros miembros más de la familia, en Santa María de Guadalupe, apadrinados por el rey Fernando y por la Reina Isabel.

—Nací cristiana y fui siempre una buena cristiana, tú lo sabes bien, Leonor. Tu padre era cristiano viejo. No quiero que lo olvides —insistió, mirándome fijamente a los ojos.

Añadió que, al poco tiempo de morir padre de esa mala caída de su caballo, se habían desatado unos feos rumores que la acusaban de comer carne en viernes y de usar maloliente aceite de oliva, en vez de manteca de cerdo, para cocinar.

La tía Blanca, su hermana menor, y la abuela Catalina, y hasta unos primos lejanos con los que no se hablaba desde hacía tiempo, habían insistido en que debía alejarse cuanto antes de Segovia, no se les fuera a ocurrir a los del Santo Oficio convocarla, y acabaran luego por colgarles a todos ellos el sambenito.

Fue entonces cuando se le ocurrió que podría pedirle ayuda a su primo Rodrigo, el hijo de la hermana mayor de la abuela Catalina, que había marchado tiempo atrás a Portugal.

—No tenía a nadie más a quién recurrir... —suspiró madre, antes de añadir, con la mirada perdida a lo lejos—: Y es por eso por lo que nos encontramos ahora aquí, tú y yo, en medio de esta nada nevada. Por culpa de la mala gente que nunca perdonó que la hija de unos conversos, una cristiana nueva como yo, se llevara al altar a uno de los mejores partidos de Segovia.

Apenas había elevado la voz y soltó una risa triste, que yo imité de inmediato, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera que debíamos regresar ya. Regresar de una vez a nuestra casa antes de que se hiciera de noche y no pudiéramos reconocer el camino de vuelta.

Madre repitió, desolada:

—En medio de una gran nada nevada.

—Nada nevada, nada nevada, nada nevada —la imité de nuevo yo.

Animada por la sonrisa que madre esbozó, proseguí, con la respiración entrecortada por la angustia:

—Nadanadanevada, nadanevadanadanevada...

Esta vez, cuando madre se echó a reír, su carcajada sonó a risa de verdad.

Pero me faltó fuerza para reírme con ella. Había distinguido a lo lejos, en medio de esa nada nevada, las luces de una pequeña población. Y añoré, como no había añorado nunca antes, el calor de la lumbre que María mantendría toda la noche prendida en la cocina de casa, el olor de la sopa de ajo caliente que no tomaría esa noche antes de subir a dormir, y hasta el traqueteo de las carretas que resonaba a esas horas por nuestra calle de la Solana...

Me acurruqué contra una esquina de nuestro carruaje, enmudecida y aterida por el frío que me recorría las entrañas.

Una niña muerta de miedo, Agustín... Así era yo cuando me marché de Segovia.

Rua Nova dos Mercadores

Llegamos a Lisboa una semana más tarde. Nunca había visto antes unas calles tan abarrotadas de gente y de carruajes de todo tipo. Hombres semidesnudos de piel muy negra caminaban en fila, sujetos por cadenas; pordioseros en harapos, sentados en las esquinas, mendigaban a voces una limosna a los elegantes caballeros y a las damas vestidas con lujosos ropajes que pasaban junto a ellos sin prestarles atención; hermosas carrozas de caballos se cruzaban con burdas carretillas, arrastradas por mulas o por hombres, sobre las que se apilaban todo tipo de enseres.

El carruaje en el que habíamos viajado madre y yo se detuvo frente a la única casa baja de una animada calle de viviendas de tres a cinco plantas, con comercios abiertos a ras de calle.

Nuestro cochero bajó de su banqueta y avisó a Magdalena, vuestra criada, que acudió corriendo y mantuvo abierta la portezuela mientras nos apeábamos. Me pareció que madre dudaba unos instantes, pero recompuso de inmediato el gesto, como si se recordara que no había lugar a debilidades y, por la mirada que me lanzó, comprendí que tampoco toleraría las mías.

Tomé la mano que me tendía y nos adentramos, las dos muy juntas, en esa casa desconocida. Magdalena se disculpó, en un español muy pobre, por que no hubiera nadie más en la casa para recibirnos.

—La señora ha muerto de unas malas fiebres —aclaró sin inmutarse.

Madre evitó mirarme y seguimos en silencio a Magdalena por un largo y sombrío pasillo hasta llegar a nuestra habitación. Al pasar junto a una estrecha ventana, alcancé a ver un patio pequeño con unas sillas desvencijadas y un par de espadas de madera tiradas sobre el suelo de tierra.

En cuanto nos quedamos a solas, madre se dejó caer de espaldas sobre la cama y me animó con unas palmaditas sobre la colcha a que me tumbara junto a ella.

Casi de inmediato, mis párpados se tornaron pesados y el cansancio me abotargó brazos y piernas. Caí en un profundísimo sueño desde el que me pareció oír unas voces de niños que resonaban a lo lejos.

Cuando desperté, llevaba puesta la camisola larga de fino merino que la abuela Catalina había encargado ese otoño en Burgos, expresamente para mí. La luz entraba a raudales en la habitación.

Como cuando María descorría las cortinas, me intenté convencer, a sabiendas de que no era cierto. Cerré los ojos, ansiosa por creer durante un rato más que me encontraba todavía en mi casa, que la abuela Catalina no tardaría en entrar en mi habitación y que me plantaría en la frente uno de esos besos suyos puntiagudos de

buenos días.

Pero oí la voz de madre, y reconocí también las voces infantiles que me había parecido oír la víspera, mientras caía dormida, y no me quedó más remedio que incorporarme. Me vestí con la ropa que madre había dispuesto para mí sobre la única silla de la habitación y salí en su busca.

La encontré en la cocina, sentada entre dos niños.

Jaime era muy rubio en aquel entonces. Como un hermoso querubín. Se levantó y me miró detenidamente antes de tomarme de la mano. Tú, Agustín, nos observabas sin decir nada. Tenías ya esa sonrisa tan tuya que siempre me pareció un poco triste, y sentí cómo se apoderaba de mí un vago deseo de consolarte y de borrar la tristeza que percibía en ella.

Jaime preguntó si quería jugar con vosotros y yo miré a madre.

—Claro que sí —contestó ella por mí—. En cuanto coma algo. Que lleva dos días durmiendo...

Solamente entonces me di cuenta de que, de tan débil como me sentía, apenas me tenía en pie.

Me convertí en la dama de vuestros torneos. En la princesa a la que Jaime salvaba del fuego del dragón y en la reina a la que tú rescatabas de los piratas en alta mar. Nunca antes había jugado con chicos, y me encantaba.

No dejaba, sin embargo, de añorar mi casa y, cuando la nostalgia me sobrecogía de improviso, me escabullía a toda prisa a mi habitación para intentar recobrar allí, a solas, el rostro de la abuela Catalina, las tardes con María en la cocina, oyendo las historias que contaba, mi apacible y soleada calle de la Solana, y hasta el olor a pino y a jara que tenía la brisa en Segovia.

A Rodrigo, tu padre, apenas lo veíamos al principio. Salía muy temprano a trabajar y no regresaba hasta bien entrada la noche. Aunque los domingos nos acompañaba a misa, tras el almuerzo se encerraba en su despacho y no lo volvíamos a ver hasta la hora de la cena.

A las pocas semanas de nuestra llegada comenzó a volver más pronto. A veces, incluso, se sentaba a cenar con nosotros y contaba anécdotas de su trabajo en la empresa que habían fundado Francisco y Diego Mendes, los dos hermanos para los que trabajaba. Supimos así que esos dos españoles habían llegado a Lisboa con sus padres, en la misma época en que lo había hecho Rodrigo con los suyos, y que se habían enriquecido con el comercio de las especias y de las gemas que arribaban ya directamente a Portugal sin pasar por Venecia, desde que Vasco de Gama, un navegante portugués, había abierto una nueva ruta marítima a las Indias.

Una tarde nos invitó a madre y a los tres niños a su despacho. Entramos expectantes porque era el único lugar de la casa al que nos estaba prohibido acceder. Allí tu padre desenrolló y extendió un mapa sobre la mesa y nos mostró la antigua

Ruta de las especias. Señalando unos puntos, enumeró muy concentrado:

—Egipto, Mar Rojo, Venecia...

Indicó luego con el dedo los pequeños rizos dibujados sobre un gran espacio en blanco, y nos animó a que cerráramos los ojos.

—Y ahora, imaginaos aquí un inmensísimo mar. El mar más inmenso de la Tierra.

Aunque me esforcé todo lo que pude, fui incapaz de imaginar un mar más inmenso que el que había descubierto a nuestra llegada a Lisboa desde el ventanuco del cuarto de Magdalena. Tampoco podía imaginar un mar más poderoso que ese, capaz de sostener todo tipo de embarcaciones cargadas de hombres y de mercancías, de cambiar a su antojo de color y de forma, o de enfurecerse y fingirse calmo a voluntad.

Un mar que en aquel entonces soñaba con surcar; siempre que acompañaba a madre a comprar pescado en la lonja del puerto, observaba con indisimulada envidia a los marineros que subían a los barcos por una estrecha pasarela, con su pequeño fardo sobre el hombro, entre las ruidosas gaviotas que se arremolinaban junto a las redes de pesca.

Fue esa misma tarde cuando Rodrigo nos habló del verano de 1492, en el que las familias de los demás niños que frecuentábamos en Lisboa habían abandonado España. Nos contó su paso por Valencia de Calatrava, donde él y sus padres habían aguardado los permisos para entrar en Portugal. Describió el calor asfixiante de la ciudad extremeña, la angustia que marcaba el rostro de los adultos, y el río Sever, al que su madre le había prohibido acercarse. Y cómo la tristeza acabó matando a su padre tras la conversión forzada al cristianismo, a la que todos ellos fueron sometidos en tierras portuguesas, menos de un año después de que él celebrara su mayoría de edad como judío y que se colocara por vez primera las filacterias durante el rezo, una sobre la frente, y la otra, alrededor del brazo izquierdo.

Se le apagó un poco la voz al recordar cómo su padre no cesó nunca de lamentarse por no haberse dirigido con su familia, en lugar de a Portugal, a la costa del Mediterráneo, donde, por lo que contaban, el sultán otomano Bayaceto II había enviado toda una flota a rescatar a los refugiados españoles. Tan numerosa, decían, que muchos navegantes habían cambiado el curso de su viaje al encontrarse con un mar repleto de navíos turcos transportando a españoles judíos.

Y así, su padre acabó perdiendo hasta las fuerzas para seguir lamentándose, y un día enmudeció y cayó en un estado de melancolía que lo dejó postrado en un catre, con la mirada perdida en el techo del cuartucho, junto al puerto, en el que malvivía toda la familia.

Una mañana de un tórrido mes de agosto, el enclenque adolescente al que habían educado con esmero para que se dedicara un día al estudio de la filosofía y de las matemáticas, consiguió convencer al capataz de los hermanos Mendes de que podía vigilar a los esclavos negros que descargaban de los barcos bultos llenos de especias, y aquella misma noche Rodrigo le entregaba su primer jornal a su madre, a

escondidas, para no avergonzar a su padre.

Por la forma en que Jaime y tú atendíais, supe que era la primera vez que tu padre contaba aquella historia. También vi claro que Rodrigo no era como mis abuelos Catalina y Miguel, que él no había abrazado de corazón la fe cristiana. Esa noche, ya en mi habitación, le recé a la Virgen con todo el fervor del que era capaz por la salvación de su alma.

Poco tiempo después de esa velada, una tarde en que nos encontrábamos las dos solas tomando el fresco en el patio, madre comentó que Diego Mendes, el más joven de los dos hermanos y buen amigo de Rodrigo, le había pedido a este que se instalara con él en Amberes, a trabajar en el nuevo despacho que había abierto allí.

Recuerdo el ligero rubor que le encendía las mejillas a madre: pensé, orgullosa, que tenía la madre más hermosa del mundo, con su piel clara, su brillante cabello castaño que llevaba recogido durante el día en un apretado moño, su cintura fina, mucho más fina que la de las demás mujeres que conocíamos, y sus ojos negros en forma de almendra.

Madre tomó mis manos entre las suyas.

—Rodrigo me ha pedido que nos casemos —susurró.

Yo la miré atónita.

Estábamos mucho más unidas desde que habíamos dejado Segovia, y por eso, seguramente, me atreví a protestar.

—¡Pero si él no es como nosotras, madre!

Insistí cuando me percaté de que no entendía mi objeción:

—Rodrigo no es un cristiano de verdad.

Madre me contempló un buen rato sin decir nada, y luego replicó con voz cortante:

—Deja que cada cual se preocupe de alcanzar el mundo venidero a su manera, Leonor.

La miré boquiabierta y ella prosiguió en un siseo indignado:

—Nadie debería imponerle a nadie su verdad. ¿Acaso no sabemos tú y yo mejor que nadie a lo que lleva eso?

Con un gesto de tristeza abarcó la habitación en la que nos encontrábamos y ese exilio nuestro que nos había dejado desamparadas, lejos de casa y de la gente a la que amábamos.

Creo que no comprendí hasta ese momento lo desvalidas que estábamos madre y yo, una joven viuda que no podía regresar a su hogar, y su hija.

—Rodrigo es un buen hombre —aseguró ella tajante—, y nadie debería tener que practicar a escondidas la fe en la que cree.

Acaricié, acongojada, el collar de perlas que me había regalado la abuela Catalina, como hacía siempre que añoraba mi hogar y mi vida de antes, con sus

certezas que podía entender. Pero callé, para no disgustar aún más a madre.

Ella debió de creer que me había convencido, porque me estrechó con fuerza y, con súbito entusiasmo, o quizás con el alivio de haber zanjado el tema, anunció, como si fuera esta la verdadera sorpresa que me tenía reservada:

—¡Viajaremos en barco, Leonor!

Me imaginé en la cubierta de uno de esos navíos que veía zarpar a diario y que se alejaban con el velamen bien tensado de la bahía de Lisboa, y olvidé de inmediato mis preocupaciones de hacía solo unos instantes.

Nos habían advertido que fuéramos discretos. Todo nuestro equipaje había sido trasladado días antes a los almacenes que la empresa Mendes tenía en el puerto, y la mañana del jueves en que embarcamos dejamos la casa de la Rua Nova dos Mercadores y nos encaminamos los cinco a pie, en dirección al muelle, como si se tratase de un paseo familiar y fuéramos a regresar enseguida.

Cuando el barco soltó amarras y comenzó a dejar tras él una enorme estela de espuma, estuve a punto de lanzar gritos de alegría.

Con esa excitación permanecía atenta a las voces de mando, a los marineros que tiraban de las gruesas maromas y tensaban las velas, y hasta a los esclavos negros que bajaban a la bodega las piezas de equipaje. Tampoco os perdía de vista a Jaime y a ti, entre el incesante ajeteo. Recuerdo que tú amagabas una mueca valiente para impresionarme y que el pobrecito de Jaime ni se esforzaba en disimular el miedo mientras se aferraba a las asas de un enorme baúl de cuero que no habían bajado aún a la bodega por culpa de las prisas del capitán por aprovechar el viento que arreciaba para salir del puerto.

—¡Mirad! ¡Mirad! —gritó madre cuando llevábamos un buen rato ya navegando. Con el brazo tendido señalaba uno de los costados del barco.

Me alcé de puntillas junto a ella y estiré todo lo que pude el cuello por encima de la borda. Los vi entonces brotar de las olas. De dos en dos, de tres en tres. Saltaban y se estrellaban de panza contra el agua. Conté en voz alta hasta treinta de esos grandes peces grises de piel brillante y lisa que lanzaban cortos y estridentes grititos mientras avanzaban a la par de nuestra embarcación.

Algunos marineros se detuvieron brevemente a contemplarlos. Uno de ellos se giró hacia madre y, con una risa sonora que dejó a la vista una fea y desdentada boca, negra como un agujero, aseguró:

—Los delfines traen buena suerte, señora.

Madre no dijo nada. Dos gruesos lagrimones le recorrían las mejillas mientras mantenía la mirada fija a lo lejos, más allá de los delfines, en un horizonte más allá de la tenue línea de costa que apenas se divisaba ya.

La tomé de la mano y desanduve con ella en voz baja el camino que habíamos recorrido menos de un año atrás, hasta alcanzar de vuelta nuestra calle de la Solana.

Pero al llegar frente a la puerta de nuestra casa, nos abrazamos, sin atrevernos ya, ni ella ni yo, a proseguir.

Tú te aproximaste entonces con Jaime agarrado de la mano, para que madre os arrojara en su abrazo también a vosotros dos, y permanecimos un largo rato así, los cuatro juntos, abrazados en una piña, contemplando con aprensión la inmensidad líquida que nos rodeaba.

Me fijé en la gran «D» mayúscula dorada, separada por un grueso punto de una «M» del mismo tamaño y color, grabadas junto a la cerradura del baúl contra el que os habíais apoyado hasta ese momento y me pregunté cómo sería ese Diego Mendes que aún no conocíamos, y que acababa de sumar un océano a la distancia que nos separaba de nuestro hogar.

Las olas comenzaron a golpear con violencia el casco del barco. Madre intentó atraer sin éxito la atención de Rodrigo, que se encontraba en la cubierta de proa, con el capitán, y nos encaminó a trompicones hacia la trampilla que llevaba a la bodega, agarrados los tres a los pliegues de su falda de merino.

Sus ojos desmentían el forzado entusiasmo con el que anunció a voces, para hacerse oír sobre el estruendo del oleaje y del viento:

—¡Niños, nos espera una gran aventura en Amberes!

Ya a cubierto, añadió como si quisiera reforzar nuestra fortuna:

—Y solo los valientes viven grandes aventuras...

Nos desprendió de su falda y nos indicó que la precediéramos escalerilla abajo con el mismo tono animoso:

—Vamos, jovencitos. Que ahora toca explorar la bodega.

Hofstraat

Atracamos en el puerto de Amberes un día lluvioso del mes de abril del año del Señor de 1518, después de un espantoso viaje.

Habían pasado catorce meses desde que madre y yo dejamos Segovia.

En el muelle había mucho movimiento. Mercaderes con pellizas oscuras discutían entre ellos, soldados de uniforme raído y casco reluciente deambulaban ociosos junto a marineros que hacían cola frente a unas mesas bajas en busca de trabajo. Los bultos de mercancías se apilaban por doquier.

A pesar de la luz cansina y apagada que parecía ahogarlo todo, me sentí agradecida y feliz de volver a pisar tierra firme.

Un pequeño carruaje esperaba en el muelle para llevarnos al palacete de Diego Mendes, en la Hofstraat, donde él en persona nos dio la bienvenida en el imponente vestíbulo de su mansión.

Diego era un hombre delgado y me pareció alto, más incluso que Rodrigo. Vestía con elegancia y llevaba la barba cuidada y el cabello muy corto siguiendo, como pude comprobar a los pocos días, la moda local. Cuando madre intentó evitar que tú y Jaime os lanzarais a correr, nada más entrar, por los enormes salones del que iba a ser nuestro nuevo hogar, Diego le pidió que no os refrenase porque esas paredes estaban muy necesitadas de un cierto bullicio.

Una doncella me acompañó hasta una alcoba casi tan grande como la cubierta del barco que nos había traído a Amberes.

Recuerdo que sus techos abovedados me parecieron imponentes, igual que las preciosas ventanas de cristal emplomado y coloreado, desde las que se alcanzaba a ver los mástiles de los barcos amarrados en el puerto, y que el grosor del colchón de la cama era de casi dos manos y la colcha llevaba bordados los mismos motivos florales que los tapices que cubrían las paredes.

Recorrí entusiasmada la estancia varias veces, de un extremo a otro, impaciente por descubrir las demás sorpresas maravillosas que de seguro nos aguardaban allí.

Y en efecto, Amberes no me decepcionó. A los pocos días de nuestra llegada me enteré de que recibiría la misma formación académica que Jaime y que tú, porque Diego, que había crecido rodeado de mujeres cultas, había puesto todo su empeño en convencer a madre de que lo permitiera, y le había asegurado, para vencer su reticencia inicial, que yo no dejaría por ello de recibir las clases de dibujo y de música, como correspondía a toda joven de buena familia.

No cabía en mí de impaciencia por comenzar.

Diego había reservado para nuestras clases uno de los salones más luminosos del palacete. Allí los tres estudiábamos cada mañana caligrafía, alemán, latín, griego y matemáticas, además de un par de horas de francés, hablado y escrito, con *Monsieur Rémy*, un hombrecito tímido y encantador, originario de Burdeos. Por las tardes practicábamos juntos pasos de baile y luego, mientras a vosotros os iniciaban en el manejo de la espada, yo estudiaba música, canto y dibujo en la biblioteca de Diego.

Aprendí con el señor Norton, mi profesor de música, a tocar en el clavicémbalo de madera labrada con incrustaciones de lapislázuli y mármoles de colores, con unas partituras de Hugo Aston. Como aprovechaba mis ratos libres para hacer escalas y ejercicios, fui muy pronto capaz de improvisar diferencias sobre canciones de infancia que madre recordaba y que cantábamos luego las dos juntas para todos vosotros, después de la cena.

A lo largo de esos maravillosos años que duró nuestra formación académica, descubrí también los preciados volúmenes que Diego atesoraba en su biblioteca. Los favoritos de madre eran los de caballería, que yo le leía mientras ella bordaba.

En aquel saloncito al que daban solamente su alcoba y la mía, nadie nos molestaba y las horas pasaban con tal celeridad que siempre nos desconcertaba la llegada de la doncella que nos anunciaba que la cena estaba servida.

Madre nunca quiso que le enseñara a leer. Para qué, decía, si me tenía a mí. Pero lo decía con un deje de resentimiento, o eso me pareció a mí siempre, como si quisiera significar que bastaba con que una de nosotras se hubiera echado a perder. Yo me aguantaba las ganas de replicarle que así podría leer cuando le apeteciera. Como hacía yo cada noche, cuando ella se iba a dormir y Rodrigo y Diego se encerraban, contigo y con Jaime, a estudiar en la biblioteca.

Era tal mi ansia de conocimiento que llegué a envidiaros en más de una ocasión esas sesiones secretas que tú me resumías luego en voz baja, en las que los cuatro comentabais y discutíais los escritos de los filósofos y poetas judíos Yehudá ha Leví, Maimónides, Ibn Paquda o Ibn Gabirol, en los textos cuidadosamente recopilados a mano que había heredado Rodrigo de su padre.

—A Jaime, todo eso le fascina —me asegurabas tú en tono misterioso.

—¿Y a ti? —inquiría yo.

—¿A mí? A ratos. Solo a ratos.

Estaba convencida de que decías eso para consolarme y no te acababa de creer.

Esas sesiones de estudio eran, sin embargo, algo que yo misma me habría vetado de haber sido invitada a participar en ellas, por lealtad hacia madre y a la memoria de padre.

A nadie le hablé de ellas, pero a partir de ese momento, cuando nos sentábamos todos juntos a oír misa en el mismo banco de madera de la catedral, no podía dejar de observar a hurtadillas los rostros impenetrables de los demás feligreses, preguntándome si su fervor era verdadero, como el de madre y el mío, o fingido,

como el de Diego y el de Rodrigo.

Conocía ya de sobra el peligro que entrañaba ser criptojudío, por lo que extremé la prudencia, no fuera a dañar a nadie por algún descuido mío. No dejaba de resultar sorprendente cómo, en tan poco tiempo, había pasado de pretender salvar almas a convertirme en la más celosa protectora de las personas que ya eran mi familia.

Gracias a la insistencia de Rodrigo, a los pocos meses de nuestra llegada a Amberes, Diego se asoció con los Fugger, unos importantes banqueros alemanes que se habían interesado por el negocio de las especias. A la vista de los buenos resultados de esa relación comercial, y para agradecer a Rodrigo sus acertados consejos, Diego le encargó a Alberto Durero, que se encontraba de visita en Amberes y que había retratado ya a su flamante socio Jacobo Fugger, que pintara su retrato.

Cada mañana, a lo largo de un mes de septiembre que en ese año de 1520 fue inusualmente luminoso, Rodrigo se sentó a posar en uno de los salones del palacete. En los escasos ratos libres de los que disponíamos entre clases, nos asomábamos por la puerta entreabierta de ese salón a observarle, sentado inmóvil e imponente con la pelliza con la que salía a trabajar, mientras el artista le lanzaba rápidas miradas y parecía rozar con la punta de su pincel un lienzo que, desde nuestra perspectiva, no podíamos ver.

No nos atrevimos nunca a acercarnos ni a levantar el paño con el que quedaba cubierta la tela al acabar la sesión de posado, por miedo a estropearla. Así que cuando Durero entregó el retrato, casi un año más tarde, cuidadosamente envuelto en paños, contuvimos a duras penas nuestra impaciencia por ver el resultado.

Emitimos al unísono un suspiro de admiración, seguido de comentarios excitados y de alegres felicitaciones. El parecido con Rodrigo resultaba asombroso. El castillo que aparecía en el paisaje de la izquierda del cuadro me recordó de inmediato el Alcázar de Segovia, con sus tejados negros en punta, algo que no llegué a comentar en ese momento porque Diego, eufórico y feliz por lo bien que había quedado su encargo, explicaba que había tenido la oportunidad de ver varios castillos como ese, en el curso de sus viajes por Alemania.

Madre amagó una caricia hacia el cuello de visón del lienzo, tan bien pintado que parecía real, y contempló con indisimulado orgullo a Rodrigo, que le devolvió una mirada extrañamente ensimismada y grave.

Fue como si el castillo del cuadro reavivara la añoranza de mi tierra, que había permanecido apaciguada. Esa tarde me dediqué a evocar mis rincones favoritos de Segovia y cada una de las estancias de nuestra casa. No conseguí, sin embargo, recordar el rostro de la abuela Catalina ni el leve escalofrío que me producía el roce de la finísima piel de sus manos contra mis mejillas, y acabé llorando con auténtico desconsuelo.

La abuela Catalina murió ese mismo invierno en Segovia.

Nunca había dejado de creer en que un día regresaríamos madre y yo a Segovia, y que nos lo encontraríamos todo tal y como lo dejamos. La abuela Catalina me estrecharía entre sus brazos y nosotras retomaríamos junto a ella el curso de nuestras vidas, allí donde lo habíamos interrumpido.

Ya no sucedería. Supe que ni el tiempo aguarda ni nada permanece nunca tal y como lo dejamos.

Comprendí que yo también había cambiado. Que me encontraba viviendo una realidad muy distinta a la que habría sido la mía en Segovia. Fui consciente de cuánto me había transformado la vida que llevaba en Amberes. De que mis lecturas, los conocimientos que adquiría día a día en mis clases y el contacto permanente que teníamos con el mundo exterior, a través de las nuevas que nos llegaban siempre en primicia y meticulosamente detalladas por la extensa red de agentes de la empresa Mendes, seguirían transformándome sin remedio.

Lloré, además de por la muerte de la abuela Catalina, por la mujer que ahora sabía que ya no sería nunca.



Madre celebró un funeral en memoria de la abuela Catalina en la catedral. Nos sentamos juntas en un banco de la nave principal. Las dos vestíamos de luto riguroso y cubríamos nuestros compungidos rostros con un fino encaje negro.

Apenas le dirigí la palabra a madre y no le pedí, ni le ofrecí tampoco, ningún consuelo.

Durante el sermón, me sobresalté al darme cuenta de que apenas prestaba atención a las palabras del sacerdote, por la fuerza de la costumbre que había adquirido de hacer oídos sordos a las calumnias contra los judíos que solían verterse habitualmente en él.

Me pregunté quién era yo, genuinamente avergonzada. Encubría a criptojudíos y actuaba como ellos...

Volqué mi desconcierto y mi pena contra madre, por no haberme dejado con la abuela Catalina en Segovia, donde a nosotras dos, que no habíamos provocado la envidia de nadie ni teníamos enemigos, nos habrían dejado vivir tranquilas.

Odié a madre con todas mis fuerzas. Odié su perfil perfecto, apenas velado por el ligero encaje negro. Odié su belleza, que ponía en evidencia la banalidad de mis rasgos. Arrodillada junto a ella durante el responso por el alma de la abuela deseé, con esa maldad que a menudo surge de la tristeza, que le remordiera la conciencia y que sufriera por haberme arrastrado lejos de casa, y de la abuela Catalina, a un mundo demasiado grande e inquietante para mí.

En los días siguientes al funeral, todos en casa redoblasteis vuestras atenciones con nosotras, prestos a arroparnos con vuestro cariño. Mi agitación y mis temores

acabaron por disolverse y, avergonzada por los sentimientos que había llegado a abrigar contra madre, me dispuse a ser mejor hija de lo que nunca había sido.

Al poco tiempo comenzamos los tres jóvenes a asistir a nuestros primeros bailes. Fue el inicio de una época particularmente placentera que culminaría en la espléndida cena con la que Diego quiso celebrar mi cumpleaños.

Las cenas de Diego eran, de lejos, las más refinadas de todas a las que yo había asistido, pero la de ese cumpleaños fue la más espectacular.

Siempre disfruté contemplando los vestidos de ricos brocados, las joyas y los peinados de las damas invitadas, que contrastaban tanto con la sobriedad castellana de mi madre, como la calificaba jocosamente ella misma, que no llevó nunca más joyas que el discreto par de pendientes de granates que le había regalado Rodrigo cuando se casaron, y el crucifijo de oro y perlas de la abuela Catalina. Y ese día lucí el vestido más hermoso de la fiesta.

Lo habían confeccionado nuestras modistas con una rica seda de color azul pálido y un terciopelo del mismo tono que eligió Jaime para mí en uno de los numerosos viajes que hacíais los dos a Lyon, adonde solíais acompañar a Rodrigo.

La larga mesa de banquetes se engalanó esa noche con un mantel suntuosamente bordado para una cena a la usanza francesa con cuchillo, tenedor y *servete* individual que nos colocaríamos sobre el hombro izquierdo, como mandaba la etiqueta.

Antes de pasar al comedor, me detuve frente al gran espejo veneciano del vestíbulo. Esperé a que se alejara el amable murmullo de las risas y conversaciones de los invitados y admiré largamente mi vestido, mis hombros descubiertos, el elaborado moño alto que me favorecía y me estilizaba el cuello. Sabía que era demasiado alta y que mis rasgos, aunque regulares, carecían de gracia. Esa noche, sin embargo, me sentía hermosa, y sonreí, feliz, al reflejo de la sofisticada y joven dama que me devolvía el espejo. En un gesto instintivo, me incliné un poco hacia adelante, en busca de la niña segoviana que había llegado a Amberes una década atrás, pero no hallé rastro de ella.

A los pocos días de ese festejo, nos anunciabas a la hora del almuerzo que los Fugger, cuyo hijo pequeño era buen amigo tuyo, pensaban celebrar con una gran recepción la coronación del emperador Carlos V. Por lo visto, diez años atrás reunieron medio millón de florines para apoyarle frente al francés Francisco I y al inglés Enrique VIII, y querían celebrarlo a lo grande. La coronación estaría oficiada por el papa Clemente y tendría lugar en Bolonia, y no en Roma como era habitual, porque el sultán turco Solimán se encontraba con sus tropas a las puertas mismas de Viena.

Estaba encantada con la posibilidad de lucir de nuevo en una suntuosa fiesta mi

vestido recién estrenado, y me imaginé entrando en los lujosos salones de los Fugger, con el crucifijo de oro y perlas que le pediría prestado a madre, a juego con el collar que me regaló la abuela Catalina.

Animada con esa expectativa, apenas le di importancia al semblante preocupado de Diego, que se mesaba nerviosamente la barba.

Un año después de la coronación del emperador Carlos, Diego era encarcelado por judaizante.

Nuestra vida se trastocó. Hablábamos únicamente ya en susurros, temerosos de ser oídos, como si las paredes del palacete se hubieran tornado finas como el papel.

Nos habíamos creído intocables. Habíamos querido creer que el dinero de Diego nos mantendría siempre a salvo de las persecuciones que padecían otros, y no había sido así. No pasaba día sin que nos preguntáramos cuándo vendrían a prenderos también a vosotros.

Madre no cesaba de lamentarse. En una ocasión llegó incluso a sugerir que debíamos regresar a Lisboa, pero Rodrigo la mandó callar de inmediato con una brusquedad nada habitual en él.

—¡Jamás! —la reprendió, con el resentimiento intacto hacia el país que había traicionado a su gente y al que culpaba, y no dejaría de culpar hasta su último aliento, por la muerte de su padre.

Junto con Francisco Mendes, el hermano mayor de Diego, Rodrigo no había dejado de usar todos los medios que tenía a su alcance para intentar liberar a Diego. Mientras Francisco se encargaba desde Lisboa de que el recién coronado emperador Carlos v fuera informado que, de no ser liberado Diego Mendes, el rey de Portugal no podría hacer frente a los doscientos mil ducados que debía entregarle como tributo, Rodrigo ponía a prueba la *bonne entente*, la tan sonada solidaridad entre los hombres de negocios a los que frecuentaba casi a diario en el edificio de la Bolsa. Estaba convencido de que esos mercaderes no estarían dispuestos a consentir que uno de los suyos fuera molestado, ni que se sentaran precedentes que pudieran animar a esos nobles y reyes que recurrían a ellos cuando necesitaban dinero a entrometerse en sus vidas o a reclamarles nada por medio de amenazas.

Y así, al poco tiempo de ponerse Rodrigo en contacto con ellos, se lo hacía saber una pequeña delegación de mercaderes a María de Hungría, la hermana de Carlos v, recién nombrada gobernadora general de los Países Bajos.

Madre y yo, mientras tanto, no salíamos a la calle ni para asistir a misa en la cercana catedral. Madre me confesó una tarde que si bien Lisboa le había resultado intimidante entonces, no quería ni imaginar lo que sería de nosotras en Amberes, en el caso de que encarcelaran también a Rodrigo.

Para evitar su humor sombrío y sus cada vez más frecuentes exabruptos en los que me recriminaba por todo, siempre que podía me escabullía y me encerraba en la

biblioteca. Pasaba allí más horas que nunca tocando el clavicémbalo, frente al retrato de Rodrigo que colgaba de una de las paredes, y conocía ya a la perfección cada bucle dorado de los pequeños cachorros de león que se daban la espalda, los paisajes pintados a cada lado, los puntiagudos tejados negros del castillo y los curiosos árboles de tronco escamado como un pez y largas ramas curvas como las varillas de una sombrilla, junto al lago, sobre el que Durero había estampado su monograma.

Las medidas que tomaron Francisco y Rodrigo debieron de surtir efecto, porque un año después de que fuera hecho prisionero, Diego era finalmente liberado.

La angustia que habíamos padecido durante los largos meses de su detención, había dejado una tremenda huella en nuestro ánimo. Sabíamos ahora que el palacete en el que vivíamos no volvería a ser ya el fortín inexpugnable que quisimos creer que era; nos habíamos hecho penosa e irremediabilmente conscientes del peligro que corríamos y de que la existencia privilegiada que habíamos llevado hasta entonces en Amberes pendía de un hilo.

La pequeña segoviana que anidaba en mi interior había aflorado de nuevo, con muchos más temores y nostalgias que nunca.

Para levantarnos el ánimo, a Diego se le ocurrió aprovechar la visita a Amberes de Erasmo de Rotterdam y de Juan Luis Vives, a quienes tanto él como Rodrigo admiraban muy particularmente, y celebrar una cena en su honor. Con la ayuda de sus contactos, Diego consiguió en poco tiempo que los dos ilustres humanistas confirmaran su asistencia.

El palacete se puso de inmediato patas arriba. La excitación que se apoderó del ambiente nos hizo olvidar, durante las semanas de preparativos para esa cena, los malos momentos por los que acabábamos de pasar, sobre todo después de que madre se enterara de que Erasmo era el reconocido autor de un tratado sobre las buenas maneras en la mesa y decidiera que debía esmerarse aún más de lo que acostumbraba para que todo estuviera perfecto.

Al poco tiempo de iniciarse la velada, alguien tuvo la funesta ocurrencia de mencionar el encarcelamiento en Londres de Tomás Moro, que acabábamos de conocer por nuestros agentes, como de costumbre, en primicia. Y resultó que el antiguo canciller del reino de Inglaterra era un buen amigo de nuestros dos invitados, a los que había brindado su hospitalidad en el pasado en su residencia de Oxford.

A partir de ese momento nada ocurrió como Diego había anticipado.

—Todos sabemos que Moro enfureció al rey Enrique al negarse a asistir a sus esponsales con Ana Bolena, tras su divorcio de Catalina de Aragón —murmuró Erasmo, visiblemente preocupado, y aseguró que este arresto era particularmente grave ya que pesaba sobre Moro la amenaza de una condena a muerte por negarse a reconocer al rey Enrique como cabeza de la Iglesia anglicana.

Vives interrumpió el ominoso silencio que se hizo entonces, para lamentar

apesadumbrado:

—Tiempos terribles, estos en los que vivimos, cuando no se puede ni hablar ni callar sin peligro.

No le fue posible a Diego reconducir la conversación, porque Vives comentaba ya el encarcelamiento de un tal Vergara en España y sostenía que la situación allí se había hecho particularmente insostenible desde que daban por sentado que cualquiera con algún grado de cultura era un hereje con taras judaicas.

—Esos bárbaros están imponiendo por medio del terror el silencio entre las personas cultivadas —sentenció, antes de proseguir en tono lúgubre que, de no remediarse, ese estado de cosas acabaría acarreado el estancamiento y el empobrecimiento de España.

Debo reconocer que lo que más me sorprendió en ese momento fue la ausencia de rencor en la voz del señor Vives, porque era de todos sabido que los bárbaros a los que aludía habían quemado por judíos en la hoguera a su padre y a su abuelo, y habían mandado hacía poco desenterrar los huesos de su madre, para que sufrieran la misma suerte.

Dirigiéndose a Erasmo, Vives le preguntó si no recordaba cómo, ya por los años veinte, le había escrito con la esperanza de que su popularidad en España pudiera servir para contrarrestar los envites de esos fanáticos.

—Pero resulta que hasta a tus seguidores los persiguen ahora los del Santo Oficio —suspiró.

Durante unos largos minutos se oyó tan solo el sonido de los cubiertos contra los platos de fina porcelana, hasta que madre, inclinándose hacia Vives, al que tenía sentado a su derecha, le preguntó por su esposa:

—He oído decir que doña Margarita es una dama extraordinariamente culta.

Vives asintió con una gran sonrisa y añadió que no se debía subestimar nunca la capacidad de una mujer para el estudio. Me miró con intención pero madre replicó que ella no lo había hecho y le animó a que me preguntara sobre la educación que yo había recibido.

Era la primera vez que madre se mostraba orgullosa de mis conocimientos. Quizás por ello me extendí más de lo conveniente con nuestro invitado. Creo que llegué incluso a mencionarle que había leído a Aristóteles. Pero Vives se mostró encantado. Si mi reacción le pareció presuntuosa o pueril, no lo mostró.

Preguntó entonces, mirando en tu dirección y en la de Jaime, en qué se ocupaban los demás jóvenes de la casa. Esperé durante unos instantes a que fuerais vosotros mismos quienes le contestarais pero mirabais al frente sin decir nada, con esa sonrisa estúpida con la que solíais disimular el aburrimiento o el cansancio.

Recordé, avergonzada por vuestra grosería, que las criadas murmuraban que regresabais de madrugada de vuestras visitas nocturnas a mujeres de dudosa reputación y decidí que debía hablar yo en vuestro lugar para no ofender a nuestro ilustre invitado. Acabé contándole que los tres nos habíamos educado juntos y que

vosotros dos llevabais un tiempo ya trabajando en la empresa Mendes.

Vives os contempló con indulgencia y recomendó que, cuando vuestras ocupaciones os lo permitieran, disfrutarais, ahora que todavía erais jóvenes, de una temporada de estudios en la Universidad de Lovaina, que impartía una enseñanza humanista del más alto nivel.

—Nuestro maestro aquí presente lo puede corroborar —subrayó.

Erasmus asintió repetidamente con la cabeza y Vives aprovechó para mencionar el éxito del Tratado sobre la Paz en el Imperio y la Iglesia que Erasmo acababa de publicar en Friburgo, donde ahora residía.

—*De Amabili Ecclesiae Concordia* —citó.

Fue entonces cuando Erasmo declaró, con una fuerza inusitada, que era una verdadera lástima, porque de no ser por los dogmáticos que nos asolaban, podríamos encontrarnos disfrutando en estos momentos de las bondades de una época dorada para las letras y para el pensamiento.

Se refería claramente a Lutero, con el que se hallaba desde hacía tiempo enfrentado, pero nadie comentó nada y se instaló de nuevo un pesado silencio.

Pensé en mi pobre patria y en el reino del terror que la estaba encaminando a la ruina, y al contemplar los semblantes sombríos que me rodeaban, me pregunté si todos los allí presentes no estarían imaginando en ese momento cómo habrían sido sus vidas en unos tiempos menos revueltos.

Todos, salvo Jaime y tú, que manteníais esa tonta sonrisa fija sobre los labios.

Esa velada fallida pasó, sin embargo, a convertirse muy pronto en una fuente inagotable de risas. En cuanto recordábamos los desafortunados temas de conversación y el ambiente sombrío que había reinado durante la cena, conseguíamos a duras penas reprimir las carcajadas.

Hacía tiempo que nadie reía así en el palacete de Diego y ese sonido antaño tan familiar pareció desterrar como por encanto la pesadumbre que nos atenazaba.

Aunque no en la forma en que Diego lo había planeado, la invitación había cumplido con su objetivo.

Me sentía de nuevo dispuesta a acompañaros a los bailes y a disfrutar de la vida que llevábamos antes, cuando, al poco tiempo de que mi marchita vida social comenzara a reavivarse, madre sufría su primer desmayo.

Lo atribuimos al cansancio y al inusual calor de ese verano. Pero unas semanas más tarde, cuando se empezaban ya a notar los primeros fríos del otoño, madre se desplomó sobre el tapiz que estaba bordando. Cuando recobró el conocimiento, era incapaz de mover el brazo derecho.

Permaneció encamada un tiempo, y después ella y yo intentamos recuperar en la medida de lo posible nuestra anterior rutina.

Nos sentábamos de nuevo juntas en nuestro saloncito y le leía en voz alta sus

libros preferidos, además de los nuevos que Diego, al tanto de las preferencias de madre, mandaba comprar a escondidas en el puerto, a los viajeros que se dirigían a la Península y estaban deseosos de cobrar algún dinero por unos libros de los que les convenía desembarazarse antes de que les fueran confiscados a su llegada.

Durante un par de años la situación de madre se mantuvo estable, hasta que una mañana en que nos dirigíamos juntas a desayunar al comedor perdió de nuevo el conocimiento y cayó estrepitosamente al suelo.

Después de aquello, su habla se tornó pastosa y su estado comenzó a deteriorarse rápidamente. Muy pronto no le quedaron fuerzas para sostenerse en pie.

Una tarde me interrumpió cuando le leía en voz alta y me pidió que le prometiera que nunca me separaría de ninguno de vosotros.

—Agustín y Jaime son tus hermanos. No dejes que lo olviden nunca, Leonor.

Le aseguré que no debía preocuparse, que ella sabía lo unidos que estábamos los tres y el afecto que nos profesábamos.

Muy pronto, el único alimento que madre podía tragar ya fue el agua mezclada con melaza que yo le daba con una cucharita de plata, y que ella sorbía como los pajaritos que caían del nido en primavera y que recogíamos y cuidábamos las dos hasta que estaban listos para emprender solos el vuelo.

Madre y yo descubrimos los gestos y las miradas de ternura que siempre nos habíamos racionado, y creo que llegué a quererla más en esos días de lo que nunca antes la había querido.

Su salud siguió empeorando y ya no podíamos separarnos de ella porque temía morir y la aterrorizaba la idea de encontrarse sola cuando llegara ese momento.

Rodrigo y yo comenzamos a turnarnos a su vera. Él permanecía allí toda la noche, postrado en un camastro junto a la cama de madre y me cedía su lugar a la mañana siguiente, siempre a regañadientes por tener que alejarse de ella. Regresaba de nuevo por la tarde, se sentaba al borde de la cama y sujetaba las manos sin fuerza de madre entre las suyas. Le peinaba con delicadeza el cabello, que ella llevaba ahora todo el tiempo suelto, y acariciaba con ternura sus mejillas hundidas. Cada día cambiaba él personalmente el agua del jarrón y lo llenaba con flores frescas, como las que ella solía recoger durante nuestros paseos.

Una mañana, cuando Rodrigo estaba a punto de salir de la habitación, oí cómo madre le susurraba en un hilo de voz:

—Quiero morir como una buena cristiana...

Esa tarde un sacerdote acudió y le administró la extremaunción. Esa misma noche, madre se apagaba.

A la vuelta del entierro de madre, Rodrigo se encerró en un mutismo total. Parecía una sombra de sí mismo. Tres semanas después de fallecer madre, fuiste a buscarlo a sus aposentos, inquieto por su ausencia a la hora del almuerzo, y lo encontraste

muerto en su lecho.

Las muertes de Rodrigo y de madre pusieron el punto y final a nuestra prolongada y despreocupada juventud.

Diego se propuso alejarnos por un tiempo de Amberes. Os envió a Jaime y a ti a esa Universidad de Lovaina de la que tan bien habían hablado Vives y Erasmo durante nuestra memorable cena, y me acompañó a mí a Aix-la-Chapelle, a que tomara las aguas.

Mis recuerdos de ese viaje y de los meses siguientes permanecen aún hoy vagos, como si hubieran quedado atrapados en una espesa niebla.

Sé que llegué a preguntarme en algún momento si no debía regresar a Segovia, tras recibir una sentida carta de pésame de la tía Blanca, en la que decía que seguía cuidando de la casa de la calle de la Solana y administrando nuestros viñedos de Ambroz, y me recordaba que allí seguían, ella y su hija Jimena, aguardando con impaciencia mi regreso.

Le aseguré en la misiva que le envié de vuelta que seguiría haciéndole llegar el dinero de forma puntual, tal y como había hecho madre, para cubrir los gastos del mantenimiento de mi casa en Segovia y los de la administración de nuestras tierras de Ambroz, y le agradecí sus muestras de cariño.

Descarté la idea de regresar. En ese momento, más que la promesa que le había hecho a madre de no separarme de vosotros, eran las palabras de Juan Luis Vives y la inquietud que este había manifestado sobre España las que parecieron pesar más en la balanza.

Sin embargo, no acababa de percibir con claridad cuál era mi situación allí. Jaime y tú llevabais tiempo trabajando para Diego, pero yo no era más que la hija de la mujer de Rodrigo. Me sentía en una suerte de limbo.

Fue por esas fechas cuando recibimos la noticia de que Francisco, el hermano mayor de Diego, había fallecido en Lisboa, y supimos que Beatriz de Luna, su viuda, estaba iniciando los preparativos para dirigirse junto con su familia a Amberes.

La muerte de Francisco, su único hermano, afectó profundamente a Diego. Debí de replantearse, por cómo se volcó aún más en nosotros y por cómo atendía de cerca vuestros progresos en Lovaina, la forma de vida que había llevado hasta entonces, dedicada casi exclusivamente al trabajo.

Puse todo mi empeño en servirle de consuelo y, a la vez que procuraba que Diego olvidara su tristeza, sentía que me iba liberando del letargo en el que me había sumido la muerte de madre.

Desempolvé las partituras de Luys de Narváez que el señor Norton, mi anciano profesor de música, me había regalado antes de retornar a Oxfordshire, de donde era originario.

—Son de un compatriota tuyo —me había dicho al obsequiarme con el valioso

fajo envuelto en una hermosa pieza de terciopelo, como regalo de despedida.

Toqué esas partituras para Diego y a lo largo de varias semanas, cada tarde, durante horas, dejamos que esos acordes que yo interpretaba nos sosegaran el ánimo y nos procuraran alivio.

—Nuestro consuelo en la punta de tus dedos —suspírabas agradecido Diego cada vez, al levantarse, cuando nos anunciaban que la cena estaba servida y dábamos por finalizada la sesión de música.

Una mañana de ese invierno, Diego mandó venir a un notario y nos apadrinó a los tres. Modificó también su testamento para que nos correspondiera, repartida a partes iguales, la cuarta parte de sus bienes.

Cuando el notario se marchó, me entregó un pequeño estuche de terciopelo negro.

—Aquí tienes el equivalente en gemas a un cargamento entero de pimienta, Leonor —dijo—. He preparado otros dos estuches como este para Agustín y para Jaime, que les entregaré a cada uno de ellos a su vuelta de Lovaina.

Contemplé embelesada las piedras de color azul, rojo y verde que refulgían contra la luz, mientras Diego comentaba con orgullo que las había tallado un anciano converso portugués, uno de los mejores lapidarios de Amberes.

—Son maravillosas... —musité agradecida.

—Una seguridad para los tiempos que corren —me recordó Diego, no fuera que la belleza de aquellas gemas me fuera a distraer de su verdadero propósito.

Su generosidad, además de convertirme en una mujer muy rica, me implicaba a partir de ahora directamente en los intereses de la Casa Mendes y me anclaba en una realidad en la que el futuro se me antojaba de repente, a mis veintiséis años, más tranquilo y seguro de lo que había esperado nunca.

Llegué a imaginar que envejecería plácidamente en ese hermoso palacete, rodeada de música y de libros, arropada por el afecto de todos vosotros.

Me sentía de pronto capaz de desenvolverme en el mundo cambiante e incierto en el que nos había tocado vivir.

Ilusa de mí...

Beatriz y Brianda

Organicé una pequeña mudanza para que, a su llegada a Amberes, la viuda de Francisco Mendes se instalara junto a su hija en las habitaciones que habíamos ocupado antaño madre y yo, y mandé trasladar todas mis pertenencias a un espacioso salón, junto a la biblioteca.

Aunque sin vistas sobre el puerto, mis nuevos aposentos daban a un pequeño jardín privado en el que crecía el frondoso castaño que Diego había mandado plantar a nuestra llegada a Amberes. Allí me encontraría, pensé, convenientemente alejada de la zona en la que residirían los recién llegados de Lisboa.

Esa mudanza significaría también el comienzo de una nueva etapa lejos de los dolorosos recuerdos que todavía con frecuencia me asaltaban en el saloncito que habíamos compartido madre y yo, o frente a la puerta de su habitación vacía.

Ahora no tenía más que recorrer un corto pasillo para llegar a la biblioteca de Diego en busca de libros o a tocar el clavicémbalo, y disfrutaba del sosiego de un precioso jardín para mí sola.

Cómodamente instalada allí, a lo largo de los meses previos a la llegada de Beatriz y de su familia, tuve la oportunidad de descubrir verdaderas joyas literarias entre los nuevos volúmenes que Diego seguía adquiriendo para su ya nutrida biblioteca: el maravilloso *Tirante el Blanco*, *La caída de los príncipes* de Bocaccio, *El laberinto de la fortuna* o *Las Trescientas* de Juan de Mena, *El cortesano* de Castiglione y, entre otras más, el espléndido *Libro de Calisto y Melibea y de la puta vieja Celestina* de Fernando de Rojas, que me entusiasmó.

Fueron meses de gran quietud en los que llegué a disfrutar de una serenidad desconocida. Cuando llegaron por fin Beatriz y su familia a Amberes, me encontraba razonablemente bien dispuesta y con excelente ánimo.

Beatriz de Luna tenía tan solo dos años más que yo. Era menuda, de cabello castaño y rostro agradable. Su aspecto podría haber resultado anodino de no ser por la extraordinaria viveza de su mirada y porque se adivinaba, con solo verla, que se trataba de una mujer acostumbrada a mandar y a ser obedecida.

Sin necesidad de que lo hiciera explícito, resultó obvio que esperaba recibir de todos los habitantes del palacete el trato que le correspondía a quien compartía a partes iguales con Diego la fortuna de su hermano Francisco.

A los pocos días de su llegada a Amberes, Beatriz me invitaba a sus aposentos. Evité fijarme más de lo imprescindible en los cambios que había realizado, por temor

a sentir nostalgia, pero no pude dejar de observar que Beatriz había mandado instalar junto a la ventana una mesa de despacho sobre la que estaban cuidadosamente dispuestas varias hojas de papel, una pluma y un tintero. Una mujer educada, pensé, no sin cierta satisfacción.

En cuanto nos acomodamos, Beatriz me tendió una pequeña bandeja de dulces.

—Es una receta de familia —dijo sonriente.

Reconocí de inmediato el sabor de los dulces que preparaba mi abuela en verano con las almendras de nuestro huerto y con almíbar perfumado con agua de azahar que mandaba traer expresamente de Sevilla. Y se lo comenté.

Beatriz me miró perpleja antes de declarar, manifiestamente aliviada por haber hallado una explicación satisfactoria, que había olvidado que mi abuela materna era una Seneor de Segovia.

—A lo mejor resulta, incluso, que tú y yo estamos emparentadas... Mi familia es originaria de Zamora, así que tampoco sería de extrañar. Lo cierto es, Leonor, que le expliqué yo misma al repostero de Diego cómo prepararlas. Pero algo ha debido de entender mal, porque en mi casa nunca salieron así de buenas.

Se echó a reír con una risa franca y contagiosa, y se recostó contra los mullidos cojines rellenos de pluma, antes de agradecerme efusivamente por haberles cedido mis antiguas habitaciones a su hija Reina y a ella.

—He venido aquí por ella —dijo, de repente seria—. Por mi hija y por mi familia.

Me explicó que, al poco tiempo de nacer Reina, se había instalado la Inquisición en Portugal, a pesar de los esfuerzos y de la oposición que durante años habían mantenido los conversos más influyentes del país, entre los que se encontraba su difunto esposo Francisco, el hermano mayor de Diego. Los *autodafés* habían comenzado, al igual que venían haciendo desde hacía tiempo en España, a oscurecer el cielo de Lisboa con la quema de conversos y de descendientes de conversos, como ellos.

Por eso se había traído a Amberes, además de a su hija Reina, a Brianda, su única hermana, y a sus sobrinos Juan y Samuel, los dos hijos huérfanos de su hermanastro mayor, médico de la corte como su padre.

No resultaba fácil para los cristianos nuevos salir de la Península, me siguió contando Beatriz, porque las autoridades portuguesas pretendían evitar que se dirigieran hacia tierras no cristianas, no fueran a abrazar de nuevo la religión de sus antepasados. Se les permitía, no obstante, aunque con muchas restricciones, dirigirse a los Países Bajos, para comerciar en la ciudad de Amberes.

Los preparativos para ese viaje habían resultado agotadores, confesó con un sonoro suspiro, porque antes de partir de Portugal, tuvo que poner a salvo los bienes de la empresa familiar en Lisboa y le tocó elegir muy cuidadosamente a las personas de confianza que consignarían a partir de ese momento hacia los Países Bajos, todos los cargamentos de especias que seguirían llegando de las Indias.

—Mi marido Francisco me enseñó todos los secretos del negocio, de la descarga

de los barcos, de la organización de los nuevos envíos... —me explicó orgullosa—. Sé distinguir una buena partida y soy capaz de reconocer una cosecha excepcional, únicamente por el olor que liberan algunos granos de especias cogidos al azar.

Mientras la escuchaba, me vino a la mente el puerto soleado de Lisboa, que había descubierto recién llegada de Segovia. Sus olores, su bullicio, su mar, su luz... Y me pareció mentira que hubieran transcurrido dos décadas ya desde que habíamos marchado de allí.

Beatriz comentó también lo mucho que la había intrigado al principio el interés comercial de las semillas y de las cortezas olorosas con las que veía cargar barcos enteros. Francisco le había explicado que si el consumo de esas especias se había extendido de esa forma en Europa era porque, además de su indudable exotismo y de alguna que otra propiedad curativa, tenían el poder de disimular olores y sabores, y de hacer comestibles y hasta de mejorar la conservación de alimentos que habían perdido hacía tiempo su frescura.

Se interrumpió brevemente para admirar las maderas labradas y los tapices que colgaban de las paredes, antes de añadir que las operaciones de la empresa Mendes se extendían a lo largo y ancho de toda Europa, desde Italia y Francia hasta Alemania e Inglaterra, y que sabía por Francisco que, en los Países Bajos, consideraban a Diego el rey de las especias, a pesar de que ciertos monopolios, como el de la pimienta, se encontraran en manos de cabezas coronadas de verdad, como era el caso de Juan III, el rey de Portugal.

Sabía también que al asociarse con los banqueros Fugger, su cuñado Diego había pasado a tener al rey Enrique VIII de Inglaterra como deudor, así como al propio rey de Portugal, al que le pagaba en efectivo y a menudo por adelantado, sus cargamentos de preciada pimienta, pero nunca había imaginado que Diego viviría en un lugar tan espléndido.

—Sin ánimo de ofenderte, Leonor, ¿puedo hacerte una pregunta?

Asentí con la cabeza.

—¿Por qué no te has casado? ¿Es que no quieres?

—¿A estas alturas? Si he cumplido ya los veintiséis... —contesté azorada, confiando en que se daría por satisfecha ante la evidencia de ese dato.

—A mis veintiocho años me pretenden todavía. Y no hace ni un año que enviudé. ¿Te gustaría casarte?

—¿Y a ti? —pregunté a mi vez, molesta.

Beatriz se echó a reír. Su risa carecía de malicia alguna.

—¿Yo? ¿De nuevo? Ni loca —replicó divertida—. ¿Y perder el control que tengo ahora sobre mi vida, sobre mi familia, sobre mi fortuna? No. No pienso entregarle a nadie las riendas de mi destino.

La miré sin disimular el desconcierto y Beatriz se reprendió, porque no había pretendido incomodarme.

—Yo estoy bien así. Y por lo que veo, tú tampoco pareces descontenta con tu

situación.

Era cierto. No deseaba que mi vida cambiara. Asentí, apaciguada.

Brianda era muy distinta de Beatriz. A su llegada a Amberes, era una bella joven de dieciocho años, espigada, de expresivos ojos del color de la miel, cabello claro y rostro armonioso. Su carácter era alegre y se mostraba encantada y feliz con todo. Parecía disfrutar muy en particular con la refinada elegancia que reinaba en el interior del palacete de Diego y con los exquisitos manjares que se servían en la mesa.

Pareció inevitable que al poco tiempo de su llegada, Diego cayera rendido a sus pies. Nunca le había visto así antes. Parecía rejuvenecido e ilusionado. Se le iluminaba el semblante en cuanto aparecía Brianda.

Se mostró también encantado con Juan Micas, el sobrino de Beatriz y de Brianda. Enseguida comenzó a llevarle con él a la Bolsa, y le explicaba sus decisiones y las diferentes transacciones comerciales que realizaba a lo largo del día.

No tardó en plantearle a Beatriz la conveniencia de que Juan completara su educación en la Universidad de Lovaina junto a vosotros. Había pensado que cuando regresarais Jaime y tú, sus ahijados, podríais convertirlos en las personas de confianza que tanto ella como Juan, en el que percibía ya una fina inteligencia y un notable talento para los negocios, iban a necesitar.

En cuanto a Samuel, el hermano pequeño de Juan, Diego sugirió que le pusieran un preceptor que, si a Beatriz le parecía bien, podría ocuparse también de la educación de la pequeña Reina.

Beatriz accedió encantada a todas las propuestas de su cuñado y cuando, unos meses más tarde, Diego le pidió la mano de su hermana Brianda y esta aceptó casarse con él, tampoco puso objeción alguna.

La fecha para la boda se fijó para los primeros días del mes de diciembre.

Ni Beatriz ni Brianda conocían la nieve. Cuando cayó la primera nevada del año, contemplaron fascinadas a través del cristal de la ventana los copos harinosos que se iban amontonando sobre los árboles, los tejados de las casas y el suelo mientras transformaban, como por encanto, el paisaje.

Brianda abrió la ventana para atrapar un poco de aquel polvo blanco y una ráfaga de aire helado enfrió la estancia. El fuego que chisporroteaba en la chimenea estuvo a punto de apagarse, pero ella no pareció apercibirse, intrigada por el agua que se le escapaba entre los dedos.

A partir de entonces, en cuanto despuntaba un día despejado, Brianda recorría el palacete para despertar a la doncella que Diego había asignado para que nos acompañara en nuestros paseos matinales, y a su hermana Beatriz. Luego me avisaba a mí, con pequeños golpes acompasados en la puerta de mi habitación. Salíamos

entonces las tres juntas a la calle, protegidas del frío que nos blanqueaba el aliento por los cálidos abrigos de paño fino que Diego había hecho traer expresamente de Inglaterra para nosotras, seguidas de cerca por la enfurruñada y adormilada doncella.

Caminábamos enlazadas, sobrecogidas por la silenciosa e inmaculada belleza que nos rodeaba, atentas al peculiar crujido que nuestros botines le arrancaban a la nieve virgen. El ajetreo cotidiano no había embarrado aún las calles ni afeado el impoluto manto blanco que las recubría. Tampoco habían dejado aún sus casas los madrugadores hombres de negocios como Diego, envueltos en sus gruesas pellizas, camino de la Bolsa, de las casas gremiales que flanqueaban la catedral y del muelle, donde inspeccionarían las mercancías recién llegadas al puerto.

La mañana en que regresasteis Jaime, Juan y tú de Lovaina, una semana antes de lo anunciado, nos entretuvimos en uno de los canales, observando a unos niños que se deslizaban sobre la gruesa capa de hielo que romperían más tarde los barqueros a golpe de remo para poder avanzar. No sentimos pasar el tiempo y cuando emprendimos el camino de vuelta, las calles se habían tornado bulliciosas y sucias. Las sirvientas lanzaban una chillona y breve advertencia antes de arrojar las aguas sucias de la noche por la ventana, y los mozos retiraban a paletadas la nieve de la entrada de las casas. Dos carretas pasaron junto a nosotras, tiradas por bueyes, cargando animales muertos y despellejados camino del mercado, y Beatriz y Brianda se apretaron contra la pared, exagerando las muecas de repugnancia cuando la carne sanguinolenta estuvo a punto de rozarlas en la estrecha calle.

Al verlas así de felices juntas, recuerdo la fuerza con la que deseé haber tenido una hermana. Una hermana como Brianda, que me adorara como Brianda adoraba a Beatriz.

Al cruzar el umbral del palacete nos sorprendió la agitación en el interior.

—Han regresado los señoritos —anunció muy nerviosa la doncella que nos abrió la puerta.

Apresuré el paso hacia los salones principales y en cuanto os vi a Jaime y a ti, me abalancé sobre vosotros, loca de felicidad por que estuvierais al fin de vuelta. Había transcurrido un año. Un año entero, desde la muerte de madre y de Rodrigo. Una eternidad.

No podía dejar de miraros. Me parecíais más altos y más apuestos que la última vez. Tú te habías dejado crecer una barba que llevabas impecablemente recortada y que te favorecía. Las mejillas de Jaime habían perdido su redondez juvenil y su cabello, hasta entonces rubio, se había oscurecido. Me sentía muy orgullosa de vosotros.

Observé de reojo cómo Juan se inclinaba respetuosamente ante sus tías Beatriz y Brianda y les explicaba que habíais adelantado vuestra llegada para participar en los preparativos de la boda. Se acercó luego a nosotros y tras saludarme con mucha ceremonia, os condujo a Jaime y a ti hasta sus tías y os presentó como los ahijados de Diego.

Fue entonces cuando tu mirada y la de Brianda se engancharon la una en la otra y pareció como si no fueran a separarse nunca. Os mirabais embelesados, ajenos a todos nosotros, mientras una misma sonrisa os iba iluminando a ambos el semblante.

Beatriz reaccionó con rapidez y emprendió una veloz retirada, llevándose con ella, casi a rastras, a una Brianda aturdida y feliz.

Cuando esa tarde nos reunimos las tres mujeres en el saloncito de costura, Brianda se inclinó discretamente hacia mí. Sus ojos delataban aún el arrobo que había visto en ellos hacía un rato y parecían pedirme a gritos que corroborara lo sucedido entre vosotros dos. Pero yo desvié la mirada, incapaz de admitir que había sido testigo de algo que no podía ser, o porque quizás confiara en que, si no hablábamos de ello, todos olvidaríamos lo ocurrido.

La boda de Diego y de Brianda se celebró tal y como estaba previsto, una semana más tarde.

Diego vestía un lujoso traje de terciopelo negro y brocado de plata. Su rostro resplandecía de dicha. Lo abracé, antes de dirigirme escaleras arriba al salón en el que la novia se estaba preparando.

Tomé asiento junto a Beatriz, que observaba cómo las cinco bordadoras que habían trabajado junto a los cortadores a lo largo de los últimos meses, le daban el retoque final al suntuoso vestido de seda verde con brocados de oro y plata de Brianda.

Cuando las mujeres se retiraron, Beatriz sacó de un lujoso estuche los pendientes de filigrana de oro y perlas que Diego había encargado para la novia a Manuel Cardoso, uno de los mejores orfebres de Lisboa, y se los entregó a su hermana.

Estábamos a punto ya de levantarnos para acompañarla cuando Brianda rompió bruscamente a llorar. Beatriz le tendió la mano, pero Brianda se la apartó con un gesto brusco y anunció, recomponiéndose con rapidez, que estaba lista.

Descendió, bellísima y majestuosa, por la escalinata iluminada por decenas de pequeñas lámparas de aceite expresamente fabricadas para la ocasión, levantando a su paso un murmullo de admiración entre los presentes.

Con el corazón encogido, busqué con la mirada primero a Diego e, inmediatamente después, te busqué también a ti, Agustín.

Después de la boda, Brianda cambió. Se tornó caprichosa y extravagante. Exigía peinados cada vez más elaborados, nuevos trajes y joyas espectaculares para acudir a las numerosas fiestas que se celebraron en honor de los recién casados.

Desde las primeras horas del día, circulaban por el palacete comerciantes de telas llevando a cuestas sus mejores piezas de terciopelo y retales de seda, sombrereros con sacas llenas de plumas de aves exóticas para adornar sus tocados y zapateros con

muestrarios de las más finas pieles para calzar sus pies.

Brianda ignoraba las llamadas de atención de su hermana mayor. Se mostraba distante con todos y muy en particular con Diego, quien, tras unos meses de desconcierto, pareció resignarse a aceptar que no quedaba ya en su mujer rastro alguno de la joven risueña y alegre que lo había enamorado.

El nacimiento de la pequeña Gracia, un año más tarde, no mejoró la situación, y la fama de festiva y derrochadora de Brianda alcanzó pronto la corte de Gante, donde su presencia era requerida por la reina regente María de Hungría.

A pesar de los ruegos de Beatriz para que la rechazara, Brianda aceptó la invitación. Beatriz, desesperada, me pidió que acompañara a su hermana a Gante para salvar las apariencias, y no pude negarme.

La vida en la corte de Gante me resultaba asfixiante. A Brianda, por el contrario, parecía gustarle. A las pocas semanas de nuestra llegada, se desenvolvía ya con una admirable soltura entre los demás cortesanos.

Supo dejar claro desde el principio que solo quería divertirse y sorteó así la enemistad de los que se encontraban allí en busca de favores. Era invitada a todas las fiestas importantes y ofrecía a su vez partidas de caza donde corría el vino y se servían ricos manjares.

Parecía de nuevo la Brianda de antes, dulce, alegre y con unas envidiables ganas de gozar de todo lo que la vida le ofrecía.

Nos llevábamos bien. Asistíamos juntas a los conciertos de cámara, a los que la reina María era aficionada, y disfrutábamos de largos paseos por los amplios y cuidados jardines de palacio.

Comenzaba ya a acostumbrarme a mi nueva existencia allí cuando le debió de llegar a Beatriz el rumor que corría por la corte de que Brianda mantenía una relación adúltera, porque me dirigió una desagradable misiva en la que recriminaba mi falta de atención y aseguraba que ya no era necesaria mi presencia en Gante. Me dolió profundamente lo que percibí como una injusticia.

Sabía que no podía tratarse más que de habladurías sin fundamento, pero me hacía tan feliz la idea de regresar a Amberes, de recobrar la intimidad que en la corte resultaba imposible disfrutar y de encontrarme de nuevo junto a vosotros, que no me esforcé ni en defenderme ni en rebatir la veracidad del rumor y le contesté a Beatriz que arreglara en breve mi vuelta.

Al poco tiempo llegaba una nueva misiva suya, anunciando que tú vendrías a buscarme el lunes siguiente a Gante, para acompañarme de vuelta a Amberes.

—¿Es por algo que he hecho? —me preguntó Brianda con lágrimas en los ojos, cuando le anuncié que me marchaba.

Más convencida que nunca de su inocencia, no quise ofenderla con las sospechas de Beatriz.

—Soy yo —me disculpé—. Sabes de sobra que no estoy hecha para la vida en la corte. Vendrá Agustín a buscarme.

Fingí no percatarme del sobresalto disimulado ni del rubor ni del brillo repentino en su mirada, pero sintiéndome desolada ante ese afecto tozudo e imposible que había visto nacer.

El lunes, a nuestro regreso de misa, nos esperabas ya sentado en el saloncito que se encontraba frente a mis aposentos. Brianda y tú os saludasteis sin apenas miraros. Brianda te preguntó por el viaje y tú contestaste que era la primera vez que hacías ese trayecto en carruaje. Ella sugirió que te mostráramos los jardines del palacio, pero tú alcanzaste tan solo a balbucear algo ininteligible y, con voz apenas audible, dijiste que debíamos emprender cuanto antes la vuelta a Amberes.

Ella no insistió y yo propuse que comiéramos algo mientras la doncella acababa de preparar mi equipaje. Brianda se ofreció para encargarse de que nos trajeran unas viandas frías de las cocinas.

En cuanto nos quedamos a solas, pareció que recobrabas de nuevo los sentidos y me pediste que permaneciera en Gante. Dijiste que no podíamos permitir que Brianda se quedara sola en la corte, aunque todos en Amberes se hubieran desentendido de ella.

Todos menos tú..., pensé yo, entristecida por ese amor que no podía ser.

Te aseguré que no tenías de qué preocuparte y que Brianda estaría bien. Añadí, para tranquilizarte, que no debían preocuparnos unos infundados rumores de adulterio.

—Me habría dado cuenta. A menos, claro está, que Brianda fuera una grandísima farsante...

—Hablas de la mujer de Diego, no lo olvides —me reclinaste con un respingo ofendido.

—Eres tú quien no debe olvidarlo —te repliqué molesta.

Agachaste la cabeza y me sentí tan desolada por haberte avergonzado de esa manera que prometí que permanecería en Gante.

—Pero solamente hasta después del verano...

Te pusiste en pie de un brinco y me abrazaste hasta despegarme del suelo.

—Gracias, hermanita.

Acto seguido te dirigiste hacia la puerta por la que acababa de salir Brianda, alcanzando al vuelo tu pelliza.

—Sé buena. Despídeme tú de Brianda —me pediste antes de desaparecer.

Esa misma tarde le escribí una carta a Beatriz explicándole que, después de pensarlo mejor, había decidido permanecer unos meses más en Gante para que no pareciera que dábamos por ciertas las habladurías sobre Brianda.

Beatriz no contestó.

A mi vuelta a Amberes, sin embargo, Beatriz me recibió con grandes muestras de afecto. Creo que, sin proponérmelo, me había ganado su respeto al prolongar mi estancia en Gante contra su voluntad. Debió de comprender que, después de todo, había sido lo más acertado y que se había dejado llevar por el enfado y la vergüenza.

A los pocos días de mi regreso a principios de otoño, nos enteramos del arresto masivo de un grupo de conversos portugueses que acababan de arribar al puerto de Amberes. Beatriz se interesó de inmediato por la suerte que había corrido esa pobre gente, pero Diego nos aseguró que, como en otras ocasiones, junto con otros mercaderes de la comunidad conversa, se estaban encargando de reunir el dinero para lograr la liberación de los apresados.

Fue entonces cuando Beatriz sugirió que quizás no debieran conformarse siempre con solucionar de esa forma los problemas. Que a lo mejor debían adelantarse y evitar que llegaran siquiera a plantearse tales situaciones.

—En esta ocasión puede que consigas liberar a los fugitivos apresados, pero eso no nos asegura que la próxima vez tengamos tan buena fortuna. Saben de sobra a quiénes acuden a pedir el pago del rescate. Y a ti, Diego, ya te han detenido una vez —le recordó a su cuñado—. Me pregunto además si no estaremos alimentando una codicia que podría llevarlos incluso a incrementar el número de arrestos.

Diego atendía en silencio y Beatriz se animó a seguir, ante su evidente interés.

—Del mismo modo que tus agentes en Inglaterra, Miguel de la Ronha y Christopher Fernández, nos hicieron permanecer en Londres durante unos meses para que nuestra llegada a Amberes no levantara sospechas, podríamos organizar unos caminos de salida de la Península en los que nuestros agentes ayudaran a los fugitivos, les recomendaran qué rutas tomar, cuánto tiempo permanecer en cada lugar e incluso hasta dónde hospedarse sin peligro.

Beatriz hablaba ahora con un fervor renovado, como si se encontrara ante un nutrido público al que necesitara convencer.

—Se trata de familias enteras, Diego. A muchas de ellas las conozco. Hay niños, ancianos, personas de bien que no le hacen daño a nadie y respetan escrupulosamente lo que les han obligado a respetar y que, sin embargo, viven bajo la amenaza constante de la hoguera, pendientes de que a un vecino envidioso se le ocurra enviar a los del Santo Oficio una acusación anónima, tachándolos de judaizantes.

Se le habían empañado los ojos y, en un susurro angustiado, suspiró:

—En Lisboa siguen ardiendo esos malditos quemaderos...

A los pocos meses de aquella conversación, Diego reunía en la biblioteca de su palacete de Amberes a todas las personas que podían ser de alguna utilidad para el proyecto de Beatriz.

Allí estaban los agentes de los que disponía la Casa Mendes en Francia, Italia, Portugal, Inglaterra y Alemania, así como la gente de confianza de Diego en Ragusa, en la frontera con las tierras otomanas del sultán Solimán.

Jaime, Juan y tú tomasteis asiento junto a Christopher Fernández, el agente de los Mendes en Londres, y Diego Fernández Netto, el de Roma. Estaban también tres de los más prominentes hombres de negocios portugueses de Amberes: Manuel Lopes, Manuel Serrano y Lope de Provincia.

Beatriz ocupaba junto a Diego uno de los puestos de honor en la gran mesa de madera maciza alrededor de la cual nos hallábamos sentados. Iba elegantemente vestida con un sobrio vestido de terciopelo oscuro. Toda su persona desprendía una impresionante dignidad. No era ya la Beatriz a la que acostumbrábamos a ver a diario, maternal con Reina, parlanchina y vivaz conmigo. Era la Beatriz que había trasladado a su familia a Amberes, que exigía respeto para ella y para los suyos, y que estaba dispuesta a luchar por lo que creía justo.

Apenas habló. Solo lo hizo al comienzo de la reunión y con una voz tan suave que todos callaron para poder oírla.

Esa misma tarde, los asistentes decidieron levantar un fondo común para sufragar los gastos iniciales de aquella empresa.

—La situación está empeorando con mucha rapidez —advirtió Diego, cediendo con un gesto la palabra al agente de la Casa Mendes en Roma.

Fernandez Netto explicó que había surgido un problema acuciante en Italia, donde el número de los que llegaban desde Portugal había crecido tanto en los últimos tiempos que se había establecido una comisión especial en Milán para esclarecer, en todos los lugares del país bajo gobierno español, las andanzas de esos nuevos cristianos, de los que se sospechaba que pretendían alcanzar las tierras otomanas de Salónica y Estambul, con el fin de retornar allí a la fe de sus padres.

Diego añadió que le habían llegado noticias de que el emperador Carlos V pensaba dar instrucciones para tomar acción en la misma Amberes contra los cristianos nuevos cuya ortodoxia resultara sospechosa.

—Crearemos esos caminos de salida y los pondremos en marcha, y quién sabe cuándo deberemos nosotros también plantearnos abandonar Amberes —declaró sombrío.

Todos los agentes fueron instruidos para recibir cartas codificadas en lugares seguros y mantener redes de informadores que garantizaran, mediante los pagos oportunos, que nadie fuera a delatar el paso de los fugitivos a las autoridades.

—Quizás convenga —propuso Manuel Serrano— que, para que no resulte tan evidente que los fugitivos proceden de la Península, los desviemos a Madeira primero, antes de alcanzar los Países Bajos.

—Estudiaremos todas las sugerencias —asintió Diego—. En lo referente a los bienes de los viajeros, mi empresa pondrá letras de cambio pagaderas en la misma Salónica o en Estambul a disposición de quienes lo soliciten, y facilitará la venta de

los bienes que no quieran o no se puedan trasladar a quienes deseen venderlos antes de emprender viaje, así como el transporte de todo lo que pueda entorpecer la expedición o ser confiscado con facilidad.

Miró a Beatriz, significando que esa oferta había sido idea suya, y todos los presentes inclinaron la cabeza ante la mujer que los había reunido.

A partir de ese momento, Beatriz presidió las reuniones que se celebraban periódicamente. Fue ella quien sugirió que transportasen además de dinero, mantas y ropas de abrigo para que los viajeros se protegieran del frío de la montaña y del invierno, y que en cada una de las expediciones se eligieran varios responsables, convenientemente preparados todos ellos, para evitar que una indisposición o la eventual muerte de un jefe dejara desamparado al grupo.

Gracias a la iniciativa de Beatriz, se ponía en funcionamiento la sofisticada red de rutas de salida que iba a permitir a muchos conversos y descendientes de conversos escapar del largo brazo de la Inquisición.

En el palacete se inició un vaivén constante de mensajeros y agentes dirigidos por una atareada Beatriz, a quien Diego apoyaba en todo. Formaban los dos un equipo armonioso y eficaz. Hasta que una mañana lluviosa de principios de otoño, cuando se dirigía al edificio de la Bolsa, Diego cayó fulminado al suelo.

Algunos mercaderes, madrugadores como él, se acercaron a ver a qué se debía el pequeño revuelo que se había formado. Uno de ellos mandó buscar a un médico que, aunque acudió con rapidez al lugar, no pudo hacer nada por salvarle.

Diego Mendes murió sobre un banco de madera, en el interior del edificio de la Bolsa que él mismo había ayudado a fundar, rodeado del respetuoso silencio de los demás mercaderes, que esperaron a que se llevaran su cuerpo para proseguir con su rutina de trabajo.

Juan y Jaime trajeron su cuerpo al palacete mientras tú te encargabas de convocar a los amigos más cercanos de Diego hasta alcanzar los diez hombres que necesitabais para orar en hebreo junto al difunto. Tras ese rezo abristeis las puertas de los aposentos de Diego y mandasteis venir a un sacerdote.

El palacete se sumió en una opresiva tristeza. Se recubrieron con telas los espejos de los salones privados en los que recibimos a los más allegados a lo largo de los siete días posteriores a la muerte de Diego, sentados sobre los taburetes más bajos que pudimos encontrar, prácticamente a ras del suelo.

En la catedral de Amberes se celebró una misa por el eterno descanso de Diego Mendes.

Durante esos días aciagos recordé a menudo nuestra llegada a Amberes, después de la horrible travesía en barco desde Lisboa, y la cálida acogida que Diego nos había dispensado en el vestíbulo de su palacete.

Entonces me pareció un hombre mayor, cuando en realidad era mucho más joven

que yo en el momento de su muerte. Imaginé, emocionada, el alivio que para ese hombre valiente y emprendedor, solo en un país de lluvia, de días cortos y luz tímida, debió de suponer la llegada de un amigo acompañado de su joven esposa y de unos niños que llenaron de calor y de vida su frío palacete.

Sentí la muerte de Diego como una nueva y definitiva orfandad.

Durante los meses posteriores a su muerte nos reuníamos a menudo sus tres ahijados en busca de consuelo mutuo y le recordábamos con cariño, rememorando viejas anécdotas, sin dejar nunca de alabar su discreción, su valor y su inmensa generosidad.

Tal y como él nos había prometido, los tres pasamos a convertirnos en dueños de la cuarta parte de su fortuna. La dirección de la Casa Mendes quedó en manos de Juan Micas y de Beatriz, a la que Diego había nombrado, además, albacea de los bienes legados a Gracia, la hija que había tenido con Brianda.

Brianda acudió desde Gante para el entierro. Parecía aturdida y apenas habló con nadie. No creo que llegara siquiera a enterarse, antes de regresar a la corte, de que, por voluntad expresa de Diego y a pesar de ser ella su viuda, dependería económicamente, a partir de ese momento, de su hermana Beatriz.

Las malas lenguas que siempre se habían ensañado con ella se encargaron esta vez de informarnos que la impaciencia de Brianda por regresar cuanto antes a la corte de Gante se debía al idilio que estaba viviendo con un noble siciliano de nombre Andrea, más joven que ella, con el que se dejaba ver por los jardines del palacio de la reina María de Hungría, desafiando la envidia que provocaban, entre los cínicos y curtidos cortesanos, su evidente pasión, su juventud y belleza.

Supimos también, días después, que la relación no había prosperado y que la familia del joven Andrea, informada del romance que mantenía con una viuda mayor que él y sin herencia, había arreglado precipitadamente su enlace con una aristócrata local después de mandar una noche a dos guardas para que lo arrancaran de las sábanas de Brianda y lo llevaran de vuelta a Nápoles.

Beatriz delegó el manejo de la empresa en su sobrino Juan Micas, que contaría en todo con el apoyo de Jaime, mientras ella seguiría afianzando, con tu ayuda, el buen funcionamiento de las rutas de salida de la Península.

Era consciente de que había asumido una importante responsabilidad con esas rutas y no iba a permitir que la tristeza por la muerte de Diego fuera a afectar a una misión de la que dependían muchas vidas. Siguió pendiente de cada nueva expedición y de quiénes la integraban, de las rutas que debían tomar y de las que debían evitarse para que los fugitivos llegaran sanos y salvos a su destino, ajena a una conspiración que se estaba gestando ya a sus espaldas y de la que, por fortuna, tú, que nunca habías

cesado de velar por el bienestar de Brianda en la corte y te mantenías informado de cuanto allí acontecía, fuiste el primero en enterarte.

Nos informaste de que don Francisco de Aragón, un hombre de edad avanzada, descendiente ilegítimo de un rey español y antiguo comisario general encargado de investigar a los cristianos nuevos, pretendía en matrimonio a la jovencísima Reina Mendes, la hija de Beatriz, de cuya cuantiosa fortuna estaba bien informado. Este hombre se había asegurado, decían, el apoyo de su primo el emperador Carlos V, a quien habría prometido nada menos que doscientos mil ducados de la fortuna de su pretendida cuando el matrimonio tuviese lugar, y contaba asimismo con la ayuda de María de Hungría, la reina regente, para presionar a la viuda Mendes en caso de que fuera necesario.

Apenas un mes después, llegaba al palacete una invitación de la corte solicitando la presencia de Beatriz en Gante.

Beatriz rechazó esa primera invitación, alegando problemas de salud.

Dos semanas más tarde, llegaba una segunda invitación. Resultaba impensable afrontar a la reina regente con una nueva excusa. El enviado de la corte tenía además orden de no regresar a palacio sin una respuesta afirmativa en mano.

Beatriz nos mandó llamar a ti y a mí. Estaba muy agitada y pálida.

—Esto es muy grave. Lo sabéis. Si consiento en este matrimonio, este despreciable cazadotes acabará por hacerse con el control de nuestra familia y de todo lo que poseemos. ¿Crees que se dará por satisfecho con algún tipo de compensación, a cambio de renunciar a casarse con Reina?

Resultaba evidente que Beatriz conocía ya la respuesta. De todas formas, tú negaste con un gesto perentorio de la cabeza.

—No. El botín es demasiado importante. No se conformará solo con parte de él, si cuenta con la reina María y el emperador Carlos como valedores.

Beatriz recorría la sala de un lado a otro, como un animal enjaulado. Al cabo de un rato se paró en seco y se giró hacia nosotros con gesto decidido.

—Me temo entonces que nuestra estancia en Amberes ha llegado a su fin.

Busqué rápidamente asiento, porque me pareció que el suelo perdía de repente su consistencia, y que iba a desplomarme.

La reina regente nos recibió a Beatriz y a mí en una gran sala con otras cinco personas más. Desde los amplios ventanales se divisaban los cuidados jardines de palacio por los que a menudo habíamos paseado juntas Brianda y yo.

Al vernos entrar, el gesto de María de Hungría se tornó adusto. Sacudió con fastidio el pequeño pañuelo que sostenía en la mano y, sin apenas mirarnos, manifestó a Beatriz su deseo de casar cuanto antes a Reina Mendes con don Francisco de Aragón.

Beatriz y yo nos inclinamos en una profunda reverencia. Me encontraba tan cerca

de ella que me resultaba imposible no percibir la furia que la agitaba. Sin embargo, contestó a la reina con una voz tan calmada que me pareció, incluso, que dejaba traslucir un retintín de ironía.

—Mi hija no es más que una niña, majestad. Debe de tratarse de un error...

María de Hungría pegó un levísimo respingo en su regio asiento de madera labrada, cubierto por un fino cojín de terciopelo granate, que la mantenía a casi tres cabezas por encima de nosotras. Consideró con evidente desconcierto a Beatriz y entrecerró los ojos, antes de replicar, con una sorna apenas velada:

—Nosotros no nos equivocamos, querida.

Sin inmutarse, le pidió a Beatriz que iniciara sin más tardanza los preparativos para la boda.

Me pareció ver un breve fulgor de triunfo en los ojos de Beatriz cuando repitió con obsequiosa docilidad:

—Los preparativos para la boda, majestad. Ciertamente, majestad.

La reina dio por finalizada la entrevista con un gesto desganado del pañuelo y nos retiramos.

Le habíamos prometido a Brianda que almorzaríamos las tres juntas en sus aposentos y que pasaríamos con ella la noche, pero Beatriz mandó traer nuestra carroza y dio orden al conductor de que nos llevara de vuelta a Amberes.

—Ya veremos a Brianda en otra ocasión. Ahora tenemos una boda que preparar, Leonor —espetó socarrona, antes de declarar que iban a ser sin duda alguna los preparativos de boda más largos de la historia. Y añadió con un siseo furioso—: Para un enlace que no se celebrará mientras me quede a mí un soplo de vida.

Se recostó en el asiento y cerró los ojos. Al poco rato, dormía plácidamente.

El tira y afloja con María de Hungría se prolongó a lo largo de dos años que Beatriz utilizó para intentar liquidar, en la medida de lo posible, la mercancía y los bienes que teníamos en los Países Bajos.

Si bien al principio fueron los elaborados preparativos que exigía la boda de la jovencísima heredera Mendes los que sirvieron de excusa para retrasar el enlace, a Beatriz le tocó pronto jugar con el temor de la reina regente a enfrentarse a los burgueses de Amberes, siempre reacios a que nadie, rey o noble, se entrometiera en su vida privada o en sus negocios. Los había puesto de su parte tan solo con mencionar a su hija y la codicia de un viejo aristócrata de la corte, y no olvidó recordarle a la reina la animosidad que se granjearía entre ellos de seguir adelante con su pretensión de imponerle para su hija un matrimonio que ella no deseaba.

La impaciencia de don Francisco de Aragón iba en aumento y presionaba tanto a su primo el emperador Carlos que este acabó por cuestionar la forma en que su hermana, la reina María, había manejado el asunto.

Beatriz comprendió entonces que se había agotado su tiempo y que, en cualquier

momento, María de Hungría la obligaría a acatar su voluntad, con burgueses o sin ellos de por medio, simplemente con blandir su condición de cristiana nueva y la sombra de la condena, no tan lejana ni nunca claramente resuelta, de su cuñado Diego.

Durante todo ese tiempo, Beatriz se había cuidado mucho de que Brianda no conociera sus intenciones, por miedo a que en un descuido se pudiera ir de la lengua, por lo que la recién llegada de Gante contemplaba ahora, perpleja, los pasillos llenos de baúles y de grandes bultos, sin comprender por qué el palacete de Diego se encontraba patas arriba.

Agotada por los preparativos para nuestra inminente huida, Beatriz se lo aclaró sin miramiento alguno:

—Mañana mismo, de madrugada, nos vamos de aquí.

—¿Cómo nos vamos a ir de aquí? —repitió Brianda—. ¿Y la boda?

Beatriz se encogió de hombros, sin disimular su exasperación ante la pregunta. Resultaba evidente que el cansancio había hecho mella en su paciencia.

—No puedes oponerte a la voluntad de la reina, no se puede desobedecer a la hermana del emperador —protestaba entretanto Brianda, sin acabar de comprender lo que sucedía.

—Por eso mismo no nos queda otra salida —replicó desafiante Beatriz, antes de añadir que Juan ya tenía listos nuestros salvoconductos para alcanzar Venecia y que en los territorios de la Serenísima nos encontraríamos a salvo de los Habsburgo.

—¿Cómo no va a quedar otra salida? Esta boda tiene que celebrarse. Lo vamos a perder todo —exclamó desesperada Brianda, y enseguida argumentó, con evidente buena fe, que la edad avanzada de don Francisco haría que ese matrimonio apenas durara—. A lo sumo, un par de años... Y después, nos dejarían tranquilos.

Su desafortunado comentario acabó de sacar de quicio a Beatriz, que golpeó con furia la mesa y la mandó callar. En un siseo entrecortado que me erizó la piel, le exigió que no olvidara que ella controlaba su dinero y que se haría lo que ella ordenara.

Brianda abrió y cerró la boca varias veces, como si estuviera a punto de decir algo y renunciara a hacerlo. Finalmente se levantó y se dirigió en silencio hacia la puerta.

Salí tras ella. Confieso que me apenaba su desconcierto. Quería que entendiera lo que Beatriz no se había tomado la molestia de explicarle: que ese matrimonio nos pondría a todos nosotros y nuestra fortuna a merced de don Francisco y de la reina María.

Intenté sin éxito alcanzarla y pude ver cómo entraba con paso decidido en la biblioteca de Diego. Recordé, intrigada, que en más de una ocasión la había visto encerrarse allí cuando venía de Gante a pasar unos días con su hija Gracia.

Desde la puerta entreabierta la vi contemplando el retrato de Rodrigo que aún colgaba de la pared, olvidado con el ajetreo de la mudanza, junto a las estanterías vacías ya de libros. Arrastró el escabel que servía para alcanzar los volúmenes de los

estantes más altos, se encaramó en él y descolgó el cuadro.

Sin alcanzar a comprender lo que ocurría, me oculté como pude tras la puerta para que no me viera.

Brianda salió momentos después con el retrato abrazado contra su regazo y se alejó rápidamente por el pasillo.

En la oscuridad de la noche abandonamos a galope tendido el palacete que había sido nuestro hogar durante más de dos décadas. Como fugitivos.

En el interior de la carroza en la que viajábamos las mujeres, yo mantenía apretado contra mi regazo el estuche de terciopelo con las gemas que Diego me había regalado.

Una semana después, María de Hungría era informada de que los habitantes de la Casa Mendes se habían ausentado sin su consentimiento. Las hermanas Beatriz y Brianda de Luna, viudas de Francisco y de Diego Mendes, fueron acusadas de apostasía a la fe católica y conminadas a responder a esos cargos ante el Consejo de Brabante.

Todos nuestros bienes en los Países Bajos fueron embargados.



Juan decidió pedirle consejo a Maximiliano de Austria, con el que había trabado amistad durante sus estudios en Lovaina, y este le recomendó que arreglara el malentendido directamente con el emperador Carlos, su tío, que se encontraba en Ratisbona, intentando una vez más conciliar a protestantes y católicos.

Le aseguró que él mismo se encargaría de propiciar el encuentro y no olvidó recordarle a Juan que la Reforma iniciada por Lutero había exacerbado el sentimiento independentista de los diferentes estados del Imperio y que su tío se encontraba siempre escaso de fondos por culpa de las luchas que mantenía contra los reformistas dentro de sus fronteras y, fuera de estas, contra los turcos que las amenazaban.

—No puedes hacerte una idea, querido Juan —había añadido—, de lo oneroso que resulta gobernar en estas condiciones.

Con estas premisas Juan y tú os dirigisteis a Ratisbona, convencidos de que por una suma razonable de dinero, conseguiríais que se levantara el embargo que pesaba sobre los bienes que nos habían sido confiscados y que se retiraran los cargos contra Beatriz y Brianda.

A tu vuelta de Ratisbona me contaste lo sucedido con todo lujo de detalles, como hacías siempre que yo te lo pedía, de tal forma que, acostumbrada por mis lecturas a recrear los acontecimientos relatados como si yo misma los hubiera presenciado, pude llegar a sentir que había estado allí.

A los pocos días de vuestra llegada, Juan y tú fuisteis recibidos por el emperador Carlos en audiencia privada. Os esperaba de pie, junto a la única ventana de la sala. Vestía enteramente de negro. A pesar de la informalidad del encuentro y de la amable sonrisa con la que os recibió, los dos temblabais de la cabeza a los pies cuando os inclinasteis ante él.

En cuanto el chambelán le indicó a Juan que hablase, este defendió la inocencia de sus tías. El emperador replicó, sin alterarse, que la apresurada salida de Amberes no contribuía a dar esa impresión y suspiró levemente antes de sugerir, con una casi imperceptible sonrisa, que no podía ser que la falta de encantos de su primo don Francisco de Aragón las hubiera ahuyentado de esa forma.

Comprendiste en ese momento el tremendo error que habíais cometido Juan y tú al acudir a ese encuentro. No erais más que dos aprendices frente a un avezado veterano que, por añadidura, reinaba sobre medio mundo.

—Está también el asunto del embargo que pesa sobre nuestros bienes, majestad —adujo Juan.

El emperador le animó con un ademán breve a que se explicara, pero Juan, intimidado hasta el punto de perder su ya proverbial habilidad para la negociación, murmuró directamente la cifra con la que había pensado que solucionaría ese asunto.

Pareció entonces como si el emperador perdiera súbitamente todo interés en la conversación. Juan se giró hacia ti y el emperador siguió ignorándolo durante un rato que se os antojó interminable, hasta que se inclinó de nuevo hacia vosotros y, mirando a Juan a los ojos, alzó levemente las cejas, con aire expectante.

Súbitamente animado, Juan propuso una nueva cantidad, mucho más elevada que la anterior, con el evidente propósito de mantener vivo el interés del emperador que, con la mirada fija en él y un parpadeo casi imperceptible, le invitaba sonriente a seguir intentándolo, con la afabilidad de un padre que alentara a su hijo a cumplir las expectativas que había depositado en él.

Juan siguió incrementando el monto hasta alcanzar, en apenas unos instantes, una cantidad que solo a duras penas podría reunir en las circunstancias actuales. Tú asistías impotente y desesperado a la escena, hasta que Juan pareció interrumpirse.

El emperador frunció el ceño pero con pasmosa rapidez enarboló de nuevo una sonrisa, antes de asentir con la cabeza para mostrar su acuerdo con la última suma que Juan había propuesto.

—Veremos qué podemos hacer... —declaró con voz cansina.

Se acababa de cobrar los doscientos mil ducados que su primo don Francisco le había prometido si se casaba con Reina Mendes.

Con la misma amabilidad con la que os había recibido, añadió antes de dar por finalizada la audiencia:

—Querido Juan, sabed que nos complacería mucho nombraros caballero.

—Me honráis, majestad —murmuró Juan todavía aturdido.

Evitaste mirarle, penosamente consciente de su maltrecho orgullo, y cuando ya os

retirabais, avanzando de espaldas hacia la puerta con la cabeza inclinada en señal de respeto, fingiste no oír tampoco el bufido furioso de Juan:

—Caballero...

Il palazzo de la Zecca

Nosotras habíamos alcanzado entretanto los territorios de la Serenísima, en la misma carroza en la que habíamos dejado Amberes, dos semanas atrás.

Brianda dormía cuando nos detuvimos frente a la laguna, con las primeras luces del alba. Un repentino alboroto la despertó y la expresión enfurruñada con la que nos había obsequiado durante todo el viaje se esfumó al descubrir Venecia ante ella.

Una bruma ligera envolvía el bello conjunto de construcciones de fachadas ocres y rosas en la ensoñación azulada de las primeras horas de la mañana. Chispeaban ya los primeros destellos del sol contra la superficie del agua, sobre la que se balanceaban unas embarcaciones negras, alargadas y estrechas, junto a unos imponentes veleros con el velamen plegado.

A pesar del frescor de la madrugada, subían ya efluvios de putrefacción de los canales, pero la pestilencia no consiguió borrar la expresión embelesada de Brianda.

En cuanto pusimos pie en Venecia, Beatriz aprovechó el evidente entusiasmo que la ciudad había despertado en su hermana y, deseosa de hacer las paces con ella, le ofreció que se encargara de decorar a su gusto nuestra nueva residencia.

Beatriz había elegido un palacio de construcción reciente, junto a la Zecca, de ladrillo rojo visto y grandes ventanas ojivales, cuyo alquiler contrató con su apellido de soltera, De Luna, para evitar la atención que el apellido Mendes podría suscitar.

Cuando Brianda me preguntó si estaba dispuesta a ayudarla con la decoración, acepté de inmediato, encantada de tener una ocupación que me distrajera de la incertidumbre de nuestra nueva situación, de la angustia que me provocaban las órdenes de busca y captura que pendían sobre las dos viudas Mendes y de la monumental pérdida de dinero que nos había supuesto el embargo sobre nuestros bienes en Amberes.

Venecia me conquistó. Además de ser increíblemente hermosa y de poseer una extraordinaria vitalidad que exhibía sin recato, como si se encontrara en un permanente estado festivo, era también una ciudad de rincones silenciosos que invitaban al recogimiento y a la contemplación.

Me gustaba salir cada mañana temprano al muelle frente al palacio, a escoger la fruta y la verdura que los agricultores traían en barca desde sus tierras, al otro lado de la laguna. Sin bajar de su embarcación, pesaban en sus básculas la mercancía que yo elegía y mandaba llevar a nuestras cocinas, donde nuestro administrador se encargaba de efectuar los pagos.

Enseguida contamos con proveedores fijos, unos campesinos avezados que me trataban con respeto y que apartaban sus mejores productos para el palacio de la

Zecca.

Cuando entraba de nuevo en el palacio, encontraba a menudo a Brianda en el vestíbulo, impaciente por comenzar el día, porque tanto si amanecía nublado como si el sol resplandecía, si llovía o si la niebla imprimía un aspecto fantasmagórico a sus canales y a sus calles, Venecia nos resultaba a las dos deslumbrante.

Nos desplazábamos de un lugar a otro en nuestra embarcación, que manejaba con maestría Pietro, el barquero del palacio, atentas al bullicio que nos rodeaba, a las joyas y a los hermosos vestidos que llevaban las mujeres, a los rufianes que acechaban a los incautos visitantes, pendientes del menor descuido para despojarlos de las monedas que llevaban celosamente guardadas entre sus vestimentas, decididas a conocer hasta el más recóndito de los rincones de Venecia y a no perdernos nada.

Brianda había aprendido mucho desde su llegada a Amberes. Su prolongada estancia en la corte de Gante la había convertido en una experta, capaz de elegir las mejores porcelanas, de sopesar las más ricas telas para los cortinajes y de seleccionar los más bellos tapices para nuestro palacio de la Zecca.

Durante semanas recorrimos la ciudad, en compañía siempre del hábil administrador local que Beatriz había asignado para que negociara los pagos, llevara nuestras cuentas y nos sirviera de guía, hasta conseguir un buen escayolista, los mejores albañiles para reparar las zonas de la casa dañadas por la cercanía permanente del agua y un equipo de entrenados pulidores que dejaron como nueva la madera de los suelos.

Después de eso, Brianda declaró que ya estábamos listas para acometer la decoración y el acondicionamiento del *portego*, como se conocía en Venecia a la planta noble, situada en el primer piso del palacio, donde se encontraba el amplio salón principal.

Brianda lo recorrió una tarde de un extremo al otro con alegres pasos de baile y entrecerró los ojos.

—Estoy imaginándome ya las fiestas y las recepciones que daremos aquí —suspiró con aire soñador.

Un rayo de sol poniente penetró en la pieza vacía a través de las vidrieras policromas realizadas con *rui*, los redondelitos de cristal rodeados de plomo, típicos de la ciudad, y tornó la luz irisada. Por un momento la pieza pareció envuelta en un halo mágico.

Brianda se giró hacia mí y declaró, entusiasmada, que debíamos colgar unos grandes espejos para multiplicar aquel maravilloso efecto.

—Los colocaremos en esta pared, y en esta otra.

También entendía de pintura. Quedó prendada, en una recepción en casa de los Dianti, de un retrato de la hija mayor, Laura, pintado por Tiziano, el pintor oficial de la Serenísima.

No era ni mucho menos el primer cuadro que veíamos de ese artista, del que Brianda decía que había logrado plasmar mejor que nadie el colorido y la opulencia

de la ciudad que la había enamorado. Ante la imposibilidad de encargarle algo directamente a él, ya que se encontraba en ese momento en la corte del emperador Carlos V en Alemania, Brianda hizo correr la voz de que estaba interesada en adquirir obras suyas.

Una mañana se anunció en el palacio de la Zecca una elegante dama embozada, acompañada de una doncella que cargaba con un pequeño bulto bajo el brazo, envuelto en gruesos paños. Brianda las recibió con la discreción que el atuendo de la dama parecía requerir, aguardó a que la doncella desembalara el cuadro que traía y lo examinó detenidamente.

La pintura representaba una pequeña ninfa rodeada de figuras mitológicas, en medio de un bosque. Brianda me miró con los ojos brillantes, inquiriendo mi opinión y asentí con la cabeza: era realmente hermoso.

Mandó llamar al administrador y este acordó el precio con la misteriosa dama, que puso como única condición que el cuadro colgara en los salones privados para nuestro disfrute personal, ya que nadie debía saber que se había desprendido de él.

En cuanto se marchó, Brianda lo mandó llevar a la sala de costura, en la que solo nos sentábamos las mujeres de la casa, a bordar juntas. Estaba encantada con su adquisición. Más de una vez la vi, inmóvil frente al cuadro, admirándolo en silencio, y aunque estuve tentada en aquellas ocasiones de preguntarle por el retrato de Rodrigo que la había visto llevarse de la biblioteca en Amberes, no lo hice, por temor a revivir un pasado lleno de tensiones.

Por ese mismo acuerdo tácito que parecía existir entre nosotras, tampoco hablamos nunca de los meses que habíamos pasado juntas en Gante ni de su matrimonio con Diego ni, por descontado, de ti, al que ni se refería ya Brianda desde aquel día en la corte de Gante en que te marchaste sin aguardar su regreso.

A Tintoretto sí que llegamos a conocerlo. Un artista excepcional y un hombre encantador. Lo visitamos una mañana en su recién estrenado taller de Madonna dell Orto.

Brianda ya me había enseñado a apreciar la forma en que capturaba la extraordinaria vitalidad de las calles y de los canales de Venecia en unos cuadros que colgaban en el palacio de los Dianti y en unos murales del palacio de los Zano que él había pintado cuando no gozaba aún de reconocimiento.

Llegamos sin anunciarnos, tal y como nos habían indicado los Dianti que hiciéramos. El taller era luminoso y sorprendentemente silencioso. Varios aprendices trabajaban en siete lienzos diferentes, todos ellos de pequeño tamaño, dispuestos en sus respectivos caballetes.

En un rincón, un niño rubio machacaba con celo unas piedras de color azul en un pilón de mármol. De los cuatro lienzos ya finalizados que estaban apoyados contra una de las paredes, Brianda se interesó de inmediato por una escena callejera de saltimbanquis. Me lo mostró y alabó con entusiasmo las cualidades y los detalles que más le gustaban.

—Es mi favorito, *signora* —clamó a nuestras espaldas una voz poderosa que no se correspondía en absoluto con su dueño, un hombre sonriente, pequeño y muy delgado, de tez morena.

Tintoretto sonreía con la satisfacción de saberse apreciado por alguien que a todas luces entendía de arte.

Brianda le dijo que nuestro administrador le visitaría en breve para acordar el precio y él asintió, como si se tratara de un trámite necesario pero que no le interesara, y nos confió que no hacía tanto tiempo, ese mismo cuadro lo habríamos podido conseguir por poco menos que nada, cuando él todavía exponía en los *banche dei pintori* bajo los arcos de la plaza de San Marcos, junto a otros pintores pobres, y se ofrecía para pintar frescos en las fachadas de los palacios.

Brianda señaló los demás cuadros expuestos y fingió pesar.

—Y yo me los habría llevado todos, maestro...

Tintoretto agradeció el halago pero protestó, no sin ironía:

—Gracias, *signora*, pero no me llaméis maestro, *prego*... Maestro es Ticianus eques...

Brianda ya me había advertido que Tintoretto no perdería la oportunidad de mofarse de las ínfulas aristocráticas de Ticiano, de quien había sido aprendiz y a quien el emperador Carlos acababa de nombrar caballero. Era de esperar de alguien que como él, a pesar de su inmenso talento, insistía en ser conocido por un apodo que le recordara al mundo el origen humilde de su padre tintorero.

—¿No estarán estas damas interesadas en visitar mi flamante taller? —nos propuso.

Brianda asintió entusiasmada y Tintoretto nos tomó de inmediato a ambas del brazo. Nos mostró, además de las obras en las que se encontraba trabajando en ese momento, una ingente cantidad de bocetos dibujados a carboncillo, muchos de ellos de una misma escena observada desde diferentes lugares. Manifesté mi asombro ante las decenas de dibujos de un mismo saltimbanqui en plena acrobacia, de una mano tendida, de un gesto, de un rostro que aparecería quizás en alguno de sus cuadros, entre los de una multitud.

—El arte, *signore*, no viene nunca sin esfuerzo —se justificó con encantadora modestia.

Y yo sonreí por las interminables horas de estudio que había pasado descifrando una partitura, antes siquiera de poder llegar a interpretarla, y sentí un doloroso pellizco de nostalgia al recordar mi pobre clavicémbalo abandonado en Amberes.

Tintoretto nos explicó la laboriosa elaboración de los pigmentos. Señaló unos frascos de cristal de distintos tamaños en los que conservaba líquidos y aceites y nos mostró las piedras preciosas, el lapislázuli, la malaquita, que se molían para obtenerlos. Frotó entre el índice y el pulgar el grano del polvo azul oscuro que seguía moliendo laboriosamente en un pilón el joven aprendiz y le indicó con un gesto que debía proseguir.

Cuando nos despedimos, prometió avisarnos, ahora que creía conocer nuestros gustos y preferencias, en cuanto tuviera listo algún otro cuadro que nos pudiera interesar.

Acompañé también a Brianda a la cercana isla de Murano para elegir, entre las piezas que elaboraban sus reputados cristaleros, una colección de *bichieri* y unas delicadas *inghestere*, unas jarras para el agua, a juego con los vasos, con los que engalanar la mesa. Frente al horno de aquella pequeña fábrica, contemplé maravillada las transformaciones sucesivas de la arena, primero en una dúctil masa incandescente y, fría ya, en frágiles y delicadas piezas de cristal.

Al salir de allí nos dirigimos al muelle donde nos aguardaba Pietro. La cálida brisa del atardecer agitaba los pliegues de mi vestido. Me sentía viva y feliz de encontrarme allí, rodeada de tanta belleza y dolorosamente consciente ya de su fugacidad.

Brianda me miraba sonriente. Permanecimos de pie en el muelle, en silencio las dos, viendo cómo el sol desaparecía, como una grandiosa bola de cristal candente, entre las aguas. Solo entonces Brianda ordenó a Pietro que nos llevara de vuelta a la Zecca.

El palacio de la Zecca, que muchos conocían ya como el palacio De Luna, se había convertido, al igual que había sucedido antaño con el palacete de Diego en Amberes, en un centro de encuentro para los numerosos conversos portugueses instalados en la ciudad y para los que se encontraban de paso, haciendo negocios en la Serenísima.

A los que habían conocido a Diego Mendes en Amberes, el comportamiento de su viuda no les parecía lo suficientemente recatado. Murmuraban que Brianda era muy hermosa y gozaba de demasiada libertad, además de que la felicidad que reflejaba su semblante solo podía deberse a algún nuevo idilio; y no tardaron en advertir, alarmados por sus infundadas conjeturas, que convenía a toda costa evitar un eventual escándalo amoroso que pudiera atraer una indeseada atención sobre todos ellos.

Le recomendé a Beatriz que ignorara a los maldicientes y le aseguré que Brianda no hacía nada llamativo ni se movía con mayor libertad que las demás damas de la buena sociedad veneciana. Y le pedí que fuera justa: Brianda no era ya la jovencita dócil que había llegado con ella de Lisboa, pero tampoco era la alocada mujer que pretendían hacerle creer.

Beatriz hizo caso omiso de mis advertencias y mandó llamar a su hermana. Le contó los rumores que corrían sobre ella y la conminó a que interrumpiera sus salidas. Conteniendo a duras penas su enfado, Brianda le replicó que no estaba dispuesta a tolerar ningún control por su parte. Defendió que no hacía nada que pudiera atraer una atención indeseada sobre su persona o su familia, y contraatacó con furia creciente, recriminándole a Beatriz que eran los asuntos de refugiados que se traía

ella siempre entre manos los que nos pondrían a todos en peligro y nos obligarían un día a salir huyendo de Venecia también.

Descontrolada ya, la acusó de usurpar con viles tretas la fortuna de Diego que le correspondía, mientras ella se encontraba representando a la familia Mendes en la corte de Gante. Salió, sin darle tiempo a Beatriz a replicar, dando un violento portazo y corrió a encerrarse en sus aposentos.

El desasosiego que se apoderó de mí tenía algo de ominoso, como si hubiera sabido ya que esa pelea significaba algo más que el final de una tregua y de una etapa armoniosa y placentera. Como si hubiera presentido que la caja de los truenos se había destapado y se avecinaba una terrible tormenta.

Esa noche Brianda no acudió a la cena que acostumbrábamos a tomar todos juntos en el comedor del palacio. Dormí mal y me desperté de madrugada, sobresaltada.

Una luna menguante iluminaba la habitación. Me acerqué a la ventana y observé el canal. Su aspecto resultaba siniestro, con sus negras aguas agitadas y desiertas. Volví a refugiarme entre las sábanas con la extraña sensación de haber visto un poste vacío al que no estaba amarrada nuestra embarcación, pero fui incapaz ya de levantarme de nuevo para comprobar si lo había imaginado.

A la mañana siguiente, me asomé de nuevo a la ventana. Brillaba un sol radiante. Nuestra góndola flotaba, como siempre, amarrada a su poste.

Después de desayunar esperé inútilmente en el muelle a que bajara Brianda. Miré hacia las ventanas del despacho en el que os reuníais Beatriz y tú a esas horas, a departir de asuntos de trabajo.

Beatriz contemplaba con semblante grave el canal y me pregunté al observarla si no sentiría ella en ese momento el mismo indefinible malestar que me soliviantaba a mí el ánimo.

Una semana más tarde resonaban de madrugada unos fuertes golpes contra el portón del palacio de la Zecca.

La noche era oscura, sin luna. Salí de mi habitación y me dirigí rápidamente al *portego*, pero tampoco desde allí pude ver nada. Te encontré al pie de la escalera. Cargabas en la mano tu espada desenfundada.

—Es mejor que permanezcas en tu habitación, Leonor —me advertiste con firmeza.

Pero yo negué con la cabeza y te seguí hasta el vestíbulo.

—Traemos una orden de arresto del Consejo de los Diez. Para doña Beatriz de Luna —anunció una fuerte voz tras el portón.

—Diles que esperen, Agustín. Me visto y los acompaño —oí que murmuraba en voz muy débil Beatriz, a nuestro lado.

No la había oído acercarse. En su largo camisón de lana, me pareció

extraordinariamente menuda y desamparada.

La seguimos tú y yo hasta sus habitaciones tal como nos pedía y, mientras elegía la ropa que se llevaría con ella, me pidió que cuidara con Brianda de Reina y de Gracia.

A ti te encargó que le entregaras a Brianda el dinero que guardabais bajo llave en el despacho, por si su ausencia se prolongaba, y que marcharas esa misma noche a Lyon para informar a Juan de lo ocurrido y debatir con él y con Jaime los pasos a seguir para conseguir su liberación.

Después de eso, permanecemos los tres en silencio, sin saber qué decir, seguramente porque todos habíamos oído hablar de las oscuras mazmorras del Consejo y de que muchos de los que eran aprisionados allí no volvían a ver la luz del día, o acababan enloqueciendo.

Quería hacer algo por Beatriz. Lo que fuera. Se lo dije.

—Me han traicionado —murmuró ella entonces en un susurro casi imperceptible, en el que el miedo que la embargaba se hizo penosamente palpable.

Un escalofrío me recorrió la espalda cuando, con voz encogida, Beatriz te pidió que hicierais todo lo que estuviera en vuestras manos para liberarla.

—De ser necesario, no dudéis en solicitar la intervención del sultán turco —murmuró sopesando cada palabra.

Los tres callamos, sabedores de lo que eso implicaría. Se hizo de nuevo el silencio, bruscamente interrumpido por nuevos y violentos golpes contra el portón.

Salimos al muelle del palacio de la Zecca con Beatriz y la acompañamos hasta la embarcación que estaba amarrada allí. Esperamos a que subiera en ella, escoltada por dos fornidos soldados.

Desapareció en unos instantes, como si la espesa niebla se la hubiera tragado. Me puse a temblar descontroladamente.

Subí como pude a mi habitación. Beatriz había sido arrestada, me repetía una y otra vez, mientras se despertaban en mi interior los miedos de antaño.

Desde lo alto de las escaleras alcancé a oír cómo mandabas avisar a Pietro de que saldríais de inmediato. Me pareció también oír unos ruidos provenientes de la habitación de Brianda, pero algo en mi interior me impidió acercarme. No deseaba verla.

Dos días después del arresto de Beatriz, redoblaron de nuevo de madrugada unos fuertes golpes contra el portón del palacio de la Zecca.

Los guardas enviados por el Consejo de los Diez venían esta vez con la orden de prender a Brianda de Luna y de llevarse a las dos jóvenes Mendes a un convento en el que les sería impartida la educación cristiana que no les habían inculcado sus madres judaizantes.

Pedí a aquellos hombres que se marcharan y les aseguré que, en cuanto

amaneciera, todas ellas acudirían adonde fueran requeridas.

—Nuestras órdenes son tajantes, *signora*. No nos iremos de aquí sin ellas.

Cuando fui a avisar a Brianda, me contempló atónita. Con los ojos muy abiertos repitió varias veces que no podía ser. Como no se movía, la sacudí por los hombros y la conminé a que reaccionara de una vez por el bien de las dos niñas. Se le escapó entonces un grito sordo al oír que también se llevarían a su hija Gracia y a su sobrina Reina.

La ayudé a vestirse mientras ella se dejaba hacer, ausente. Solo al ver a las dos jovencitas aguardando ya listas en el *portego*, pareció recobrar la compostura. Contempló con ternura sus rostros somnolientos y acarició las mechas sueltas de cabello que caían sobre la frente de Gracia, que se aferraba asustada al brazo de su prima Reina, y las estrechó a ambas contra su regazo. Resultaba doloroso ver el tremendo esfuerzo que hacía por mostrarse entera.

Las acompañé al muelle y esperé a que desaparecieran las dos embarcaciones en la oscuridad de la noche. En una se llevaban a Brianda, en la otra, a Gracia y a Reina.

Con pasos inciertos, entré en el palacio desierto y me derrumbé, aturdida, sobre una silla.

Durante semanas no tuve noticias de nadie. No sabía los pasos que vosotros podríais haber emprendido ya, ni qué había sido de Beatriz, de Brianda y de sus respectivas hijas. Venecia dejó de ser la encantadora ciudad que había sido hasta entonces para convertirse en un lugar hostil e inquietante que observaba atemorizada desde la ventana de mi habitación.

Me sentía aislada en mi propia prisión, rodeada por las oscuras aguas de los canales. Podía desaparecer y nadie me buscaría. Podía permanecer allí para siempre, envejeciendo sola entre las paredes del palacio de la Zecca, dejando que me corrompieran, como a ellas, la humedad y el tiempo, sin oponer resistencia, hasta convertirme en un mismo polvo.

Nunca como en esos momentos tomé conciencia con tanta crudeza de la insignificancia de mi propia existencia ni me invadió con tanta fuerza la tentación de no seguir luchando. Deseaba que la vida fluyera sin tenerme en cuenta, que se olvidara de mí.

Me sentía cansada. Tremendamente cansada.

Permanecía hasta tarde entre las sábanas, agotada por las noches en duermevela, y me arrastraba con desgana fuera de mi habitación, lejos de las paredes de ese palacio demasiado silencioso, solo para intentar averiguar dónde se encontraban recluidas las prisioneras.

Finalmente, gracias a cuantiosos sobornos, me enteré de que Beatriz y Brianda se encontraban encerradas juntas, en un mismo convento de la isla de Murano.

Cuando me permitieron ir a visitarlas, me sentía tan desesperanzada que no

hubiera podido asegurar quién le iba a ofrecer consuelo a quién.

Pietro me acompañó a Murano. El convento no se encontraba lejos de la fábrica de cristal que habíamos visitado Brianda y yo.

Una monja muy anciana me abrió la puerta de entrada y me acompañó hasta un claustro, donde me indicó, con un gesto de la mano, que esperara. Desde el banco de piedra en el que tomé asiento, podía ver el pequeño huerto en el que se afanaban en silencio unas novicias. En aquella calma resonaba el canto de los pájaros, acompasado por los golpes regulares de una azada contra la tierra.

Llevaba semanas sintiéndome desesperada y sola en una ciudad que había perdido todo su atractivo para mí, y durante unos instantes me sedujo la poderosa tentación de recluirme en un lugar como aquel, resguardada para siempre del mundo y de sus inagotables sobresaltos e incertidumbres.

La celda que Brianda y Beatriz compartían era larga y estrecha. Estaba amueblada con una sencilla mesa de madera, una silla y dos camastros cubiertos por unas raídas mantas de un color grisáceo. Al fondo de la habitación había una ventana clausurada con tablones de madera entre los que se colaban unos finos rayos de luz. Mis ojos tardaron unos instantes en acostumbrarse a la penumbra.

En cuanto me vio, Beatriz se lanzó a mis brazos y se echó a llorar. Estaba muy demacrada. Intenté reconfortarla pero no pude articular palabra y acabé sollozando yo también. Cuando nos tranquilizamos un poco, Beatriz murmuró con una pequeña mueca esperanzada:

—Estambul... ¿Están ya nuestros hombres negociando con el sultán?

Percibí el sobresalto de Brianda, que había permanecido en pie, al otro extremo de la habitación. No se había aproximado a mí y me pareció que tampoco quería que yo me acercara a ella. Con la cabeza reclinada sin fuerzas contra la ventana, me recordó a una flor de tallo largo, a punto de marchitarse.

Beatriz me invitó a que me sentara junto a ella en su camastro.

—Judaizantes... —siseó—. Nos acusan de judaizantes a Brianda y a mí cuando no sabemos nada de judaísmo porque a nuestros padres les prohibieron inculcarnos sus creencias o enseñarnos los ritos de su religión. ¡Si no podían siquiera usar en público sus nombres judíos! A mi pobre madre, que en paz descansa, le gustaba llamarme Gracia, pero solo lo hacía cuando estábamos las dos solas. Gracia Nasí, me decía. Porque nuestro apellido había sido Nasí, Leonor. Que significa «príncipe», en hebreo. Y solo ese poco llegué a saber yo. Solo ese poco... Pero ¿sabes qué, Leonor?, ahora más que nunca quiero saberlo todo de esa fe que tanto esfuerzo ponen ellos en denostar, de la que con tanto empeño pretenden alejarnos.

Con gesto amargo me preguntó si me habían dejado ir a ver a las niñas y cuando negué con la cabeza, ahogó un sollozo.

—No los comprendo, Leonor. Quieren más. Siempre más... No les basta con matarnos ni con humillarnos. Quieren que borremos nuestra memoria y que seamos como ellos, y cuando lo consiguen, nos recuerdan a cada instante que no somos como

ellos, y que nunca lo seremos.

Las lágrimas corrían, imparables, por sus mejillas.

—Crecí con la memoria, siempre presente en casa, de las masacres perpetradas en Lisboa, cuatro años antes de que yo naciera, en los que el populacho saqueó, quemó hogares y asesinó salvajemente a cuanto converso encontraba a su paso. A Clara y a Ana, las dos hermanas pequeñas de mi madre, y a Cristina, la nodriza que las intentaba proteger de la turba salvaje, las estrellaron de cabeza contra los muros de nuestra calle, antes de apilar sus cuerpos junto a los demás cadáveres y quemarlos en una gigantesca hoguera. Nadie puso freno a la muchedumbre enloquecida de odio, Leonor. Nadie. Ese día murieron asesinados mil novecientos conversos... ¿Cómo iba a hacer oídos sordos a las llamadas de socorro y a la angustia de los que siguen intentando huir y salvarse de esos bárbaros? —Miró a Brianda, que había permanecido todo ese tiempo en silencio—. Pobrecita... —se disculpó con dulzura—. Fui dura contigo.

Sonreía desolada, pero Brianda desvió la mirada.

Una novicia entró tímidamente a recordar a Beatriz y Brianda que las esperaban en la capilla para rezar el santo rosario. Me incorporé para despedirme de ellas y Beatriz me murmuró al oído con una sonrisa, de repente pícara:

—Estambul... Después de todo, no puede ser peor que esto.

Cuando salí del convento, le pedí a nuestro barquero que tomara el camino más largo para regresar al palacio de la Zecca. Desde la embarcación, observé el bullicio de la plaza de San Marcos, la torre del campanario, el ajetreo permanente de la gente bajo sus arcadas.

Cuando nos adentramos por los canales más estrechos, me fijé, como había hecho antaño, en las fachadas de los lujosos palacios, en los hermosos y cuidados jardines, ocultos tras las altas verjas de hierro forjado, en la gente que caminaba despreocupadamente junto al canal, las damas engalanadas, los mercaderes, algunos ataviados con coloridos turbantes y ropaje oriental, otros vestidos a la europea.

A pesar de nuestras desdichas, la vida proseguía en Venecia, y proseguiría tras nuestra marcha.

Atracamos en el muelle desierto del palacio de la Zecca. Me quedé observando cómo Pietro aseguraba con una cuerda la embarcación a su poste, sin conseguir quitarme de la cabeza el obstinado silencio de Brianda en el convento. Tampoco podía apartar de mi mente la expresión atónita de su rostro cuando habían venido a prenderla a ella y a las niñas de madrugada.

Se apoderó de mí una desagradable agitación que me entrecortó la respiración. Recordé las frívolas miradas de fastidio que había intercambiado con Brianda cuando nos cruzábamos en el palacio de la Zecca con alguno de esos refugiados portugueses que venían en busca de ayuda, y la socarronería con la que ella me animaba, durante

nuestros paseos por Venecia, a que disfrutáramos de nuestra estancia allí, antes de que a Beatriz se le ocurriera hacer algo que nos obligara a salir huyendo de nuevo a la carrera.

Nunca intenté razonar con ella, pensé avergonzada. Reía con su misma ligereza e inconsciencia, alardeaba de la misma egoísta prepotencia que nos había llevado a olvidar que una misma amenaza nos acechaba a nosotros por igual. La que nos había obligado a madre y a mí a salir de Segovia. La que había hecho que Brianda dejara Lisboa, la que nos había alcanzado en Amberes, con el encarcelamiento de Diego y con la codicia de don Francisco.

Con qué facilidad habíamos pretendido olvidar que no éramos intocables y que compartíamos el mismo origen converso que esos pobres desesperados en busca de ayuda, que nos hacía, también a nosotros, vulnerables.

Recordé la furia con la que Brianda había atacado a Beatriz durante aquella violenta discusión y la imaginé, momentos más tarde, encerrada en su habitación, mojando la plumilla en el tintero y vertiendo como una posesa sobre el papel las consabidas palabras incriminatorias:

—Sobradas pruebas... A escondidas... Cumpló con mi deber de buena cristiana al denunciarla...

Mientras lacraba el sobre se diría que lo hacía por todos nosotros. Para librarnos del yugo de su hermana. Del peligro que Beatriz nos hacía correr a todos con sus actividades ilícitas a favor de unos refugiados que osaban recriminarle a ella su forma de comportarse. Puede incluso que se repitiera también que, una vez nos hubiera liberado de la tiranía de su hermana, podríamos disfrutar al fin con toda tranquilidad de la inmensa fortuna de los Mendes.

Esa misma noche habría introducido con mano firme la nota acusatoria para el Consejo de los Diez en las fauces del león de piedra del palacio de los Dogos y, con el alivio del deber cumplido, se habría alejado, embozada, por la plaza desierta antes de recorrer en la noche las calles enrevesadas de Venecia que conocía tan bien y de subirse a la embarcación en la que Pietro, siguiendo sus instrucciones, la estaría esperando, ajeno a sus oscuros planes.

Tras surcar en silencio las negras aguas, la embarcación habría regresado al palacio de la Zecca. Brianda habría atravesado el patio trasero como una sombra y habría subido de dos en dos los peldaños de la amplia escalinata, presa de una exaltación en la que no cabía rastro alguno de arrepentimiento.

Pietro se había encaramado ya al muelle después de amarrar la embarcación y se dirigía a la entrada de servicio del palacio. Pude haberle preguntado en ese momento por aquella salida nocturna en solitario de la *signora* Brianda, unos meses atrás. Pude haberme liberado ahí mismo del terrible peso que me mantenía clavada en el muelle, pero recordé con hondísima tristeza a Brianda, la frente apoyada contra la ventana tapiada de su celda, como una flor marchita... Y no quise saber.

No supe nada de lo que entretanto habíais emprendido Juan, Jaime y tú, hasta tu regreso a Venecia.

Sabedores de que el Consejo de los Diez, inapelable desde la reciente incorporación de dos nuevos inquisidores, no se plegaría más que ante el Gobierno de la Serenísima que, a su vez, solo cedería a la presión del sultán turco, decidisteis que Jaime permaneciera en Lyon, atendiendo los importantes asuntos que aún quedaban pendientes con el rey de Francia, mientras Juan y tú os dirigíais, sin más tardanza, a Estambul.

En un viaje a galope tendido en el que recorriste las rutas de salida de las tierras cristianas que con el dedo habías señalado tantas veces sobre un mapa, Juan y tú embarcasteis en el puerto de Ancona, rumbo a Ragusa, para dirigiros desde allí hasta Estambul.

A vuestra llegada a la capital otomana os pusisteis en contacto con el doctor Hamón, un judío originario de Granada y médico del sultán Solimán, quien prometió presentar vuestra petición ante la Sublime Puerta y os brindó la hospitalidad de su casa.

Como ni Juan ni tú conocíais los entresijos de la corte otomana, seguisteis al pie de la letra las recomendaciones del doctor Hamón. Hicisteis acopio de paciencia y extremasteis la prudencia, y tan solo abandonabais la casa del médico para dirigiros al palacio del sultán Solimán, a presentar cada semana vuestros respetos en la corte.

En el curso de esos trayectos periódicos tuvisteis la oportunidad de comprobar que el Imperio dirigido desde Bab-i-Ali, la Sublime Puerta, se encontraba en pleno apogeo. La Süleymaniye estaba en construcción, y a tenor de los andamios que la rodeaban, iba camino de convertirse en un recinto realmente magnífico.

Me contaste que, cada vez que os adentrabais por las calles de Estambul, os asaltaba la curiosa sensación de que las edificaciones seguían brotando, como por encanto, del suelo, y que os impresionó enteraros de que muchas de ellas habían sido diseñadas por un militar, Sinan, que había aprendido el oficio de arquitecto mientras guerreaba y construía puentes para avanzar en terreno conquistado.

Juan, siempre que se presentaba la ocasión, se sentaba junto a vuestro anfitrión y le hacía infinidad de preguntas sobre ese mundo que desconocía. Supo así de la preocupación del sultán Solimán por el bienestar de sus súbditos, del control férreo de los precios, del funcionamiento de los gremios, de los monopolios otorgados por la Sublime Puerta y del deber que se había impuesto a sí mismo de extender cada vez más lejos las fronteras del islam.

Tú, por el contrario, atendías siempre en silencio, conteniendo a duras penas el abatimiento que te embargaba. Eras consciente del precio a pagar por la liberación de Beatriz, de Brianda y de las hijas de ambas, y la angustia que te provocaba la perspectiva de pasar el resto de tus días en aquellas tierras extrañas, rodeado de mujeres cubiertas de la cabeza a los pies con ropajes que disimulaban sus formas, y de hombres que hablaban en un idioma que no comprendías, te oprimía el pecho

hasta el extremo de que sentías a ratos como si te faltara el aire.

El canto del muecín llamando cinco veces al día a la oración desde los minaretes de las mezquitas te resultaba sobrecogedor, y no te permitía olvidar que en un futuro no tan lejano sería ese sonido, y no el repicar de las campanas, el que acompañaría el ritmo de tus días.

Al cabo de varias semanas de espera, Juan y tú fuisteis recibidos por el sultán. Habían sido muchas las idas y venidas al palacio de Topkapi, muchos y muy largos los días que habíais aguardado en los jardines del recinto ferozmente protegido, a que pasara el importante funcionario de la corte al que el doctor Hamón había prometido valiosos regalos a cambio de hacer llegar vuestra misiva de presentación al sultán.

Acudisteis a la audiencia en palacio ataviados con vuestras mejores galas y recorristeis los interminables salones lujosamente decorados, precedidos por cuatro jenízaros de grandes bigotes y aspecto fiero. Caminabais tan despacio que pudisteis apreciar la magnificencia del lugar.

Los techos tenían artesonados que componían elaborados motivos florales y, al pie de los altos muros, pequeñas mesas bajas de rica madera labrada sostenían delicados recipientes rebosantes de pistachos y de semillas de calabaza tostadas, de los que se servían los cortesanos a puñados mientras, reclinados sobre gruesos cojines de seda, discutían en voz baja y se interrumpían para observar, sin disimulo alguno, a los dos europeos que pasaban junto a ellos.

Aquel inmenso palacio rodeado por gruesas murallas se asemejaba mucho a una fortaleza militar. Estaba compuesto de varios edificios bajos que se comunicaban entre sí a lo largo de una larga explanada empedrada desde la que se alcanzaba a oír el ruido de las olas rompiendo contra las rocas.

El aire arrastraba un embriagador perfume a jazmín que se hizo más intenso cuando os adentrasteis en un hermoso jardín en el que resonaba el murmullo entrecruzado del agua que brotaba de varias fuentes.

Quedaste cautivado por la extraordinaria belleza de ese jardín y te pareció como si, por arte de magia, se desvaneciera el desasosiego que te atormentaba desde tu llegada a Estambul. Contemplaste embelesado los frondosos arbustos, las plantas de grandes hojas y las flores de suave aroma sobre las que se posaban a libar unas coloridas aves.

Todavía bajo el efecto de aquel encantamiento, os adentrasteis en una estancia más sobria que las anteriores, de paredes cubiertas por delicados azulejos añil y blanco que dibujaban armoniosos arabescos.

No había allí muebles ni adorno alguno, a excepción de unas lujosas y bellas alfombras venidas de Persia que cubrían todo el suelo. La luz penetraba por unas amplias aperturas en la base del techo en forma de cúpula.

La hermosa tienda de campaña de un guerrero, constataste tú entonces, definitivamente subyugado.

El sultán Solimán os esperaba en pie, en medio de la estancia, en compañía de un

hombre mayor, de pequeña estatura, que se mantenía en actitud respetuosa tras él. Os arrodillasteis y no os incorporasteis ni alzasteis la cabeza hasta que los jenízaros que os habían escoltado os indicaron que podíais hacerlo.

Me describiste al sultán como un hombre todavía joven, de mediana estatura, tez clara y reluciente barba negra y bigote recortados, nariz aguileña y fina, y unos penetrantes ojos oscuros, bordeados por largas pestañas. Vestía un caftán de corte impecable, fabricado con un rico tejido de un intenso color calabaza, abotonado hasta el cuello, y ribeteado de piel de marta cibelina. Y un vistoso turbante de color crema.

Hizo un breve gesto con la mano y su acompañante os dio en su nombre la bienvenida en español. No se anduvo con rodeos. Conocía vuestra misión y os aseguró su ayuda a cambio de que tanto Juan como su tía Beatriz se comprometieran a trasladar cuanto antes todos sus bienes, así como la sede principal de la Casa Mendes, a la capital de su Imperio.

Juan prometió que así se haría y el sultán declaró que, a partir de ese momento, las hermanas Mendes pasaban a ser súbditas suyas *in posse*, por lo que reclamaría de inmediato al Gobierno veneciano su liberación. Una vez zanjada vuestra reclamación, pasó a interesarse por otros asuntos.

Sus preguntas y reflexiones evidenciaron su profundo conocimiento sobre las cortes europeas. Te pareció que Juan, por su parte, contestaba con cautela y evitaba proporcionar al sultán más información de la que este ya conocía.

Asistías con incredulidad y creciente nerviosismo a ese intercambio, sin comprender cómo Juan, después de la humillación que le había infligido el emperador Carlos, se atrevía de nuevo a medirse como un igual con uno de los hombres más poderosos de la tierra.

Pero el sultán Solimán observaba a Juan sin inmutarse y atendía sonriente a sus respuestas, que el traductor desgranaba en un tono de voz monocorde. Al cabo de un rato susurró unas palabras que el traductor, manifiestamente turbado, trasladó:

—Podéis marcharos. El asunto de vuestras tías está arreglado. El sultán desea que sepáis que aguarda con impaciencia vuestro regreso a sus tierras como súbdito suyo para reanudar esta conversación, que de seguro le resultará mucho más interesante de lo que le está resultando en este momento, señor.

Juan sonrió, aliviado y agradecido porque el sultán no le hubiera exigido más información de la que él sentía que, como súbdito que aún era de las tierras cristianas, podía proporcionarle sin peligro de convertirse en un traidor.

Cuando os retirasteis después de inclinaros en una profunda reverencia, Juan te miró y le supiste satisfecho de ese encuentro con un poderoso que había respetado su dignidad.

El Gobierno de Venecia accedió a la liberación de Beatriz, de Brianda y de sus respectivas hijas, pero dejó claras sus condiciones: las hermanas De Luna, al igual

que su sobrino Juan Micas, debían abandonar los territorios de la Serenísima antes de dos meses, a menos de que decidieran abrazar la ortodoxia cristiana.

Beatriz rechazó la oferta. Ahora que la opción de Estambul era ya una realidad, no estaba dispuesta a seguir padeciendo la imprevisibilidad y la codicia de los dirigentes cristianos ni una intromisión constante en la vida de su familia amparada en la sangre judía que corría por sus venas.

Había salido de su encierro endurecida y determinada a llevar a los suyos a tierras más tolerantes. A pesar del temor y de las reticencias que muchos de nosotros albergábamos, nadie rebatió su decisión.



No me contarías hasta mucho tiempo después que, a los pocos días de regresar con Juan de Estambul, te dirigiste una mañana temprano al gueto de la ciudad, movido por una imperiosa e indefinible necesidad.

En el *Ghetto*, que se conocía así por encontrarse frente a la fundición de hierro, en un apartado rincón del Cannaregio, cerca de San Girolamo, vivían hacinados los judíos, separados del resto de los venecianos por un puente y por dos puertas que se abrían al alba y se cerraban a medianoche.

Tú ya habías estado allí en una ocasión con Jaime, llegado expresamente desde Lyon para celebrar contigo la festividad del Yom Kippur, el día sagrado del perdón en el calendario judío.

Nunca antes habíais entrado en una sinagoga, pero aquel día, nada más penetrar en el *Ghetto*, os unisteis a los numerosos judíos que se dirigían al templo y, en respetuoso silencio, aguardasteis a que los fieles congregados proclamaran en voz alta las palabras del Kol Nidré que permitirían rezar en ese día sagrado a unos conversos junto a miembros del pueblo judío.

—En el tribunal de los cielos y en el tribunal de la tierra, por el permiso de Dios, Alabado sea, y con el permiso de su santa congregación, nosotros mantenemos que está permitido rezar junto con los transgresores de la Ley...

Algunos de los presentes se dieron la vuelta para observar a los dos hombres jóvenes que sabían extraños a su comunidad e inclinaron la cabeza para daros la bienvenida.

Se elevó entonces, poderoso y conmovedor, el canto del Kol Nidré, y la absolución, que la congregación entera recitó, resonó como una sola voz:

—Y serán perdonados todos los hijos de Israel, y el extranjero que vive en medio de ellos...

Nada más finalizar el servicio religioso, cruzasteis en silencio las puertas del *Ghetto*, todavía abiertas a esas horas, antes de recorrer a pie el camino de vuelta al palacio de la Zecca, sorprendidos por la animación de las calles, que aun siendo la

habitual a esas horas, contrastaba con la atmósfera de solemne recogimiento que se respiraba en el interior del *Ghetto*.

No habías regresado al *Ghetto* desde aquel día de Yom Kippur y mirabas esta vez con desconcierto a tu alrededor. El barrio te resultaba opresivo, con sus altas puertas y sus canales de acceso estrechamente vigilados por cuatro guardianes del Gobierno de la Serenísima.

Era agobiante la inusual altura de los edificios, obligados a crecer a lo alto por la falta de espacio, que rodeaban la plaza circular en la que te encontrabas. Todas las ventanas que daban al exterior del *Ghetto* estaban tapiadas.

—Una prisión —pensaste con desasosiego.

Te fijaste también en que muchas personas llevaban puesta sobre la ropa esa arandela de tela de color amarillo que los judíos debían llevar de forma visible para salir del *Ghetto* y transitar por las calles de Venecia, y fue entonces cuando recordaste, con un sobresalto, que en Estambul portarías tú también una señal distintiva.

Tú, que hasta ese momento te habías confundido entre tus semejantes, sin que tu comportamiento o tu aspecto te diferenciara de los demás mercaderes con los que tratabas a diario, portarías muy pronto una señal distintiva.

Comprendiste entonces a lo que habías venido al *Ghetto* y te preguntaste con desánimo si no habrías pasado toda tu vida, aun sin proponértelo, intentando demostrar a los demás que no eras ni mejor ni peor que ellos. Te dijiste, aunque sin mucho convencimiento, que quizás, después de todo, la nueva situación podría suponerte una liberación de esa tarea.

Pero era inútil que siguieras engañándote, porque sabías de sobra lo difícil que te iba a resultar exhibir una condición y unas creencias que hasta entonces habías entendido y mantenido como una cuestión privada.

Emprendiste, profundamente abatido, el camino de vuelta a la Zecca.

Dos días antes de que venciera el plazo de salida fijado por el Gobierno de la Serenísima, acompañabas a Beatriz, Brianda, Reina y Gracia en su viaje a Ferrara, la primera de las ciudades donde debíamos parar de camino a Estambul. Habíamos acordado que yo me reuniría con vosotros allí, una vez se solucionaran los asuntos que, por la premura de vuestra partida, quedaban pendientes en Venecia, y para los que Juan me había dejado unas instrucciones muy precisas: sabía los pagos que debía realizar y qué hacer con los diferentes documentos que me irían entregando sus mensajeros.

Os confié todas mis pertenencias y me quedé en Venecia con el pequeño baúl de ropa que debía bastarme para un período que esperaba fuera breve.

El palacio de la Zecca me resultó al principio desolador sin sus habitantes, pero me acostumbré pronto a su silencio y a los ecos que resonaban entre sus paredes

desnudas. Las mañanas las dedicaba a la lectura o a llevar a cabo alguno de los encargos puntuales que recibía de Juan, y las tardes, después del almuerzo, salía con Pietro, nuestro barquero, a dar un largo paseo por la laguna y a disfrutar de la incomparable belleza de esa ciudad que, pese a haberme mostrado su rostro menos amable, me había conquistado sin remedio.

No regresaba a la Zecca hasta el atardecer, cuando las aguas de la laguna se encendían de rojo y la ciudad entera vibraba bajo el repique atronador de sus campanas.

Esa rutina diaria acabó por hacer tan leve el paso de los días que llegué a sorprenderme cuando apareció el enviado de Juan que debía acompañarme en la expedición con la que yo viajaría a Ferrara.

La travesía de los Alpes

Desde el Lido, adonde nos llevó Pietro, el enviado de Juan y yo nos dirigimos a las afueras de los territorios gobernados por la Serenísima. Durante el trayecto, me explicó que las expediciones de refugiados se habían incrementado mucho y se disculpó porque no disponían de tantos hombres armados como habrían deseado para proteger las caravanas.

Era algo que esperaban poder solucionar en breve, me aseguró, antes de añadir que me habían asignado el carromato más confortable, el de Miguel Barchilón, el jefe de la expedición, un boticario portugués viudo que viajaba con su hijo Rubén de siete años, y con María, la anciana aya del niño.

Creí desfallecer al contemplar esa caravana dispar, formada por cinco carretas, un par de viejos carromatos, y una destartalada carroza, pero disimulé como pude mi espanto para no ofender a esa pobre gente y me subí sin rechistar al carromato de Miguel Barchilón.

Aunque no era abultado, mi baúl de ropa ocupó la mayor parte del poco espacio que quedaba libre. Me acomodé como pude junto a la anciana María y el pequeño Rubén, que apenas me miró y siguió jugando con la cajita de madera que sostenía en sus manos.

El viaje resultó penoso. Durante el día, la caravana avanzaba por estrechos senderos por los que parecía que nadie más que nosotros hubiera transitado nunca, y en cuanto oscurecía, hacíamos noche, si teníamos suerte, junto a un riachuelo, en el que nos aseábamos y hacíamos acopio de agua.

Cuando alcanzábamos el lugar establecido por los organizadores de la expedición, esperábamos a que llegara un nuevo correo con los salvoconductos necesarios y con la información actualizada sobre los próximos lugares seguros, antes de proseguir nuestro camino. Era frecuente que tuviéramos que volver sobre nuestros pasos y desviarnos de la ruta inicial para evitar así una zona que se había tornado peligrosa.

María, a pesar de su avanzada edad, lo sobrellevaba todo con una entereza extraordinaria. No se quejaba del hambre que hacía rugir nuestras tripas ni del asfixiante calor en el que transcurrían las horas del mediodía, cuando los rayos del sol parecían atravesar la tela de nuestro carromato y apenas circulaba el aire en su interior, ni del helador frío que padecíamos durante la noche.

Animada por nuestra cercanía forzosa, me contó que no quiso separarse del pequeño Rubén cuando el padre decidió huir de Oporto con el niño, después de que la Inquisición condenó a Margarita, la madre, a la hoguera.

Se le empañaron los ojos y con el revés de la manga de su vestido se secó una

lágrima y suspiró:

—A ella también la crie yo. Era mi niña...

Había escondido a Miguel y a Rubén en la vivienda de unos parientes suyos en el campo, cerca de Sintra, y desde allí habían viajado los tres hasta Lisboa para embarcarse rumbo a los Países Bajos, gracias a la misma gente que les ayudaba ahora a alcanzar Ancona, en los territorios papales, donde tenían pensado instalarse.

Miguel le había dicho que Ancona era un lugar hospitalario cuyas autoridades habían asegurado a los conversos que huían de la Península que sus hijos no serían bautizados a la fuerza, y donde, a cambio de unas elevadas tasas eclesiásticas de casi mil ducados anuales, podrían practicar la fe judía y ser eximidos de portar vergonzantes señas externas sobre sus ropas.

—Son gente buena... —me aseguró María señalando con afecto a Rubén y a Miguel.

Cada día, en cuanto comenzaba a oscurecer, nos parábamos y colocábamos los carromatos en círculo antes de sentarnos a tomar una cena que consistía en un pedazo de pan duro, media cebolla y una finísima tajada de carne o de pescado en salazón.

Aprendí a prolongar la que era nuestra única comida del día dando pequeños bocados que masticaba hasta que el alimento perdía todo su sabor y se deshacía en mi boca. Nunca encendimos una lumbre ni para hervir agua ni para calentarnos, con tal de no atraer la atención de bandidos, campesinos hambrientos o alguna soldadesca ávida de rapiña.

Después de la cena, María y yo acondicionábamos el interior del carromato para pasar en él la noche, con el pequeño Rubén tumbado entre nosotras dos, mientras Miguel marchaba a turnarse con los demás hombres en la guardia.

Muchos de nuestros guardas de fortuna eran ancianos, otros, todavía imberbes, y no pasó noche en que no le rogara en mis plegarias a la Virgen María que aquella pesadilla acabara de una vez y que esa pobre tropa dispar y mal armada no tuviera que defendernos de ningún peligro.

Una mañana salí del carromato con las primeras luces del alba. Todavía dormían María y el pequeño Rubén, pero me sentía agitada y necesitaba caminar, aunque solo fuera alrededor de nuestra caravana.

Entre la neblina azulada y fría vi a Miguel rezando de pie junto a otros hombres y recordé, sobrecogida por el murmullo de las oraciones en hebreo que se elevaba en el silencio de los Alpes, aquel breve rezo privado que habían oficiado los hombres de la familia al morir Diego.

Miguel compartía el libro de oraciones con un hombre mayor. Al darse cuenta de que le observaba, sonrió, y me conmovió constatar lo joven que esa sonrisa le hizo parecer de repente.

Cuando finalizó el rezo, Miguel se acercó y me explicó que le costaba mucho esfuerzo leer en hebreo y que ese anciano le estaba enseñando. Añadió con una sonrisa burlona que, dada la lentitud con la que nos veíamos forzados a avanzar, para

cuando alcanzaran Ancona él mismo podría enseñarle ya a su hijo Rubén todo lo que necesitara saber de judaísmo.

—Algo ya sabe... De lo que le explicaba su madre.

Al parecer, su mujer Margarita prendía a escondidas dos pequeñas lámparas de aceite los viernes, al atardecer, para santificar la llegada del Shabat. Calculaba aproximadamente cuándo caían las fiestas judías, regidas siempre por el calendario lunar, para celebrarlas, y le contaba a Rubén su significado con gestos y costumbres que el niño pudiera recordar. Por eso preparaba dulces con aceite para celebrar el milagro de las luces en Janucá, y tortas de pan sin levar durante la Pascua judía, cuando se conmemoraba la salida de Egipto.

—Para ella era muy importante que Rubén conociera sus raíces.

Le dije que Margarita había sido muy valiente, y Miguel asintió con un gesto de tristeza.

—Nuestros antepasados se remontan muy lejos, Leonor. Algunos, incluso, fueron ilustres.

Él mismo descendía de Abraham El Barchilón, que dos siglos antes había sido almojarife real de Castilla. Pronunció el cargo con una pequeña sonrisa irónica, que demostraba lo poco que valía, en esas sendas perdidas por las que nos veíamos obligados a huir, el abolengo de un desterrado.

Estuve tentada de mencionar que mi tío abuelo, Abraham Seneor, el hermano de la abuela Catalina, había sido gran rabino de Castilla, pero solo aclaré que, aunque mi familia había tenido que refugiarse en Ferrara, yo había nacido en Segovia y era cristiana practicante.

Miguel no se mostró sorprendido y no me hizo preguntas. Comentó que eran tiempos difíciles y de gran confusión, y que cada cual vivía como podía la situación que le había tocado en suerte.

Una semana antes de que llegáramos a Ferrara, poco tiempo después de emprender camino al alba, aparecieron unos cadáveres mutilados a los lados del camino. Los cuerpos eran de un anciano, de una pareja joven y de dos, o puede que tres, niños pequeños. Los muertos debían de haber viajado en alguna de las expediciones que nos habían precedido y los salteadores, seguramente poco numerosos, los habrían elegido por encontrarse al final de la caravana y ser un blanco más fácil.

Los animales carroñeros no se habían fijado aún en los cadáveres, así que no podía haber transcurrido mucho tiempo desde la masacre. A pesar de que los asesinos no podían andar lejos, paramos los carromatos y nos apeamos en respetuoso silencio. Mujeres, hombres, niños y ancianos recorrimos el sendero para reunir hasta el último de aquellos restos mutilados y enterrarlos juntos, al pie de un árbol.

Después de que los hombres rezaran unos instantes frente a la tumba, reemprendimos nuestro viaje.

Rompí a llorar. Era incapaz de controlar los sollozos que me sacudían el cuerpo

entero. Miguel me invitó a que tomara las riendas con él en la banqueta, como había hecho otras veces con Rubén cuando el pequeño parecía decaído. Al principio me negué pero, ante su amable insistencia, acabé sentándome a su lado.

Miguel me puso las riendas entre las manos y sonrió con delicadeza. Me estaba ofreciendo todo el consuelo que podía ofrecerme. Le miré agradecida, consciente de la cercanía de nuestros cuerpos, de su generosidad y de su ternura. Se me entrecortó la respiración.

Desde el pescante percibía la calidez de los primeros rayos del sol, la caricia de la brisa matinal sobre mi rostro, los olores de ese bosque... Me sentía extraordinariamente liviana, como si pudiera llegar a flotar en el aire que me rodeaba.

Miguel se giró hacia mí y nos sonreímos de nuevo. Esta vez sin prisas, con curiosidad, como si no nos hubiéramos visto antes y nos descubriéramos entonces, agradablemente sorprendidos y cómplices de pronto. Cuando tomó mis manos entre las suyas y las llevó hasta sus labios, un delicioso escalofrío me recorrió la espalda.

Esa noche, en la oscuridad más completa, nuestros cuerpos buscaron con desesperación refugio y consuelo el uno en el otro.



En los días siguientes me senté de nuevo junto a Miguel, pero el embrujo de esos primeros instantes se había esfumado. En lugar de aquella ligereza que me había embargado entonces, estaba alerta por los peligros que nos acechaban y llena de un miedo que me atenazaba en todo momento. En la estrecha banqueta del pescante, Miguel y yo apenas hablábamos, atentos a los ruidos que nos rodeaban. Sentada junto a él, llegué a sentirme aún más vulnerable que en el interior cerrado del carromato.

No podía dejar de pensar en todos vosotros. Ansiaba reencontrarme de una vez con Beatriz, contigo, con Jaime, con Juan..., sabedora de que solo así podría encontrarme a salvo.

Alcanzamos finalmente Ferrara.

Antes de acompañar al emisario de los Mendes que aguardaba desde hacía días mi llegada en el exterior de las murallas, pasé por cada uno de los carromatos a despedirme de los demás viajeros y a desearles suerte. Intenté no fijarme en la fatiga que marcaba sus rasgos ni en la angustia que les nublaba los ojos. Quería que dejaran de importarme en cuanto me alejara de allí.

Abracé con cariño a María y al pequeño Rubén. Miguel cargó mi baúl en la carroza que me esperaba y cuando nos despedimos, prometió buscarme en Ancona. Dejé que me estrechara entre sus brazos, pero rehuí su mirada para que no me doliera la ternura que sabía que hallaría en ella.

Corso Ercole I d'Este

Una de las fieles doncellas que nos acompañaban desde Amberes me abrió la puerta de la hermosa casa que habíais alquilado en Ferrara, no lejos del palacio de los Este. Desde el vestíbulo alcancé a ver a Brianda con su hija Gracia, y a Beatriz con Reina, bordando en una sala al fondo de un pasillo, junto a una chimenea encendida.

La extraordinaria tranquilidad de aquella escena me provocó una violenta sensación de irrealidad. Acababa de dejar la precariedad de una caravana nómada, y el contraste entre mi vida durante los últimos meses y el mundo mullido y protegido que tenía ahora ante mis ojos me dejó aturdida.

Era esa la gente a la que debía aferrarme, de la que nunca más debía alejarme, me repetí varias veces, para asegurarme de no olvidarlo.

Me avergonzaban la suciedad y el olor que desprendía mi ropa, mis mejillas hundidas por el hambre, el feo color tostado que tenía mi rostro en el espejo del vestíbulo en el que me había contemplado al llegar.

No podían verme así, me dije, angustiada porque fueran a percibir lo diferente que era ahora de ellas, y le pedí a la doncella que no me anunciara aún, que me acompañara hasta mi habitación y me preparara un baño.

Al cabo de un rato bajé, aseada y perfumada. Me había empolvado el rostro para disimular los estragos que la intemperie y el sol habían causado en mi piel y llevaba puesto, de entre mis hermosos vestidos que colgaban en el espacioso armario de la habitación que habíais reservado para mí, el que me pareció que mejor disimulaba mi delgadez.

Entré en la sala donde las cuatro mujeres cosían plácidamente, ansiosa por fundirme cuanto antes en la calidez de esa atmósfera suave y resguardada que compartían, y decidida a borrar de mi memoria todo recuerdo de ese viaje.

Querían saber cómo habían transcurrido mis dos últimos años en Venecia y me hicieron multitud de preguntas. Por suerte, apenas se interesaron por el viaje a Ferrara y, después de los efusivos abrazos con los que celebramos nuestro reencuentro, reanudaron su tarea, bordando y disputándose los hilos de seda de colores, como si yo me hubiera encontrado siempre allí, junto a ellas.

Eso era lo que deseaba. Sin embargo, me sentía extraordinariamente vulnerable. Como si la coraza que me había permitido sobrellevar las dificultades del viaje hubiera comenzado a resquebrajarse.

Las lágrimas me anegaron los ojos. Estaba a punto de romper a llorar cuando Brianda, que no había cesado de observarme, dejó a un lado su bastidor y vino a sentarse a mi lado. Me abrazó sin decir nada y, en cuanto comprobó que comenzaba a

serenarme, se animó a ponerme al tanto de lo acontecido en mi ausencia.

Me habló del tiempo que habían tenido en Ferrara, de los dueños de la casa que habíais alquilado, de los comercios locales, de las nuevas amistades que Beatriz había hecho. Tú te encontrabas en ese momento ocupado con unas gestiones en el palacio de Este y no tardarías en llegar. Resumió también las peripecias de vuestro viaje desde Venecia. Describió a los cuarenta hombres armados que escoltaron las treinta carrozas de vuestra caravana y que nos escoltarían también hasta Estambul. Mencionó, como de pasada, que las negociaciones que tú habías emprendido con el duque Ercole de Este habían dado los resultados deseados. Y que, en el salvoconducto con el que nos habíamos instalado en Ferrara, se especificaba que quien, de entre los recién llegados, deseara practicar el judaísmo era libre de hacerlo. Esa licencia se debía a la tradición acogedora y tolerante de los duques de Este, que ya tras la expulsión de España les hizo favorecer la inmigración a Ferrara de muchos exiliados judíos, y que perpetuaban sus actuales herederos, el duque Ercole II de Este y su esposa Renata de Francia, con los calvinistas y los conversos portugueses, perseguidos en Flandes por Carlos V.

Aun así, Brianda reconoció que no todo había sido fácil, porque la peste azotó Ferrara al poco tiempo de su llegada y la población se levantó enfurecida contra los extranjeros que acogían los duques, según ellos, con demasiada benevolencia, y que agradecían su hospitalidad envenenando sus pozos. Beatriz no esperó a tener que lamentar una desgracia y buscó refugio para todos ellos en una granja a las afueras de la ciudad, donde esperaron a que los ánimos se calmaran y que la epidemia de peste remitiera.

Sonriente, hizo una pequeña mueca de disgusto al recordar las condiciones de vida en el campo y luego calló unos instantes, antes de anunciar que su sobrino Samuel, el hermano pequeño de Juan Micas, recién licenciado en la Universidad de Lovaina, se había reunido con ellos en Ferrara y le había pedido la mano de su hija Gracia, y que estaba considerando celebrar el enlace en aquella ciudad.

Me preguntó si podría contar con mi ayuda para los preparativos de la boda y con el ajuar de la novia.

—Será como en Venecia... —dijo, tentándome, a pesar de que ella sabía, tan bien como yo, que nada sería nunca como en Venecia.

Y como si no pudiera aguantar más las ganas que tenía de desvelármelo, me anunció que Beatriz había decidido retornar a sus raíces judías y recuperar el apellido Nasí, que había sido el de su familia antes de la conversión forzosa en Portugal.

—Así pues, y para tu información, mi querida Leonor, Beatriz de Luna es a partir de ahora Gracia Nasí —me murmuró al oído.

La miré sobrecogida, y Brianda no necesitó añadir que eso significaba que a partir de ese momento todos ellos serían considerados judíos, pública y oficialmente.

Durante las primeras semanas de mi llegada a Ferrara me despertaba sobresaltada, creyendo que estaba todavía en el interior del carromato de Miguel. Palpaba las pesadas sábanas de lino, hundía la cabeza entre los gruesos almohadones rellenos de plumas de ganso y me repetía varias veces en voz baja dónde me encontraba, hasta que conseguía recobrar la calma.

Esa angustia fue impregnando de una opresiva tristeza y de miedo los resquicios de la pasión que Miguel había despertado en mí.

Para olvidarle me volqué en ayudar a Brianda con la preparación de la boda de su hija Gracia, a la que ahora nos referíamos todos con la coletilla de La Chica para diferenciarla de su tía Beatriz, que nos había pedido que también en familia la llamáramos Gracia. Visitamos los conventos de la ciudad y seleccionamos a las encargadas de bordar las sábanas y los manteles del ajuar de la novia. Llevamos asimismo a nuestro repostero y al jefe de los cocineros a que se familiarizaran con los hornos locales para preparar el convite al que debían asistir los duques de Este y todos los dignatarios de Ferrara.

Estaba cada día más decidida a olvidar todo lo acontecido en ese viaje y no le hablé a nadie de Miguel, de Rubén o de María.

Una mañana en que Brianda se encontraba indispuesta, acompañé a Gracia la Chica al taller de Pastorino di Pastorini, el orfebre que habíamos elegido para que acuñara su perfil en las monedas con las que se obsequiaría a los asistentes a la boda.

Y mientras posaba, joven y hermosa, con las perlas de su madre adornándole el cabello, envidié con una ferocidad que me avergonzó ese amor suyo, tan fácil y bendecido por todos, que la angustia y el miedo no habían emborronado y afeado.

Beatriz dedicaba su tiempo a familiarizarse con el judaísmo de la mano del rabino Soncino, un respetado estudioso que le habían recomendado sus nuevas amigas de la comunidad judía de Ferrara, a las que ayudaba a diario en sus obras de beneficencia y en la escuela para huérfanos que patrocinaban.

Pero a quien apenas veíamos era a Reina, volcada en la imprenta de Jerónimo Vargas, un converso portugués, en un proyecto de traducción del Antiguo Testamento que financiaba su madre.

Fui allí a buscarla una tarde, para que opinara sobre la disposición de los invitados en el banquete nupcial. Llamé a la puerta de lo que parecía un simple taller más en una de las calles comerciales de Ferrara.

Un joven aprendiz con el rostro y los dedos ennegrecidos de tinta me acompañó hasta donde se hallaba Reina, afanada junto a unos hombres frente a unas gruesas planchas y a algo que recordaba una prensa de vino. Al verme, se acercó muy sonriente y declaró que no podía haber llegado en mejor momento. Me tomó afectuosamente del brazo y me tendió un libro.

—Uno de nuestros primeros ejemplares... —murmuró en tono reverencial, invitándome a que palpara la calidad del papel y de las tapas de fina piel labrada.

Casi a la par nos inclinamos y aspiramos el punzante olor a tinta que desprendían

las hojas, de un bonito color azul.

—Hermoso, ¿no es cierto? —inquirió con los ojos empañados por la emoción.

Asentí mientras acariciaba con la yema de los dedos los surcos en la piel labrada de sus cubiertas. Nada más abrir esa biblia, me sobresaltó leer al pie de la primera página: «Vista y examinada por el officio de la Inquisición...».

—¿Cómo va a ser...? —protesté desolada porque hubieran cometido ya, en la primera página, un error de tamaña envergadura—. Si la lectura del Antiguo Testamento no les está permitida a los católicos y solo leen la Biblia los protestantes y los judíos...

Reina se echó a reír.

—Tranquila, tía Leonor. Se pone siempre. No pueden estar al tanto de todo... Por suerte.

—Por suerte... —repetí yo, impresionada por su dominio de la materia tanto o más que por su osadía.

Y la abracé con fuerza contra mí, orgullosa de la joven mujer en que se había convertido aquella niña estudiosa y callada que en Amberes me pedía que la aconsejara en sus lecturas.

Tú gestionabas entretanto los asuntos de la empresa Mendes desde tu despacho en la primera planta de la casa. Te ocupabas, además, del buen funcionamiento de las redes de salida, más solicitadas que nunca desde que Caraffa, un antiguo inquisidor, había sido nombrado cardenal y se rumoreaba que en breve podía ser elegido Papa.

Apenas salías de allí; cuando me apetecía charlar un rato a solas contigo, subía yo a verte. Fue en una de esas ocasiones cuando soltaste de improviso, mirándome muy serio a los ojos:

—Pasáis mucho tiempo juntas, Brianda y tú.

Me sorprendió que la mencionaras porque, desde que en la corte de Gante me habías convencido para que yo permaneciera allí un tiempo más, nunca habíamos vuelto a hablar de ella.

—La ayudo con los preparativos de boda de Gracia la Chica —recuerdo haberte contestado, intrigada.

—¿Recuerdas la noche en que prendieron a Beatriz?

Asentí en silencio. Comenzaste entonces a relatarme en voz muy baja que aquella noche, antes de partir hacia Lyon, habías subido a la habitación de Brianda para entregarle el dinero, tal y como Beatriz te había pedido que hicieras.

—El retrato de mi padre estaba apoyado junto al espejo del tocador de Brianda, Leonor.

Te miré desconcertada.

—No comprendo cómo no me había fijado antes en el enorme parecido que teníamos, en ese retrato, padre y yo. ¡Éramos como dos gotas de agua! Hasta el punto de que llegué a dudar, aturdido como me encontraba en ese momento, si lo que contemplaba era mi reflejo en el espejo de Brianda, o a mi padre en el cuadro...

Aspiraste una gran bocanada de aire y declaraste que nunca habías dejado de amarla. Nunca, desde la primera vez que la viste, en el palacete de Diego, a tu vuelta de Lovaina.

Y sonreíste levemente, como si estuvieras recordando sus mejillas enrojecidas por el frío de la calle.

—Tenía allí, en ese retrato, la prueba inequívoca de que Brianda me correspondía. Y debí haberme sentido el hombre más feliz del mundo. Pero no alcancé siquiera a alegrarme, porque la calma con la que acababa de recibir la noticia del arresto de Beatriz se me antojaba terriblemente extraña...

También tú, pensé entonces yo, estremecida.

Me invadió una poderosa sensación de hastío. Me pregunté por qué el amor debía resultarte también a ti tan difícil y, con toda la firmeza de la que fui capaz, defendí la inocencia de Brianda y te aseguré que ella nunca traicionaría a su hermana. Me animé incluso a recriminarte por haber llegado a albergar tamañas sospechas.

No tuve que insistir mucho. Resultaba evidente que era lo que más ansiabas creer, más que cualquier otra cosa en el mundo. Te vi recomponerte ante mis ojos. Tu pecho henchido de alivio. Tus hombros se irguieron. Parecías de repente otro hombre. Un hombre nuevo. Mucho más joven. Un hombre feliz...

Cuando, días más tarde, se casó Gracia la Chica, la novia resplandecía en su vestido de fino brocado de seda. Pero era a Brianda, todavía más bella que su hija a pesar de las finas arrugas en su bello rostro, a quien tú contemplabas sin disimulo alguno, libre al fin de mostrarle tu amor.

Con nuestros flamantes salvoconductos dejamos atrás Ferrara poco después de la boda de Gracia y Samuel para proseguir viaje hacia los territorios papales, en una larga caravana flanqueada por los cuarenta guardas a caballo, armados hasta los dientes.

Todavía se veían a lo lejos las murallas de Ferrara cuando Brianda, que había permanecido en silencio, recordó en tono quejumbroso que muy pronto abandonaríamos para siempre el mundo que conocíamos.

En la carroza que compartíamos las mujeres de la familia, solo se había oído hasta ese momento a Reina y a Gracia la Chica, anticipando con animación nuestra llegada a Ancona y el posterior viaje por mar hasta Ragusa, en uno de los veleros de la flota de la empresa.

—A las tierras del Gran Turco... ¡Nos dirigimos hacia las tierras del Gran Turco! —susurraban.

Presa yo también del mismo temor ante lo desconocido que se había apoderado de Brianda, el parloteo de las dos jovencitas se me antojaba desquiciante, hasta el punto de que me incorporé, dispuesta a hablarles de los piratas que infestaban los mares y del temible Barbarroja que, según decían algunos, seguía vivo y raptaba a jóvenes

como ellas para venderlas al mejor postor en los mercados de esclavos de su África natal.

Podía haber llegado incluso a mencionar a los salteadores de caminos que acechaban a los viajeros pero me vinieron a la mente, con terrible nitidez, las imágenes de aquellos cuerpos mutilados, desperdigados a los lados de un estrecho sendero, y me hundí otra vez en el asiento, en resignado silencio.

Beatriz se inclinó hacia su hermana y le pidió que no se preocupara, porque nos iba a ir bien en tierras otomanas. Dirigiéndose a todas nosotras, nos advirtió que allí seríamos unos *dimmíes*, algo así como ciudadanos de segunda clase con respecto a los musulmanes, pero gozaríamos de los mismos privilegios que las demás minorías de cristianos, armenios, griegos o italianos, quienes, aunque debían pagar elevados tributos al sultán, podían practicar libremente su religión y ejercer el oficio que quisieran.

—Un lujo en los tiempos que corren, ¿no os parece? —preguntó muy ufana.

Reina y Gracia la Chica asintieron entusiasmadas pero Brianda permaneció callada y con la cabeza gacha. Beatriz añadió entonces que, antes de dejar Venecia, había negociado algunos privilegios de índole personal con los embajadores enviados por el sultán Solimán a Italia, para que tanto nosotras como las demás mujeres de nuestra comitiva pudiéramos seguir vistiendo a la veneciana en sus tierras. Nuestros hombres podrían, a su vez, cubrir sus cabezas como los delegados europeos que visitaban Turquía y no tendrían que llevar los turbantes de colores que distinguían a las distintas minorías.

Brianda levantó la mirada y contempló a Beatriz con una genuina expresión de horror, antes de romper a llorar, desconsolada.

Las miré, sorprendida por la súbita indiferencia que me provocaban. No sentía nada. No sentía lástima por el desconsuelo de Brianda y me importaba poco lo que acababa de contarnos Beatriz. Tampoco estaba segura de entender qué hacía yo, avanzando a trompicones por un mundo que me resultaba cada día más incomprensible y hostil.

Y supe que me había exasperado hacía un rato con Reina y Gracia la Chica no tanto por su animado parloteo como por la esperanza y la ilusión que las dos conservaban aún intactas.

Ancona

Una semana más tarde, alcanzamos los territorios papales. Ancona iba a ser nuestra última parada en tierras cristianas y de allí, en cuanto obtuviéramos nuestros salvoconductos, embarcaríamos hacia Ragusa, un pequeño Estado vasallo a las puertas mismas del Imperio Otomano.

La ciudad era fea y ruidosa. Muchos mercaderes extranjeros se habían instalado a comerciar allí cuando los papas Pablo III y Julio III la declararon puerto libre. Se respiraba en todos sus rincones el sórdido bullicio de una zona de paso. Los almacenes de mercancías, desperdigados por doquier, conferían un aspecto desordenado al puerto, y por sus calles deambulaba una extraña y abigarrada mezcla de gentes: marineros y prostitutas, mercaderes europeos y otros venidos de Oriente, familias con niños pequeños que esperaban recibir allí sus permisos para poder embarcar, ladronzuelos de poca monta y soldados de fortuna.

Los agentes de la Casa Mendes habían acondicionado para nosotros una casa en una zona convenientemente alejada del puerto. Una mañana, menos de una semana después de nuestra llegada a Ancona, Miguel se presentó allí.

Habían transcurrido casi tres años desde que él y yo nos despedimos en las afueras de Ferrara y había hecho todo lo posible por olvidarlo. Había llegado incluso a convencerme de que él no me buscaría a mi llegada a Ancona.

No lo reconocí de inmediato en el elegante y apuesto caballero que sonreía junto a la doncella que le había abierto la puerta. Había ganado algo de peso, llevaba la barba bien recortada y vestía ropa buena que le favorecía.

Cuando comprendí que era Miguel, dejé caer la taza que sostenía en mi mano. Recuerdo, como si fuera hoy, el poderoso olor de la hierbaluisa empapando el mantel e impregnando el ambiente.

Brianda y Beatriz se giraron sorprendidas a mirarme mientras me ponía a duras penas en pie. Presenté a Miguel como el jefe de la expedición en la que había viajado desde Venecia a Ferrara, y Beatriz se interesó de inmediato por las dificultades que habían encontrado en el camino. Miguel le contestó que no habían tenido ningún contratiempo importante y, besándole agradecido las manos, declaró que su hijo Rubén y él le debían la vida.

Beatriz sonrió complacida. Un leve rubor le coloreó las mejillas. Hablamos a continuación de trivialidades hasta que, pasado un rato, Beatriz se levantó con el pretexto de que tenía unos asuntos que tratar y le hizo seña a Brianda para que la acompañara.

En cuanto nos encontramos a solas, Miguel tomó mis manos entre las suyas. Sobraban los boticarios en Ancona, me dijo, pero había encontrado trabajo como agente de un comerciante de telas de Salónica y vivía en una casa cercana al puerto junto con María y con Rubén. Mirándome con intensidad a los ojos, añadió que había aguardado mi llegada con impaciencia y me aseguró que seríamos muy felices allí.

Una súbita rigidez se apoderó de mi cuerpo. Mi respiración se volvió entrecortada. Deseaba más que cualquier cosa abandonarme entre esos brazos que ya me habían abrazado, aspirar de nuevo el olor de esa piel que tanto había añorado. Porque, a pesar de lo mucho que me había esforzado, no había pasado un solo día en que no pensara en él.

Pero no debía ceder, no podía alejarme de los míos porque no sería capaz de padecer nuevamente la angustia, la incertidumbre y el miedo de los que Miguel no podría resguardarme.

Bajé la mirada y retiré mis manos. Miguel me miró desconcertado. Observó con extraño desapego mi ropa, las joyas que llevaba yo puestas, la sala lujosamente decorada en la que nos encontrábamos. Miró en dirección a la puerta por la que hacía apenas unos instantes había salido Beatriz.

La tristeza y, casi de inmediato, la decepción, empañaron su mirada.

Cuando se levantó sus gestos se volvieron muy lentos, como si le embargara un enorme cansancio. Dijo que debía marcharse pero yo no me moví. Tampoco hablé ni intenté retenerle.

Pensé en otra vida, en otro lugar, en otros tiempos que no hubieran puesto a prueba mi valor ni evidenciado mis miedos y mi cobardía. Pensé en lo hermoso que podría haber sido todo, y en lo mucho que nos hubiéramos podido llegar a amar Miguel y yo. Y lo dejé marchar.

En la embarcación en que dos meses más tarde abandonamos Ancona, reviví aquel otro viaje que nos llevó antaño desde Lisboa a Amberes.

El viento que sacudía el velamen traía los mismos olores a algas y salitre. Llegué a preguntarme si todo lo que había vivido hasta ese momento podría no ser más que el extraño sueño de una niña segoviana que se asomaba a observar el mundo tras el cristal empañado de una ventana.

A estribor, Brianda reclinaba la cabeza sobre tu hombro, con la mirada fija en el agua. Beatriz, a proa, le sonreía al viento igual que años antes sonriera esperanzado Rodrigo en el barco que nos trasladaba a Amberes.

Con el revés de la manga del vestido me sequé las gotas de agua salada que la brisa enredaba entre mis pestañas y supe que madre se había equivocado: no solo los valientes viven grandes aventuras.

Plaza Luza

Ragusa se resguardaba de un mar de intenso azul esmeralda tras sus altas y gruesas murallas grises. Las avistamos a la caída de la tarde, dos días después de haber salido del puerto de Ancona. Con sus casas rectangulares, de paredes de piedra blanca cubiertas por cortos tejados rojos, sus palacios, iglesias y calles adoquinadas, recordaba un poco a Venecia, aunque más austera y mucho más pequeña.

Ese aire familiar, a las puertas mismas del Imperio Otomano, pareció mitigar el desasosiego que sufrimos durante la travesía a juzgar por las tímidas miradas de alivio que intercambiamos antes de desembarcar.

Permanecemos en Ragusa varios meses. Beatriz, ayudada en todo momento por ti y por los agentes que la Casa Mendes tenía en la ciudad, se encargó, al igual que había hecho en el puerto de Ancona, de negociar la reexpedición de los bienes que seguirían arribando allí tras nuestra marcha y que debían alcanzarnos luego en Estambul.

Os encargasteis también de alquilar unos almacenes para las futuras partidas comerciales, de adelantar los correspondientes impuestos de paso y de pagar por el derecho a la hospitalidad y a nuestra estadía en Ragusa.

Casi todos los judíos de la ciudad vivían a lo largo de tres calles empinadas, junto al palacio de los Rectores. Muchos de ellos consiguieron huir de la Península gracias a los caminos de salida que Beatriz había organizado, por lo que se desvivieron para que nuestra estancia y la de doña Gracia Nasí, a la que todos ellos se referían también como La Señora, nos resultara lo más grata posible.

En cuanto Juan y Jaime llegaron de Lyon, se celebró tu boda con Brianda.

Recuerdo el ambiente festivo que invadió la amplia casa de dos plantas junto a la plaza Luza en la que nos habíamos instalado. La mañana había amanecido lluviosa pero pronto escampó, y cuando nuestro cortejo se dirigió a pie desde casa hasta la pequeña sinagoga en la que se celebraría la boda, ya brillaba en el cielo un hermoso sol de primavera.

Brianda llevaba un vestido de seda de color azul claro con bordados de oro y plata, y adornaba su cabeza con unas perlas, cuyo brillo nacarado resaltaba el rubio todavía intacto de su cabello. Le rodeaba el cuello el elaborado collar de filigranas de oro y aguamarinas que habías encargado para ella a un conocido orfebre de origen

toledano instalado desde hacía varias décadas en Ragusa.

La sinagoga se encontraba en una primera planta a la que se accedía por unas empinadas escaleras. Fue Juan el encargado de acompañar a la novia hasta el palio nupcial levantado con cuatro pilares de madera labrada sobre el que habían extendido el chal de rezo blanco de Rodrigo. Jaime ejerció de testigo.

Con voz firme y emocionada pronunciaste, primero en hebreo tras el rabino que oficiaba la ceremonia, y luego en español, dirigiéndote a Brianda:

—Con este anillo, me eres bendecida por la ley de Moisés y de Israel.

Tras el enlace, Jaime y yo te acompañamos a una sala vacía, contigua a la del banquete nupcial. Nos habías pedido que estuviéramos contigo, los tres a solas. Te preocupaba el largo viaje que teníamos aún por delante y la perspectiva de trasladarnos a vivir en Estambul, y querías hablar de ello con nosotros.

Pero Jaime no albergaba ninguna duda. Recién llegado de Lyon, estaba convencido de que en tierras otomanas gozaríamos al fin de cierta tranquilidad y de respeto. Nos recordó que en la Europa cristiana hasta los conversos e hijos de conversos más ricos se encontraban indefensos frente a las triquiñuelas de los poderosos, y puso como ejemplo al rey Enrique de Francia, que se negaba a pagar las enormes deudas que había contraído con la Casa Mendes, utilizando como pretexto el embargo que pesaba sobre los bienes de las hermanas Mendes, tanto en Flandes como en Venecia, y argumentando que, en su calidad de judíos, los Mendes no hubieran podido comerciar en sus tierras, por lo que todos los tratos quedaban invalidados.

—El mundo que conocíamos está a punto de desvanecerse para siempre —insistió Jaime—. Las tierras cristianas se han convertido en un territorio de verdades únicas y excluyentes. Los nuevos decretos exigen pureza de sangre, como le llaman ahora a hurgar en el árbol genealógico, para ejercer algunos oficios y, por descontado, para desempeñar cargos en la administración pública, con lo que se está condenando a la pobreza a muchos cristianos nuevos. Hace tiempo ya que ha dejado de tratarse de un tema de convicciones o de creencias. De decidir lo que uno quiere ser —añadió mirándome con intención y recalcó socarrón—: Se trata de sangre... Pero todo irá bien, ya lo veréis.

Se aproximó a la ventana junto a la que yo me encontraba y nos asomamos juntos al exterior. Una buganvilia de un naranja encendido trepaba por la piedra de la fachada. Al final de la callejuela empedrada se alcanzaba a ver el tramo de escaleras que llevaba a la calle principal, que recorría la ciudad desde el palacio de los Rectores hasta la puerta de Pile.

Pensé en Segovia, en mi calle de la Solana, y en la multitud de paisajes diferentes que se solapaban desde entonces en mi memoria.

Unas risas resonaron en la pieza contigua.

—Deberíamos regresar con los demás —sugerí.

—Ahí vamos, pues... Los tres hermanos —exclamaste tú con alegría.

Te incorporaste de un brinco y nos abrazaste con fuerza.

Las mujeres de la familia Ergas, cuyos hombres trabajaban como agentes de la casa Mendes en Ragusa, quisieron encargarse de la preparación del banquete de boda.

Habían dispuesto en una gran mesa grandes platos llenos a rebosar de carnes confitadas, pescados en salsa y albóndigas de res, en las que se entremezclaban el aroma de la canela, del pimentón, de la cúrcuma y del comino. Habían llenado otra mesa con bandejas de dulces perfumados con agua de azahar y clavo, letuarios de naranja y pétalos de rosa y bocaditos de almendra bañados en almíbar.

Todos esos manjares debieron de despertar en los convidados la nostalgia de una patria, que aunque no les correspondiera el amor que ellos sentían por ella, no habían dejado, ni dejarían nunca, de añorar, porque las miradas se fueron tornando melancólicas y algunas mujeres comenzaron a desgranar canciones que nos transportaron de vuelta a nuestra amada España.

Reconocí, cada vez más emocionada, muchas de las melodías que había oído cantar a madre y a la abuela Catalina, y cuando resonaron las notas de la nana con la que me arrullaban ambas de niña, a duras penas logré contener el sollozo que me subía de las entrañas.

Miré a los novios, que se contemplaban arrobados, a Beatriz, que brindaba con ojos achispados con todo el que se acercaba a la mesa principal a levantar una copa de vino en su honor, y por primera vez en todos esos años, tuve un sentimiento genuino de pertenencia. Formábamos una familia. Compartíamos destino y viaje, y mientras prevaleciera, sobre todas las cosas, sobre todos nuestros errores, la voluntad de permanecer unidos, podríamos sobrellevar todo lo que el futuro nos deparara.

Tres meses más tarde, a punto ya de emprender de nuevo viaje y de adentrarnos por la vía Egnatia, la antigua vía romana, rumbo a Salónica, nos anunciaste con emocionado orgullo que Brianda estaba embarazada.

Salónica

El viaje transcurría con desesperante lentitud y monotonía en el interior de la carroza que las cinco mujeres compartíamos.

Cada mañana reemprendíamos la marcha con las primeras luces del alba y no hacíamos ninguna parada larga, para intentar alcanzar Salónica antes de que el estado de gravedad de Brianda desaconsejara proseguir el viaje.

En aquel interminable tedio con el techo acolchado y cubierto de raso amarillo de nuestro carruaje como único horizonte, di rienda suelta a la nostalgia que las canciones escuchadas durante la boda habían reavivado en mí.

Recorría a diario con la imaginación las estancias de mi casa de la calle de la Solana. Me instalaba en la cocina, al calor de la lumbre, junto a María. Me asomaba luego al balcón de mi habitación y observaba desde allí la calle y el campanario de la catedral, bajo el límpido cielo de mi ciudad natal.

Casi sin apercibirme de ello, esa fantasía pasó a convertirse en un refugio en el que conseguía olvidar el temor que me causaba ese viaje a las tierras extrañas que con tanta aprensión tú me habías descrito.

Llegamos a Salónica una hermosa tarde de verano. Parecía como si todos los habitantes de la ciudad hubieran acudido a darnos la bienvenida. Una bienvenida digna de una Reina. Digna de La Señora, como coreaba la gente que se agolpaba a ambos lados del camino.

Beatriz contemplaba atónita ese recibimiento multitudinario desde la ventanilla de la carroza. En su rostro se entremezclaban la incredulidad y una íntima satisfacción mientras oía cómo la muchedumbre la vitoreaba, enfervorizada.

Brianda se inclinó hacia ella y, tomando con delicadeza las manos de su hermana mayor entre las suyas, murmuró en el tono firme que habría utilizado para tranquilizar a un niño:

—Sal a saludar. Están deseando verte... Quieren ver a su Señora, ¿no los oyes?

Beatriz seguía con los ojos muy abiertos, sin pronunciar palabra, hasta que Brianda murmuró en un hilo de voz quebrada por la emoción:

—Les devolviste la esperanza, Beatriz...

Fue al oír cómo su hermana reconocía por vez primera su labor cuando Beatriz se incorporó. Se le iluminó la mirada y, con inesperada coquetería, preguntó:

—¿Tengo buen aspecto? Mi peinado..., Reina, dime...

Entre risas nerviosas y lágrimas, retocamos los mechones del encanecido cabello

de Beatriz, pellizcamos sus mejillas para devolverles el rubor y, tras alisar el terciopelo arrugado de una de las mangas de su vestido y estirar la fina seda que le cubría el escote, le dimos finalmente nuestra aprobación.

Reina tomó la mano derecha de su madre entre las suyas y la besó. Gracia la Chica se asomó por la portezuela entreabierta y le ordenó al cochero que parara:

—Mi tía, doña Gracia Nasí, La Señora, va a salir a saludar.

Salónica era, con más de tres mil hogares judíos, la ciudad de la cuenca del Mediterráneo con mayor población judía. Aunque casi todos eran originarios de la Península, los había también de Francia, Italia, Alemania, Hungría, Calabria, Apulia y Sicilia. Estaban además los hijos y nietos de los conversos portugueses que seguían arribando, huyendo de la Inquisición, y retomaban allí la fe de sus antepasados.

Y tal como nos había anunciado Beatriz, se ocupaban en todo tipo de oficios: los había estibadores, pescadores, funcionarios, pequeños comerciantes, médicos, artesanos... Unos pocos habían fundado una incipiente industria textil, otros habían sido los primeros en introducir el tinte, el cristal y la imprenta en tierras otomanas, y otros, por su dominio de varios idiomas, competían con los venecianos en el comercio de importación y exportación de mercancías.

Alquilamos una amplia casa cercana al puerto a una familia originaria de Lucena, y en el sombreado y fresco patio, en el que crecían unas hermosas glicinias, se instaló Brianda a descansar, a la espera del momento del alumbramiento.

A los ocho días del nacimiento de Jacobo, Jaime tomó asiento en la elevada silla de madera labrada que los dueños de la casa habían traído con ellos desde su Andalucía natal, y mantuvo bien sujeto entre sus brazos a su sobrino mientras un rabino le recortaba con cuidado el prepucio, en cumplimiento del pacto sagrado contraído por el patriarca Abraham con Dios.

Tras la ceremonia, nos acercamos Beatriz y yo al moisés en el que tu hijo recién circuncidado dormía, rendido por el llanto y por la gotita de vino dulce que le habían vertido sobre la lengua para calmar el dolor del corte.

Permanecí a su vera largo tiempo, cautiva del ritmo acompasado de su respiración y de la ternura que me provocaba ese ser diminuto que me había robado ya el corazón.

Beatriz se me acercó y me tomó del brazo, y mientras contemplábamos embelesadas al niño, me susurró, feliz, al oído:

—Juan me ha pedido hace un rato la mano de Reina.

Gálata

Alcanzamos finalmente nuestro destino, Estambul, con sus descomunales dimensiones y su sobrecogedora belleza.

El viejo y el nuevo Serrallo se alzaban majestuosos, junto a la antigua iglesia de la Santa Sabiduría, Hagia Sophia, convertida en mezquita. Las siluetas de un sinfín de edificios de piedra gris, de minaretes y de cúpulas se recortaban, imponentes, contra el añil profundo del cielo.

No se parecía a Salónica. Ni a nada que hubiéramos visto antes. Nos encontrábamos en el corazón del Imperio Otomano.

Apiñadas contra la ventanilla de la carroza, contemplamos en aprensivo silencio ese paisaje de perfiles desconocidos y de calles por las que deambulaban hombres vestidos con largos caftanes y turbantes de colores en el que viviríamos a partir de ese momento.

A Gracia la Chica se le escapó un suspiro desconsolado y pareció a punto de echarse a llorar. Reina le rodeó los hombros en un intento de consolarla. Brianda no decía nada, pero se había alejado de la ventanilla y fijaba tozudamente la mirada en el suelo de la carroza.

Todas parecíamos haber olvidado la impaciencia con la que en los últimos días habíamos aguardado ese momento, los planes que habíamos hecho en voz alta y el entusiasmo con el que habíamos manifestado nuestra satisfacción por poder reanudar al fin el curso de nuestras vidas después del largo paréntesis que había supuesto nuestro viaje.

Beatriz había dicho que pensaba dedicarse a la beneficencia, como había hecho en Ferrara junto a sus amigas judías; Brianda y Gracia la Chica, que crearían el más bello y armonioso de los entornos en el que poder disfrutar al fin de una sosegada vida familiar; Reina, por su parte, quería poner en práctica todo lo que había aprendido con Jerónimo Vargas en Ferrara, y quería contar conmigo para montar su propia imprenta en Estambul.

Pero apretujadas ahora junto a la ventanilla de la carroza, estábamos demasiado atemorizadas como para recordar nuestros propósitos.

La multitud que se había congregado en las calles de Estambul para recibirnos observaba con curiosidad la larga comitiva flanqueada por cuarenta guardas a caballo que lucían sus mejores galas. Algunos de los presentes dieron a nuestro paso vítores de bienvenida a La Señora. Otros, vestidos al modo otomano, miraban con recelo y aire reprobador a esos extranjeros que, aunque se decían judíos, vestían a la europea y no portaban un turbante amarillo sobre sus cabezas.

Beatriz se inclinó hacia mí y, señalándolos con un gesto de la barbilla, murmuró:
—Judíos romaniotes...

Me había hablado de ellos en Salónica, ya sabía que descendían de los judíos de origen bizantino que habitaban la región desde antes de la conquista turca y que habían sido deportados por el anterior sultán para repoblar el sector veneciano de la capital de su recién conquistado Imperio, tras la salida de sus habitantes griegos.

Aquel recibimiento me pareció una señal de mal agüero. Torcí el gesto pero Beatriz me animó, risueña:

—No pongas esa cara, Leonor. Como si no supieras a estas alturas que no podemos ser siempre del gusto de todos...

Juan había enviado antes de nuestra llegada a algunos agentes comerciales a Estambul con el encargo de buscarnos alojamiento en Gálata, junto a la colonia europea.

Beatriz y yo nos instalamos en una hermosa y amplia casa con un cuidado jardín que descendía hasta las orillas del Bósforo, por la que Beatriz acordó con los dueños el pago de un ducado diario de alquiler. Os teníamos de vecinos a Brianda y a ti, y no se encontraba lejos del Belvedere, el imponente palacete que se alzaba junto al río, en el que Reina y Juan vivirían cuando se casaran.

Me encontré casi de inmediato volcada con Reina en la puesta en funcionamiento de la imprenta que había mandado instalar en una de las alas del Belvedere y que, tal como habíamos planeado durante nuestro viaje, estrenamos con unos textos de la Academia de Poesía de Estambul, en la que los poetas seguían utilizando la métrica española, y con algunas buenas traducciones de los clásicos italianos al español.

Todas nosotras parecíamos haber entendido que, cuanto antes aceptáramos nuestra nueva realidad, mejor nos iría. Brianda compró tapices, telas y hermosas alfombras persas. Encargó lámparas de Murano y espejos venecianos y recreó en uno de los salones de su nuevo hogar el maravilloso *portego* del palacio de la Zecca que tan bien había decorado antaño y apenas tuvimos tiempo de disfrutar.

Sin embargo, a diferencia de su entusiasmo en Venecia, parecía decidida a ignorar dónde se encontraba, hasta el punto de que la pequeña pérgola que mandó instalar en su jardín para tomar el fresco daba la espalda al Bósforo y a la magnífica vista sobre el Cuerno de Oro que se prolongaba hasta el horizonte.

Para celebrar nuestra llegada, Beatriz mandó repartir miles de ducados en los barrios más pobres de la ciudad, habitados mayoritariamente por judíos romaniotes, y pidió que la mantuvieran al tanto de sus necesidades más acuciantes.

Delegó las labores diplomáticas de introducción ante la Sublime Puerta en su sobrino Juan, que desde nuestra llegada a Estambul pidió ser conocido como José Nasí, así como la dirección de la empresa, que pasó rápidamente a incrementar sus actividades comerciales desde su nueva sede en Estambul, con la importación de

textiles que se distribuían a lo largo y ancho del Imperio Otomano, sin por ello descuidar la posición privilegiada que tenía con Italia en el comercio del grano, de la pimienta y de la lana.

Ese notable éxito comercial contribuyó al afianzamiento de José Nasí en la corte del sultán. Muy pronto pasó a convertirse en una presencia habitual en la Sublime Puerta, donde comenzó también a gozar del poder político que le proporcionaba la información que recibía de su red de agentes instalados en los Balcanes y en distintos lugares de Europa, que sabía cómo y con quién compartir.

A su boda con Reina, celebrada a los pocos meses de nuestra llegada a Estambul, además de la familia, de David Hamón, el médico del sultán que os había hospedado a Juan y a ti en vuestra primera visita, y de Esther Kyra, una mujer judía muy introducida en el serrallo, amiga y confidente de muchas de esas poderosas mujeres que vivían encerradas entre las lujosas paredes del palacio, asistió, en calidad de invitado de honor, Selim, el hijo del sultán Solimán y de la bella Roxelana, la sultana pelirroja que, por lo que se decía, Tiziano había retratado.

Entretanto, para los conversos y los judíos que habían permanecido en tierras cristianas la situación no cesaba de empeorar desde la proclamación del antiguo inquisidor Caraffa como papa Pablo IV.

El nuevo Papa no tardó en hacer pública una bula, *Cum nimis absurdum*, en la que redefinía la situación de los judíos en sus territorios y ordenaba que, a partir de ese momento, debían vivir encerrados en guetos y portar un grotesco gorro amarillo para diferenciarse del resto de la población. Se les impedía asimismo compartir el espacio público con cristianos y no podían ejercer la medicina ni acceder a ningún oficio honorable.

Una mañana de otoño nos enteramos del arresto de cien personas de la comunidad conversa portuguesa de Ancona. Luego supimos que la mitad de los arrestados habían logrado huir a Pesaro después de sobornar al enviado del Papa, un tal Fallongonio.

Poco tiempo después, nos llegaba la noticia de que los cincuenta conversos que seguían prisioneros habían sido conminados a abjurar del judaísmo o a morir en la hoguera.

Cuando comenzaron a arder los primeros autos de fe, nos enteramos de que entre los apresados se encontraban Miguel y su hijo Rubén.

Beatriz nos reunió en su despacho para tratar aquella aberración. Comenzó a decir en voz muy baja que tenía la extraña sensación de que la historia se repetía una y otra vez, interminablemente, y que sus palabras resonaban igual a las que antaño pronunció en Amberes para convencer a Diego de que la ayudara a crear unas rutas de salida de la Península.

Sentí que tanto ella como tú evitabais mirarme y supe de inmediato que Miguel había muerto.

Rompí a llorar. Llevaba días durmiendo apenas y despertándome sobresaltada con la imagen de una turba feroz y vociferante danzando alrededor de una hoguera encendida. Mis peores temores se habían cumplido.

—Debí convencerles de que nos acompañaran —sollocé percibiendo el peso terrible que tiene el dolor cuando lo acompaña la culpa.

—Tú no eres responsable de lo que les ha ocurrido —zanjó tajante Beatriz como si hubiera adivinado mis pensamientos.

Mandó llamar a Reina para que me acompañara a mi habitación y le pidió que permaneciera allí conmigo. Antes de salir, la oí declarar con vehemencia que pondría todos los medios a su alcance para frenar como fuera aquella locura asesina.

Mientras me debatía en una hondísima tristeza entre las cuatro paredes de mi habitación, alrededor mío se emprendían ya las primeras medidas para intentar evitar más muertes.

Juan se encargó de informar al gran visir Rustam Pacha de las cuantiosas pérdidas que las persecuciones de Ancona le estaban suponiendo a la corte otomana, para que este le hiciera saber a su vez al cónsul de Ancona en la Sublime Puerta que, además de los cuatrocientos mil ducados en impuestos no cobrados por la pérdida de negocio, los apresados trabajaban para residentes turcos y eran, por tanto, sujetos protegidos de Turquía.

Pero ni esas primeras advertencias ni la presión ejercida por el secretario de la embajada de Francia, enviado expresamente a Italia por el sultán para terciar en el conflicto, ni la intervención de una delegación de hombres de negocios de Ancona, asustados por el cariz que tomaba el asunto y por los rumores que corrían sobre un eventual embargo del puerto, surtieron efecto con un Papa que, en su desquiciada intransigencia, había llegado incluso a cuestionar al propio emperador Carlos sobre la sangre judía que corría por sus venas, que le venía, decía, de la tatarabuela de Juana Enríquez, la madre de Fernando el Católico y bisabuela, por tanto, del emperador, una tal Paloma bat Guedalia, nieta de Shlomo Hazaken Ben Miguel, descendiente del mismísimo rey David.

Los cincuenta conversos portugueses que habían encontrado refugio en el cercano puerto de Pesaro enviaron un emisario a Estambul para que apelara a la solidaridad de los comerciantes judíos de modo que, como medida de presión, estos sustituyeran el puerto de Ancona por el de Pesaro para sus operaciones.

Beatriz prestó de inmediato su apoyo a esa iniciativa y utilizó su influencia en las ciudades de Salónica, Adrianópolis, Brusa y Estambul para que secundaran el embargo.

Pero este solo duró ocho meses y no se renovó por falta de unanimidad. Muchos judíos temían que, si apoyaban aquel embargo para socorrer a los conversos, a los que una buena parte de ellos consideraba simples renegados, las autoridades de Ancona se vengarían con los judíos que habitaban allí.

Las represalias que tuvieron lugar tras el levantamiento del embargo del puerto de

Ancona no hicieron distinciones. Fueron atroces y se dirigieron por igual tanto contra los judíos como contra los conversos.

Después de aquel fracaso, Beatriz se encerró a cal y canto en sus aposentos. Tras dos semanas sin querer ver a nadie, se reunió una mañana con Reina para explicarle el funcionamiento y delegar en ella la supervisión de las tres escuelas para huérfanos que había construido a su llegada a Estambul, del comedor para indigentes al que acudían a diario ochenta personas y de los dos hospitales que había hecho levantar en uno de los barrios más pobres.

Beatriz cada día parecía más liviana. Apenas hablaba, y cuando intentaba acercarme a ella, sonreía débilmente para disculparse por no desear ni mi compañía.

Respeté su deseo de soledad, pero ahora sé que debí imponerme e intentar razonar con ella y ofrecerle consuelo. Debí asegurarle que las muertes y el sufrimiento acontecidos al finalizar el embargo no eran culpa suya, que ella había luchado para que las cosas no sucedieran de esa manera.

Debí recordarle que ella lo había intentado, y que eso era infinitamente mejor que no hacer nada, que era lo que siempre había hecho yo.

Una mañana en que nos encontrábamos las dos sentadas en la terraza de la casa, saboreando en silencio una olorosa infusión de café, Beatriz me anunció que pensaba trasladarse en breve a la ciudad de Tiberíades, que el sultán Solimán le había cedido, para dedicarse a aprender con los eminentes rabinos instalados allí y con los estudiosos del misticismo judío que vivían en la cercana población de Safed.

La miré sobresaltada. No era la primera vez que hablábamos de Tiberíades. Recordaba con claridad que Beatriz había hecho reconstruir tiempo atrás las murallas de la ciudad para proteger a sus habitantes judíos de los ataques de los beduinos, y con miras también a que muchos de los desterrados de la Península pudieran asentarse en ella. Se había quejado de que finalmente solo unos pocos hubieran aprovechado esa oportunidad, desanimados por el ataque de los piratas al primer barco de exiliados que había zarpado desde Italia. No recordaba, sin embargo, que hubiera manifestado nunca antes el deseo de instalarse allí.

Me fijé de pronto en las profundas arrugas de su rostro. En su cabello totalmente cano ya. En que hacía tiempo que había dejado de ser la mujer llena de entusiasmo que nos había llevado hasta Estambul.

Recordé también cómo, en los últimos meses, había mostrado una amargura desconocida hasta entonces en ella, cuando se quejaba del hartazgo que le provocaba una humanidad que hacía agua por todas partes.

—En siervos —se lamentaba—. El exilio ha convertido en siervos a una nación de reyes, de héroes y de profetas, Leonor. El miedo nos ha hecho cobardes. El sufrimiento nos ha envilecido hasta el punto de que hemos olvidado sostener a nuestros propios hermanos y permanecemos inermes, incapaces de defendernos... Los más orgullosos de entre nosotros, convertidos en mártires.

Solo entonces comprendí, desolada, que Beatriz había agotado sus fuerzas y que

había renunciado a seguir enfrentándose al mundo.

A finales de ese verano, Jaime y Beatriz embarcaron en el muelle de Gálata en compañía de un pequeño séquito, rumbo a San Juan de Acre, desde donde debían alcanzar Tiberíades por tierra.

Un muelle más, un nuevo destino... Muy probablemente el último esta vez, pensé, abrazada a Reina, que sollozaba débilmente a mi lado.

Juntas vimos alejarse la frágil y menuda silueta de esa excepcional mujer que no había temido enfrentarse a un Papa, a un emperador y a una reina para luchar por su gente. Una mujer valerosa, orgullosa defensora de su dignidad y de la de los suyos, que había rehusado convertirse en una mártir.

Los diez años siguientes a su marcha transcurrieron agradablemente y sin sobresaltos para nosotros, que permanecimos en Estambul.

Juan seguía acumulando poder y honores en la Sublime Puerta. El sultán Selim, el hijo de Solimán, le había entregado el ducado de Naxos, una pequeña isla cercana a Chipre.

Yo, por mi parte, además de mis responsabilidades en la imprenta de Reina, dedicaba mi tiempo a tocar de nuevo el clavicémbalo que le había comprado a una pareja francesa, que fueron nuestros vecinos en Gálata y regresaban a París. Os visitaba a Brianda y a ti a diario, y veía crecer al pequeño Jacobo, al que asesoraba ya con sus primeras lecturas.

A lo largo de esos años aprendí a querer mejor a Beatriz y a apreciarla de verdad, sin resquicio alguno ya de la complicada mezcla de gratitud, admiración y envidia que me había inspirado y de la que solo era consciente cuando ya no me contemplaba en el exigente espejo que ella fue siempre para mí.

Por eso, a pesar de que la distancia me había acostumbrado a su ausencia, la noticia de su inesperada muerte tras una fulminante enfermedad me entristeció profundamente.

Jaime escribió en la misiva en la que nos comunicaba la noticia que, por expresa voluntad suya, Beatriz había sido enterrada junto al lago de Tiberíades. Añadía, unas líneas más abajo, que él regresaría en breve a Estambul, en cuanto dejara solucionados algunos asuntos.

Hasta entonces, nos habían llegado frecuentes cartas de Beatriz, informándonos de que se encontraba bien, y disfrutaba de largas sesiones de estudio con eminentes rabinos. Nos consolaba ahora saber que había sido feliz en Tiberíades y que había disfrutado unos últimos años serenos y plácidos frente al mar infinito de Galilea que contemplaba a diario desde las ventanas de su mansión.

A los pocos días de su vuelta a Estambul, Jaime vino a verme. Adiviné por su semblante grave que no era una simple visita y que debía decirme algo importante. Esbozando una tímida sonrisa, se disculpó y me adelantó que lo que me tenía que contar me resultaría, cuanto menos, sorprendente.

Le invité a que nos sentáramos en la terraza, donde nadie nos molestaría.

Jaime empezó por recordarme que, desde niño, le había interesado el estudio del judaísmo y que nunca, desde las sesiones secretas en el palacete de Diego, había cesado de estudiar. Dijo que en Tiberíades y Safed había tenido la oportunidad de seguir haciéndolo junto con los más eminentes rabinos de nuestros tiempos. Que había llegado incluso a disfrutar del extraordinario privilegio de estudiar misticismo judío con el más excepcional de entre todos ellos, el gran Rav Isaac Luria, al que se conocía respetuosamente también como Ari, El León.

Después de que se rezara el Kaddish por el eterno descanso de Beatriz, en Tiberíades, uno de los numerosos rabinos de Safed que habían acudido a rendirle honores a La Señora, se le había acercado, al reconocerle, y había exclamado en español:

—¡Tú eres uno de los cachorros del León!

Jaime me miró, para asegurarse de que yo también estaba evocando el retrato de Rodrigo, con los dos cachorros de león a sus pies, que todos dimos siempre por sentado que os representaban a ti y a él.

—Así nos llamaban a los que teníamos el privilegio de estudiar con el gran Rav Luria. Cachorros del León —aclaró Jaime, emocionado—. Era la primera vez que oía pronunciar ese apelativo en nuestro idioma, Leonor. Pensé de inmediato en Agustín. En el otro cachorro de león... Y al volver a contemplar ese lago que durante los últimos años había estado viendo a diario, reconocí por vez primera el lago del retrato. En los curiosos árboles de tronco escamado y forma de sombrilla que tanto nos habían fascinado entonces, reconocí las palmeras que bordeaban la orilla de fina arena blanca. Y me fue invadiendo la certeza de que Agustín regresaría a esas tierras de castillos con tejados negros en punta que habíamos dejado atrás. Que Agustín retornaría un día a las tierras cristianas.

Sobrecogida, asentí con la cabeza. Recordé la expresión sombría de Rodrigo frente a su retrato recién desembalado, en el palacete de Diego, extrañamente silencioso en medio de la euforia de los demás. Y me pregunté si acaso él no habría visto en ese momento, más allá de la simbología del converso que el pintor había pretendido retratar, una premonición sobre el destino de su linaje, condenado a dividirse entre Oriente y Occidente.

Jaime me miraba expectante. Con mucha dificultad, porque sentía como si me faltara el aire, le pregunté si había hablado de esto contigo. Él negó con la cabeza. Intenté sobreponerme a la agitación que me embargaba y pensar con claridad, y se me ocurrió que quizás fuera mejor que no supieras nada, porque unas simples conjeturas no eran, al fin y al cabo, motivo suficiente para inquietarte.

A Jaime le pareció bien.

Aunque a partir de ese momento me repetí, siempre que recordaba aquello, que en Estambul nos encontrábamos a salvo de las persecuciones, que Brianda y tú erais felices y que nada trastocaría tanto nuestras vidas como para que tú decidieras marcharte, sobre todo ahora que Jaime había regresado. Pero el extraño desasosiego que me causó el relato de Jaime no acababa de abandonarme.

Con la misma tozudez con la que tantas veces antes me había empeñado en negar lo evidente, logré convencerme de que no debía creer en una premonición. Y entonces, sucedió la tragedia.

Unos meses después de mi conversación con Jaime, Estambul ardía en llamas. La ciudad entera pareció encenderse como una gigantesca hoguera. Los aullidos de terror se entremezclaron en el aire sofocante, lleno de humo, con el galope atronador de los caballos de los jenízaros, ávidos de la sangre de los extranjeros que habitaban sus tierras.

Esa primera noche de los ataques Brianda desapareció para siempre, cuando regresaba con Jacobo de visitar a la antigua nodriza de este en su recién estrenada casa junto al puerto.

El carruaje que Reina les había prestado para que se desplazaran hasta allí regresó arrastrado por un renqueante caballo sin cochero a las puertas del Belvedere, donde los guardas descubrieron en su interior el cuerpo ensangrentado de Jacobo, al que sus atacantes habían dado presumiblemente por muerto.

Junto a él, aparecieron jirones de la ropa que llevaba puesta Brianda esa tarde.

Pareció como si fueras a enloquecer de dolor. Con un grito desgarrador te abalanzaste sobre el cuerpo de tu hijo y lo aupaste como si fuera una pluma, lo llevaste hasta el interior del palacio y una vez allí, te desmoronaste hasta acurrucarte en un ovillo. Con Jacobo apretado contra tu pecho, comenzaste a sollozar en silencio. Un sollozo descontrolado y mudo que te sacudía entero.

Me acerqué a ti, desesperada por consolarte, y comencé a hablarte muy despacio al oído de un hermoso lugar de calles empinadas, de un acueducto que databa de los romanos, de un castillo de tejados negros cuyas puntas rozaban un cielo puro de un intenso azul, en el que la brisa venía perfumada a jara.

Tu llanto cesó. Me callé, pero tú me animaste con la cabeza a que prosiguiera, mientras mantenías firmemente apretado contra ti a tu pobre hijo malherido, ennegrecido de sangre y de humo. Y con voz apagada, murmuraste:

—En cuanto Jacobo se ponga bien, nos marcharemos allí.

Siete meses después, cuando Jacobo hubo recobrado las fuerzas suficientes para emprender viaje, partíamos los tres, rumbo a Segovia.

Calle de la Solana

Durante el viaje, Jacobo siguió encerrado en el hermético silencio al que la trágica noche del incendio parecía haberlo condenado para siempre. Se encontraba aún débil cuando abandonamos Estambul pero la quietud forzosa en el carruaje pareció ayudarle en su recuperación.

Cuando comenzó a hablar de nuevo, comprobamos que no recordaba nada de lo ocurrido. Nada de lo que había precedido a su convalecencia. Nada de la tragedia que había vivido. Nada tampoco de lo acontecido antes de esta.

Pero un inesperado griterío o el simple ruido de unos cascos de caballo al galope hacía aflorar en su mirada un terror que parecía anidado en sus ojos a perpetuidad.

Conforme nos íbamos aproximando a Segovia, Jacobo abandonó su encierro y miró con curiosidad el paisaje que desfilaba ante nuestros ojos.

—Ven aquí —le dije aprovechando ese brusco interés para atraerlo hacia la ventanilla.

Le mostré los bosques de pinos, los matorrales de jara, los acebos, y le dije que sería él, con su buen par de jóvenes ojos, quien nos avisaría en cuanto divisara los tejados en punta del Alcázar.

Me costaba tanto creer que me encontrara de vuelta tras una ausencia de más de medio siglo, que llegué a creer que despertaría en cualquier momento de una profunda ensoñación. Pero allí estaban los olores que traía la brisa y que reconocía embriagada; la inconfundible luz de ese paisaje que llevaba grabado a sangre en el corazón; la vista de los lomos de granito de las montañas... Y la alegría que despertaron en mí todas esas sensaciones olvidadas logró despejar por unos breves instantes los numerosos temores que abrigaba ante ese regreso.

Jimena, la única hija que había tenido la tía Blanca en su matrimonio con un médico que la dejó viuda muy pronto, nos dio la bienvenida y me entregó la llave de mi casa de la calle de la Solana, que se había encargado de cuidar desde la muerte de su madre.

Su tacto suave y su peso me provocaron un poderoso escalofrío y, con la llave entre las manos, di por desandado el camino de vuelta a casa.

Nos inventamos un pasado en Portugal que todos parecieron aceptar como cierto, gracias a la opacidad en la que mi familia mantuvo la marcha de madre y también a la

habilidad con que mi prima Jimena manejó los rumores desatados por nuestra llegada.

Con las gemas que Diego me había regalado en Amberes y los contactos de Jimena adquirimos buenas tierras de cultivo que añadir a los viñedos de madre en Ambroz, y acordamos, con el beneplácito del Concejo de la Mesta, la compra de un rebaño de merinas a un comerciante rico que quería trasladarse a la corte en Madrid.

Jimena no tardó en hacernos saber la buena pareja que hacían su hija Mariana y un guapo y rico mozo como nuestro Jacobo, que, pese a ser tan callado, demostraba ya ser buen trabajador. Comprendimos que ese era el precio que Jimena pensaba cobrarse por su ayuda y no nos pareció mal; además de que la jovencita era de buen ver y parecía noble, nos interesaba tanto como a Jimena que el origen converso de los Coronel pasara lo más desapercibido posible y que no nos fueran a exigir garantías de la pureza de sangre de Jacobo cuando llegara el momento de buscarle esposa.

En cuanto al tema de su partida de bautismo portuguesa, lo resolviste rápidamente gracias a las buenas relaciones que, a raíz de las rutas de salida que habías organizado antaño desde Portugal, aún mantenías allí con gente importante.

Nos costó sin embargo mucho acostumbrarnos a permanecer siempre atentos a los repentinos silencios, a las miradas esquivas, a los oídos aguzados. Pero sabíamos que estábamos aquí para brindarle un nuevo comienzo y un futuro a Jacobo.

Muy pronto acabé descubriendo, no sin sorpresa, que se me daba bien vivir la vida de la anciana que habría sido de no haberme marchado de aquí de niña. Llevaba con diligencia la casa en la que había nacido y aguardaba plácidamente, al final de cada tarde, sentada junto a la ventana, el regreso de los hombres de la familia tras un largo día de trabajo en nuestras tierras. Disfrutaba del paso de los días y de los breves paseos que daba cada mañana por mi querida ciudad recobrada, escoltada siempre por nuestra robusta Celestina, a la que había contratado al poco de llegar, además de porque su nombre me recordaba una de mis lecturas más preciadas y de que venía recomendada por Jimena, porque me enteré de que disimulaba como podía una profunda sordera.

Y, al igual que antaño había llevado siempre a Segovia conmigo, aprendí esta vez a convivir en secreto con los paisajes de esas otras ciudades que también había aprendido a querer: Estambul se me aparecía en el frío blanco de las madrugadas segovianas; Venecia, cuando el sol poniente encendía en un mismo rojo intenso los tejados de sus casas; Amberes, en ese momento indefinible de la tarde en el que la oscuridad de la noche destiñe ya sobre el final del día...

Cuando solo habían transcurrido dos años desde nuestra llegada a Segovia, el pasado que creíamos haber conseguido ocultar nos alcanzó. Un emisario del marqués de Pescara se presentó una mañana en nuestra casa preguntando por ti y te pidió que lo acompañaras a la corte de Madrid.

Habíamos pecado de ingenuidad al creer que en esta patria mía, en la que el miedo ha convertido a todos en espías de todos, nuestra historia escaparía a unas miradas avezadas.

Me contaste que, nada más entrar en el despacho del marqués, este manifestó sin preámbulo alguno que el rey Felipe estaba interesado en establecer contacto con Juan Micas y, sin darte siquiera tiempo a replicar, añadió que lo sabían todo de ti, que estaban al tanto de tu matrimonio con una tía de Juan Micas y de que tu hermano se encontraba trabajando con Micas en Estambul.

—¿Qué queréis de mí? —inquiriste entonces tú al comprender la inutilidad de negar nada.

El marqués te miró sorprendido y se echó a reír.

—Veo que nos entendemos. Vayamos pues al grano.

Querían que viajaras a Estambul para comunicarle a Juan Micas que tanto él como su empresa serían bienvenidos en España. Te aseguró asimismo que a ti se te retribuiría debidamente por tu misión.

Cuando objetaste que no podrías ausentarte por tanto tiempo de Segovia porque eras tú quien administraba tus tierras junto con tu hijo, el marqués te interrumpió con gesto perentorio y te recordó con ironía el interés que despertaría tu historia de llegar a oídos del Santo Oficio.

Una semana después de ese encuentro, ensillabas tu caballo, y ponías de nuevo rumbo a Estambul.

A tu regreso, menos de tres meses más tarde, Jacobo se encontraba en Medina del Campo, adonde había ido a vender nuestra lana.

Celestina y yo descargamos las pesadas alforjas del caballo porque tú apenas te tenías en pie. El color bruñido que el sol y la intemperie le habían dado a tu piel no lograba disimular tu aspecto demacrado ni el tono cetrino de tu tez. Habías perdido mucho peso.

Entraste en la casa con paso incierto y te dejaste caer en una silla. Aspiraste con dificultad una bocanada de aire y se te escapó una mueca de dolor. A pesar de ello intentaste sonreír. Me vino a la mente el valeroso caballero que antaño en un patio de Lisboa me salvaba de los dragones y de los piratas, e intenté contener las ganas de llorar y la rabia que sentía por los malnacidos cortesanos de Madrid que te habían mandado hacer ese viaje agotador. Te incorporaste con dificultad en la silla.

—Estarás impaciente por oír todo lo que tengo que contarte... —susurraste débilmente.

Te aseguré que no corría prisa, que lo dejáramos para cuando te hubieras repuesto por completo del cansancio. Tú negaste con la cabeza, como si supieras ya el poco tiempo que te quedaba y, señalando una de las alforjas, me pediste que la abriera. Traías algo que yo debía ver.

Obedecí y reconocí, disimulada entre tu ropa, la biblia de Jaime, cuidadosamente envuelta en el chal de rezo de Rodrigo. Te la tendí. Tú la abriste en la primera página y leíste la dedicatoria que Jaime había escrito en ella:

—«Para Agustín, mi hermano del alma, para que no olvides, cuando retournes a España, de dónde provienes».

Había tanta emoción en tu voz que no fui capaz de protestar porque hubieras traído a nuestra casa un libro que nos ponía a todos en peligro.

Hurgaste con premura en un bolsillo de tu chaleco y me tendiste la mitad, cuidadosamente partida, de una de las monedas conmemorativas de la boda de Gracia la Chica.

—Jaime conserva la otra. Guarda tú esta, Leonor, por mí. No debe perderse... Y entonces comenzaste, en voz muy baja, a relatarme ese último viaje.

Empezaste confesándome los sentimientos encontrados con los que partiste. Por una parte, de alegría por volver a ver a Jaime y a Juan, y poder conocer a Benjamín, el hijo que Jaime había tenido en su matrimonio con una joven de Salónica; y por otra, de temor a que la memoria de la tragedia recobrase en Estambul la intensidad de la que aquí, en Segovia, se había ido poco a poco desprendiendo.

Sin embargo, nada más llegar, te sentiste animado, sorprendido incluso del afecto que despertaba en ti la ciudad.

Te dirigiste al Gran Bazar, que conocías tan bien, en compañía de Pedro del Real, el joven sevillano que el marqués de Pescara te había asignado de escolta, para comprar, en el mismo puesto donde solías hacerlo antaño, unos *lukhum*, los exquisitos dulces gelatinosos, espolvoreados de azúcar en polvo y perfumados con flor de azahar que tanto gustaban a Gracia la Chica y a Reina.

Mientras te envolvían tu compra, te entretuviste a observar a los ricos comerciantes ataviados con turbantes y caftanes, a los campesinos de piel curtida por el sol, a los artesanos que cargaban con su oficio a cuestas, y a los aguadores apostados en las esquinas del mercado cubierto, que inclinaban su reluciente contenedor de cobre ante los paseantes sedientos, a cambio de unas monedas.

Nada parecía haber cambiado y, sin embargo, percibiste que en el ambiente no se respiraba la efervescencia que tan bien recordabas, ni la vitalidad de antaño. La luz incluso, la maravillosa luz que lo teñía todo de una suerte de melancolía atemporal, se te antojó cansina. Al fin comprendiste que el corazón del Imperio Otomano había quedado herido en su primera derrota militar en Lepanto, y convalecía dificultosamente.

Durante el trayecto al Belvedere no dejaste de mirar a tu alrededor en busca de rastros del incendio pero, salvo por algún resto de muro calcinado y alguna que otra fachada ennegrecida por el humo, no encontraste nada que delatara la tragedia. La ciudad había crecido aún más, sobre todo en la zona del puerto, donde las

construcciones de madera consumidas por las llamas habían sido sustituidas por unas edificaciones nuevas que podían haber hecho creer a un recién llegado poco informado que el terrible incendio no había tenido lugar.

Los guardianes del Belvedere, al tanto de tu llegada, se apresuraron a abrir las altas puertas que protegían el acceso al recinto y os ayudaron a Pedro del Real y a ti a apearnos de vuestros caballos, a la vez que te prodigaban respetuosas muestras de alegría por tu vuelta.

Nada más cruzar el umbral del palacio, como tanto habías temido, te asaltó la imagen del carruaje arrastrado por un caballo moribundo que cargaba a un Jacobo ensangrentado. Se te entrecortó la respiración y tuviste que buscar apoyo en el muro mientras intentabas sobreponerte, aspirando con dificultad la suave brisa que llegaba del Bósforo y que recorría los aposentos, mezclando el olor a mar con el de la madera de los lujosos muebles.

Juan te esperaba en pie, en medio de uno de los salones, con los brazos abiertos de par en par, y os abrazasteis sin disimular vuestra alegría.

Tras sentaros y charlar un rato de vuestro viaje, Juan se dirigió a Pedro del Real a la vez que le hacía seña a uno de los sirvientes:

—Estoy seguro de que nuestro joven invitado estará encantado de que le acompañen a sus aposentos...

Tomándote a ti del brazo, te guio hacia su despacho, a orillas del Bósforo, impaciente por iniciar una conversación a solas contigo.

Un nudo te atenazó la garganta al contemplar de nuevo los barcos que recorrían el estrecho entre el mar de Mármara y el mar Negro, la silueta de las cúpulas y de los minaretes contra el azul del cielo. Juan sonrió con tristeza al adivinar tu nostalgia y te invitó a que le siguieras hasta su escritorio, de donde sacó una carta que te tendió, con expresión jocosa.

—Quizás no sepas lo mucho que me quieren a mí los españoles... Vivo o muerto.

Leíste con atención la copia del salvoconducto expedido a nombre de un tal fray Varely, caballero de la orden de San Juan, y durante unos instantes permaneciste en silencio, desconcertado y preguntándote a qué te habían enviado a ti los españoles. Pero al comprobar la fecha, te encogiste de hombros y protestaste aliviado:

—Es de hace dos años, Juan...

Comprendiste, sin embargo, que debías dejar clara tu posición antes de mencionar la oferta del marqués de Pescara.

—Ya sabes que aunque vengo como emisario del rey de España, sigo siendo por encima de todo tu amigo.

Juan indicó con un gesto que daba eso por sentado. Jaime entró en ese momento. Al ver el documento que sostenías entre tus manos, le recriminó de lejos a Juan con una sonora carcajada:

—De veras, ¿qué esperabas acaso de los españoles después de que fuera leída públicamente en los Países Bajos la carta en la que prometías tu apoyo a la revuelta

de Orange?

Y se abalanzó feliz sobre ti. Os fundisteis en un largo y emocionado abrazo.

Juan se dirigió al ventanal y lo abrió de par en par con una violencia que te sobresaltó. Jaime se vio en la necesidad de disculparle:

—Lepanto —suspiró encogiéndose de hombros.

—¿La batalla de Lepanto? —repetiste tú genuinamente intrigado.

—Sí. Todo comenzó con la anexión de Egipto al Imperio Otomano, que convertía a nuestro sultán Selim en califa de Chipre, una tierra vasalla que fue musulmana cuando la ocuparon los sarracenos, por lo que para muchos en la Sublime Puerta, su recuperación cobraba carácter de guerra santa.

—Y enfrentaba a Turquía con la Serenísima, la dueña actual de Chipre — interrumpiste encantado de comprobar que no habías perdido tus facultades para el análisis político, ni con tu reconversión en el simple ganadero que eras en Segovia.

Jaime te animó con un gesto de la cabeza a que continuaras.

—A la vez, supongo, que enfrentaría a Juan con nuestro querido Sokolli, el gran visir, tan amigo él siempre de la Serenísima y de su enviado Marcantonio Barbaro.

Jaime asintió de nuevo y aclaró:

—Juan apoyaba el enfrentamiento con Venecia porque confiaba en el poder marítimo de Turquía y le parecía esencial para la seguridad y el prestigio del Imperio Otomano hacerse con Chipre. Por el contrario, Sokolli abogaba por que, de atacar a alguno de nuestros enemigos, nos decantáramos primero por España. Ya sabes que para él el principal enemigo de Turquía fue siempre la casa de Habsburgo, tanto en Austria y en los Países Bajos como en España, y más aún después de conocerse aquí la dureza con la que don Juan de Austria, el hermanastro del rey Felipe, había aplastado la revuelta de los moriscos, sus hermanos de fe, en Granada.

—Pero triunfó la opción de Juan, enfrentarse primero a Venecia.

—Sí, la Sublime Puerta dio un ultimátum a Venecia y el almirante Piale Pasha dirigió su flota hacia Chipre.

—Un error, un terrible error... —interrumpió en tono sombrío Juan, que había atendido hasta ese momento en silencio.

Jaime hizo una pequeña mueca resignada y completó su explicación:

—Porque fue entonces cuando Venecia negoció en secreto esa triple alianza con los Estados papales y con España que resultó decisiva para nuestra derrota en Lepanto. Y eso no se lo perdonan a Juan en la Sublime Puerta... Hay incluso quien se ha atrevido a insinuar que en su posición pesó más de lo debido el vínculo sentimental que mantienen con España los hijos y nietos de los judíos españoles.

Te encogiste de hombros porque no albergabas la menor duda sobre la lealtad de Juan con el sultán, a pesar de que también era cierto que Juan se había rodeado siempre de españoles, tanto cristianos como judíos, y que el Belvedere fue, desde que Reina y él se instalaron allí, un punto de encuentro para muchos nostálgicos de las tierras cristianas.

Solo entonces comprendiste que los de la corte de Madrid, al tanto de los rumores que corrían en la Sublime Puerta, te habían enviado allí para no desaprovechar la oportunidad que se les presentaba de atraer a España al poderoso Juan Micas, duque de Naxos, junto con sus bienes, ahora que este podría haber caído en desgracia.

Durante la cena, Reina y Gracia la Chica te preguntaron por Jacobo. Querían saberlo todo de él: sus ocupaciones, su estado de ánimo, si había puesto ya los ojos en alguna jovencita... Te extendiste en tus respuestas, con amabilidad y con gran profusión de detalles, consciente de lo mucho que las dos extrañaban a tu hijo.

Después de los postres acompañaste a Juan a su despacho.

En la oscuridad de una noche sin luna, que confundía el cielo y las negras aguas del Bósforo, brillaban como estrellas a lo lejos las luces de las lámparas de aceite de las barcas de pescadores que faenaban a esas horas.

Juan, que apenas había hablado durante la cena, soltó bruscamente, con la voz entrecortada por la agitación:

—Ya no salgo del Belvedere. Mi vida corre peligro. Sabes de sobra lo que les ocurre aquí a los que caen en desgracia...

Sabías bien que Juan se refería a la muerte siempre al acecho; a una puñalada al cruzar la calle o frente a un puesto en el bazar; a una desaparición a plena luz del día... Por eso, a pesar de las dudas que todavía albergabas, te animaste a mencionarle a Juan la oferta del marqués de Pescara de la que eras portador.

Juan te escuchó en atento silencio, tras lo cual te indicó que tomaras asiento frente al escritorio.

Esa misma noche redactabais juntos el memorial con las condiciones de Juan para un eventual regreso a España, que tú encomendarías más tarde a Pedro del Real, al alcanzar Segovia, para que lo llevara en tu nombre hasta la corte de Madrid y se lo entregara en mano al marqués de Pescara.

—Necesitaré garantías y un salvoconducto para setenta personas y para mis bienes; otro para la Inquisición romana, para no ser molestados por cosas pasadas; y un tercer salvoconducto para todos sus reinos por los que deberemos pasar —exigió con voz firme.

Antes de que despuntara el alba, habíais elaborado las peticiones al rey Felipe, que, como te había dejado entrever el marqués de Pescara, aquel acogería favorablemente. Le aseguraste entonces a Juan que en cuanto te repusieras del cansancio del viaje, emprenderías de inmediato la vuelta a España.

Juan te miró con tristeza y, con la cabeza gacha, suspiró apesadumbrado:

—¿Qué será de los judíos de aquí, Agustín? ¿Qué será de todos aquellos a los que ayudamos, si yo me marcho?

Y comprendiste que Juan aguardaría todo lo que le fuera posible, oculto en su palacio, hasta que se olvidaran de él y el peligro pasara.

A pesar de que desconfiabas del valor que fueran a tener en España las promesas de un rey frente a la todopoderosa Inquisición, te intentaste convencer de que habías

hecho bien en transmitirle a Juan la propuesta de Pescara.

Disfrutaste de tu breve estancia junto a Jaime y el pequeño Benjamín, el hijo que había tenido tu hermano con Miriam, su joven y rolliza esposa. Querías que estuvieran a salvo, y más que ningún otro, ese pequeño Benjamín, el único portador ya de la herencia judía de tu familia, ahora que Jacobo vivía como cristiano en España. Y, quizás por ello, deseaste con todas tus fuerzas que la vida de Juan dejara de correr peligro en Estambul, y que pudieran permanecer todos ellos allí.

Recuerdo como si fuera ayer que, a medida que se aproximaba el final de tu relato, tus gestos se iban tornando angustiosamente lentos, tu voz más pastosa...

Me levanté y te ayudé a incorporarte, y no olvidé llevarme conmigo la biblia de Jaime, para que Celestina no la fuera a encontrar.

Te acompañé hasta la puerta de tu dormitorio para que pudieras descansar y recobrar las fuerzas. Tú sonreíste y pareció como si de pronto recordaras que no me habías dicho lo más importante: me agarraste bruscamente del brazo y me dijiste que la víspera de tu vuelta a España os reunisteis Jaime y tú, a solas, para despediros e intercambiar vuestros bienes más preciados.

Tú le habías entregado a Jaime el retrato de Rodrigo del que Brianda nunca se separó, y Jaime a ti, su biblia. Y cada uno se había quedado con una de las mitades en que Jaime había partido la moneda con la efigie de Gracia la Chica, para poder unir las de nuevo cuando os reunierais.

—Nosotros, o nuestros descendientes... —Habías añadido tú, sabedor ya de lo dificultoso de ese viaje que no te sentías con fuerzas de repetir.

Me miraste con una solemnidad que me sobrecogió y me hiciste prometer que le entregaría a Jacobo esa biblia, para que él a su vez pudiera legársela a los hijos que un día tendría. Y así, hasta que los descendientes de Jaime y los tuyos se reencontraran y reunieran los presentes que vosotros dos habíais intercambiado a orillas del Bósforo.

—Solo así nos recordarán —añadiste—. Solo así sabrán de dónde provienen y quiénes fuimos. Debes contarle a Jacobo nuestra historia.

Te aseguré llorosa que te pondrías bien y que tú mismo podrías contarle a Jacobo todo lo que quisieras, pero volviste a insistir:

—Tienes que prometérmelo, Leonor.

Y yo te lo prometí.

No saliste de tu habitación a la mañana siguiente.

Temía tanto descubrir que mis peores presentimientos se hubieran cumplido que no me atreví a entrar a ver cómo te encontrabas hasta bien avanzada la tarde.

Yacías sobre la colcha, vestido con la ropa de la víspera. No habías llegado

siquiera a descalzarte las botas.

Caí de rodillas junto a tu lecho, sollozando como una posesa. Cuando conseguí sosegarme al fin, acerqué una silla a tu vera y, sentada allí, te velé hasta que llegó Jacobo.

Mi prima Jimena se encargó de organizar el entierro. Jacobo me sostuvo en pie en el cementerio. De vuelta a casa, con la ayuda de Celestina, me ayudó a cambiarme de ropa y a meterme en la cama.

Dormí profundamente y no desperté hasta bien entrada la noche, con la casa entera sumida en el más profundo silencio.

Me vestí entonces sin hacer ruido y saqué la biblia de debajo del colchón donde la había guardado. Coloqué entre sus páginas la mitad de la moneda con la efigie de Gracia la Chica y la envolví en el chal de rezo de Rodrigo con el que tú la habías protegido durante el viaje, antes de meterla en un joyero vacío que la resguardaría del frío y de la humedad del interior del muro donde pensaba ocultarla.

Con el cofre apretado contra mi pecho, bajé las escaleras iluminadas por la lumbre de la cocina. Una vez allí, conté las piedras del muro, como había visto hacer antaño a madre: cuatro desde el techo, tres desde la esquina de la puerta, y rasqué con un cuchillo la masilla que rodeaba la piedra que ocultaba la hornacina, antes de ejercer palanca sobre ella.

La piedra cedió y dejó al descubierto el escondite vacío en el que mis padres guardaban los documentos de propiedad de la casa y de nuestros viñedos de Ambroz. Introduje en el hueco el cofre con la biblia, lo clausuré con la piedra y antes de regresar a mi cuarto, me aseguré de nuevo de que no se notaba nada.

Al día siguiente sellé la piedra con una masilla que preparé, a escondidas de Celestina y de Jacobo, con polvo de piedra, arena y agua.

Me convencí de que, llegado el momento, le entregaría tu biblia a Jacobo y que cumpliría mi promesa.

No lo he hecho aún, y ahora sé que nunca lo haré.

La claridad del alba se cuele desde hace un rato en la sala en la que he pasado la noche en vela, recordando el largo viaje que me ha devuelto, ya anciana, al lugar del que partí de niña.

La calle recobra sus contornos. Se dibujan los relieves del muro de la catedral, y las ramas del viejo chopo frente a nuestra casa comienzan a despegarse del cielo blanquecino con el que aún se confunden. Suena a lo lejos el traqueteo de una carreta y la voz de una mujer despertando a los suyos.

El cristal de la ventana reflejará durante unos instantes más mi rostro de vieja, los profundos surcos que recorren la carne reblandecida por los años, los párpados marchitos.

Dentro de un rato, Jacobo bajará dispuesto a emprender sus obligaciones fuera de

casa y yo le acariciaré levemente la mejilla, tersa de juventud, y le daré los buenos días. Él sonreirá feliz. Como hace cada mañana... y quiero que lo siga haciendo.

No le hablaré de un patio destartalado de Lisboa en el que jugaban su padre y su tío Jaime de niños; ni de la sonrisa emocionada de su valerosa tía Beatriz a su llegada a Salónica, al oír a una muchedumbre enfervorecida vitoreando su nombre; ni de la felicidad con la que su tío Jaime contempló una mañana de primavera a los novios bajo el palio en una pequeña sinagoga de Ragusa; ni de cómo su abuelo Rodrigo desafiaba el viento que agitaba el velamen del barco que lo alejaría para siempre de Portugal.

No le hablaré tampoco de la tarde en Ferrara en que su prima Reina me mostró, orgullosa, una biblia recién salida de la prensa, igual a la que oculté yo una noche en el interior del muro de nuestra cocina.

Si un día, por una de esas rarezas que tiene a veces la memoria, llegara a contemplar pensativo la bruma matinal que emborrona el frío granito segoviano hasta teñirlo de melancolía, sintiendo que esa luz le traslada a un lugar de desconocidos perfiles que le resultan sin embargo extrañamente familiares; o si, en un fognazo, recordara la mirada arrobada y maternal de una hermosa mujer y me la describiera, no le hablaré de Estambul ni desvelaré que es a Brianda, su verdadera madre, a quien él recuerda.

Sé que con mi silencio traiciono la palabra que te di, Agustín.

Sé que traiciono también la memoria de Rodrigo, de Jaime, de Beatriz, de Diego, de Brianda, de Reina, de Gracia la Chica, de Juan. Y que los condeno al olvido, en esta tierra que fue también la tierra de sus antepasados.

Y porque quiero para él un destino mejor y más clemente que el nuestro, Agustín, no cargaré sobre los hombros de Jacobo el peso de nuestra historia, un peso imposible de sobrellevar en esta tierra asolada hoy por el miedo y la intolerancia, donde la desmemoria que lo aqueja desde la tragedia y que le protege del dolor de los recuerdos puede significar, aquí, su salvación.

EPÍLOGO

Segovia, 9 de enero de 2011

Laura aspiró el aroma a comida que flotaba en la cocina y miró con aire aprobador la mesa del comedor, que esa mañana Gabriel y ella habían dispuesto con sus mejores galas para sus invitados. Comprobó, tras una rápida ojeada al reloj, que Gabriel no tardaría en llegar con Julio, su padre, y con Jaime Saporta. Los había ido a recoger a Madrid para ese almuerzo y a la mañana siguiente viajarían a Israel junto al funcionario de la embajada encargado de custodiar la biblia hasta su entrega en el museo de Jerusalén.

Había llegado al fin el momento de congratularse, se dijo Laura, recordando su enorme esfuerzo para conseguir que su biblia formara parte de una exposición temporal en ese museo, junto al retrato de Durero, su medallón con las dos mitades de la moneda de Gracia Nasí y una pequeña placa explicando cómo se había reunido el lote.

Avivó sonriente la chimenea y observó desde el amplio ventanal el patio nevado y la nieve que hundía bajo su peso la lona del balancín en el que a Alma, la nieta de Gabriel, le gustaba columpiarse cuando venía a pasar el fin de semana con ellos. Al volver a la cocina, en un gesto casi mecánico ya por habitual, acarició al pasar el viejo muro de piedra que albergaba la hornacina donde un día se escondió el legado de su familia.

Y, en un fognazo, tuvo la certeza de que Leonor había estado allí desde el principio, guiando sus pasos, susurrándole primero su historia al oído y alimentando luego su obsesión por reunir, aunque solo fuera temporalmente y en un museo, el legado de los hermanos Manuel.

Cumpliendo así la promesa que le había hecho a Agustín cinco siglos atrás y no había podido honrar entonces.

Agradecimientos

A mis familiares y amigos que se prestaron generosamente a leer los borradores de la novela, por sus valiosos consejos.

A Chavi Azpeitia, por recordarme que una novela histórica no debe dejar de ser una novela.

A Vera Lasry, que leyó uno de los primeros borradores y me acompañó en su coche a Tiberíades y a Safed.

A Ima Parrondo, por su temprano entusiasmo por la historia y sus protagonistas, y su inagotable disposición a leer las numerosas versiones que escribí de la novela, hasta darle su forma definitiva.

A mis padres, por hablarme un día de la extraordinaria mujer que fue Gracia Nasí y descubrirme las cartas conservadas en el Archivo General de Simancas reproducidas en este volumen, que despertaron mi curiosidad y me llevaron a querer escribir esta novela.

A Isaac y a nuestros hijos, Alejandro, Daniela y Carlos, los primeros siempre en leer lo que escribo.

ANEXOS

Genealogía de las familias Mendes y Nasí

Tanto la familia Mendes como la familia Nasí descienden de la ilustre familia Benveniste, que contó entre sus miembros al rabino de la Corona de Aragón.

Semah Benveniste toma el nombre cristiano de Francisco Mendes al recibir el bautismo en Portugal, donde, tras el decreto de expulsión de los Reyes Católicos, se exilian él, su padre, comerciante de gemas en España, y su hermano menor, Meir Benveniste, quien toma a su vez el nombre cristiano de Diego Mendes.

Francisco y Diego Mendes se dedican con éxito al comercio de las gemas, que ampliarán con el comercio de las especias.

Francisco Mendes se casa en Lisboa con Beatriz de Luna, hija del médico de la corte portuguesa y miembro de la familia Nasí, originaria de España. Tienen una hija a la que le ponen el nombre de Reina. Francisco Mendes muere en el año 1536 en Lisboa. Beatriz de Luna, su viuda, se traslada a Amberes, donde vive su cuñado Diego, junto con su hija Reina, su hermana Brianda y sus dos sobrinos, Juan y Samuel, hijos de su hermanastro mayor, médico de la corte como su padre.

Fuentes: *Encyclopaedia Judaica*, y *Doña Gracia of the House of Nasi*, de Cecil Roth.

Cronología

- 1474: Subida al trono de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla.
- 1478: Bula del papa Sixto IV que establece las bases de la Inquisición en España.
- 1481: La Inquisición se instala en España. Comienza la Reconquista.
- 1492: Toma de Granada. Expulsión de los judíos de España. 1496: Matrimonio de Manuel I de Portugal con la infanta Isabel, hija de los Reyes Católicos.
- 1497: Conversión forzosa de los judíos de Portugal. 1506: Matanza de conversos en Lisboa.
- 1510: Nacimiento en Lisboa de Beatriz de Luna.
- 1519: Carlos de Austria es elegido emperador de Alemania frente a su rival Francisco I de Francia.
- 1520: Nacimiento en Lisboa de Juan Micas, sobrino de Beatriz de Luna. Estancia de Alberto Durero en Amberes. Excomuniación de Martín Lutero.
- 1525: El rey Francisco I de Francia es hecho prisionero en la batalla de Pavía.
- 1526: El sultán Solimán toma Budapest.
- 1527: Saqueo de la ciudad de Roma por las tropas imperiales de Carlos V.
- 1528: Matrimonio en Lisboa de Beatriz de Luna y de Francisco Mendes.
- 1529: Sitio de Viena por las tropas turcas bajo el mando del sultán Solimán.
- 1530: Carlos V es coronado emperador en Bolonia por el papa Clemente VII.
- 1531: Creación de la Bolsa en Amberes. Proceso contra Diego Mendes. La Inquisición se instala en Portugal. Nace en Lisboa Reina Mendes, hija de Francisco Mendes y de Beatriz de Luna.
- 1536: Muerte de Francisco Mendes. Su familia abandona Portugal y pasa por Londres antes de alcanzar Amberes. La Inquisición se establece en Portugal.
- 1537: Matrimonio de Diego Mendes con Brianda de Luna, hermana de Beatriz de Luna.
- 1538: Nacimiento en Amberes de Gracia, conocida más tarde como La Chica, hija de Diego Mendes y de Brianda de Luna.
- 1540: Jean de Foix instala en Milán la comisión de vigilancia de los conversos. Edicto en Amberes contra los judíos. 1542: Muerte de Diego Mendes en

Amberes. Presiones de la regente de Gante, María de Hungría, sobre la fortuna de los Mendes.

1544: Don Francisco de Aragón pide la mano de Reina Mendes.

1545: Concilio de Trento.

1546: Dieta de Ratisbona. Carlos v recibe oficialmente a Juan Micas y lo nombra caballero. Nace don Juan de Austria, hijo bastardo del emperador Carlos v y de Bárbara Blomberg.

1547: Muerte de Lutero. Muerte de Enrique VIII. Muerte de Francisco I. Enrique II de Francia se niega a saldar las deudas contraídas con la Casa Mendes.

1548: Las hermanas Brianda y Beatriz de Luna son encarceladas en Venecia. Juan Micas viaja a Estambul y obtiene el apoyo del sultán Solimán a cambio de que la Casa Mendes se instale en Estambul. Brianda y Beatriz de Luna son liberadas.

1550: Decreto de expulsión de los judíos de Venecia. A los conversos se les prohíbe mantener comercio alguno con la Serenísima.

1551: Beatriz de Luna adopta en Ferrara el nombre de Gracia Nasí después de declararse judía, y financia la impresión de la Biblia de Ferrara, la primera traducción al español del Antiguo Testamento.

1553: Peste en Ferrara. El duque de Este expulsa de la ciudad a los conversos recién llegados.

1554: Regreso de los expulsados a la ciudad tras el fin de la epidemia. Boda de Gracia la Chica con Samuel Nasí, hermano de Juan Micas, más tarde conocido como José Nasí.

1555: Boda en Estambul de Reina Mendes y de José Nasí. Matrimonio de Felipe II con María Tudor. El inquisidor Giovanni Pietro Caraffa es elegido Papa con el nombre de Pablo IV. Publica una bula que pone fin a los privilegios de los que gozan hasta entonces los judíos en los Estados papales, les prohíbe ejercer la medicina, ocupar cualquier cargo, tener criados y cohabitar con cristianos. Recrimina al emperador Carlos v por su ascendencia judía. Muere Juana la Loca, madre de Carlos v. Carlos v abdica en su hijo Felipe II. Primeras persecuciones de los judíos de Ancona.

1556: Gracia Nasí consigue que el sultán Solimán intervenga a favor de los judíos de los Estados papales. El duque de Urbino propone el puerto de Pesaro como

alternativa al de Ancona. Gracia Nasí apoya y lidera el embargo del puerto de Ancona.

- 1557: Discusiones entre rabinos de la cuenca mediterránea sobre la continuación del embargo. Carlos v se retira al monasterio de Yuste.
- 1558: Derrota de Gracia Nasí y de los que estaban a favor de prorrogar el embargo. Fin del embargo. El duque de Urbino expulsa a los conversos de sus tierras. Fin de la comunidad judía de Ferrara. Muerte de Carlos v. El sultán Solimán nombra príncipe europeo a José Nasí.
- 1563: El sultán Solimán cede Tiberíades a Gracia Nasí. 1565: Mehmet Sokolli es nombrado gran visir del sultán. 1566: Muere Solimán. Su hijo Selim le sucede y autoriza a José Nasí a cobrarse su deuda impagada con el rey de Francia con los barcos franceses anclados en Alejandría.
- 1567: Selim II nombra a José Nasí duque de Naxos.
- 1568: Revuelta de los moriscos de Granada. Don Juan de Austria lidera la represión de la revuelta.
- 1569: Incendio de Estambul. Los jenízaros masacran a las minorías no musulmanas. Después de esa fecha no se sabe nada más de Gracia ni de su hermana Brianda.
- 1570: Con el apoyo de José Nasí, la flota otomana inicia el sitio de Chipre, propiedad de Venecia desde 1489. El papa Pio v encabeza la Santa Liga, una triple alianza con España e Italia, para enfrentar juntos cualquier ataque.
- 1571: Batalla de Lepanto entre la flota de la Santa Liga liderada por don Juan de Austria y la flota otomana, liderada por Ali Pacha, yerno del sultán Selim II.
- 1571: José Nasí escribe un memorial a Felipe II en el que le solicita garantías para regresar con otras setenta personas y con sus bienes a España.
- 1573: Muere en Safed el rabino y gran cabalista Isaac Luria.
- Paz separada entre el Imperio Otomano y Venecia.
- 1574: Muere Selim II.
- 1578: Muere asesinado el gran visir Sokolli.
- 1579: Muere en Estambul José Nasí, duque de Naxos. 1599: Muere en Estambul Reina Nasí, duquesa de Naxos.

Nota: Naxos es Nicosia y Ragusa es la actual Dubrovnik.

Bibliografía

- Benbassa, Esther y Rodrigue, Aron. *Historia de los judíos sefardíes de Toledo a Salónica*. Abada Editores, 2004.
- Clot, André, *Soliman the Magnificent*. Saqi Books.
- Consejo Superior de Investigaciones Científicas. «Sefarad, Año XIII». Madrid-Barcelona, 1953, Fasc. 2.
- Consejo Superior de Investigaciones Científicas. «Sefarad, Año XXVII». Madrid-Barcelona, 1977, Fascs. 1-2.
- Consejo Superior de Investigaciones Científicas. «Sefarad, Año XLVI». Madrid 1986, Fascs.1-2.
- Encyclopaedia Judaica. Encyclopaedia Britannica.
- Green, Toby. *Inquisition, The reign of fear*. Macmillan, 2007; Thomas Dunne, 2009.
- Julius, John. *The Middle Sea, A History of the Mediterranean*. Norwich, Vintage Books, 2007.
- Julius, John. *A History of Venice*. Norwich, Penguin Books. Lynch, John. «Monarquía e Imperio: El Reinado de Carlos V». Historia de España, *El País*.
- Menz, Henner. *Tesoros de la pintura en la Galería de Dresde*, Madrid-Barcelona-México, Ediciones Daimon Manuel Tamayo, 1964.
- Perez, Joseph. *Historia de una tragedia. La expulsión de los judíos de España*, Barcelona, Biblioteca de Bolsillo, Editorial Crítica, 2004.
- Revista *Historia Thématique* n.º 88. «Venise de Marco Polo à Casanova».
- Revista *Historia, National Geographic* n.º 74. «El esplendor de Sefarad».
- Rosemberg, Shalom. *Good and Evil in Jewish Thought*, Mod Books.
- Roth, Cecil. *Doña Gracia of the House of Nasi*. Filadelfia, The Jewish Publication Society, 1977.
- Roth, Cecil. *The House of Nasi, The Duke of Naxos*. Filadelfia, The Jewish Publication Society.

Cartas conservadas en el Archivo General de Simancas con referencias a Juan Micas y a Agustín Manuel

1.

SALVOCONDUCTO FIRMADO POR EL REY FELIPE II A FRAY VARELY

Saluo conducto para que fray Juan Varely, cavallero de la Orden de Sanct Juan, pueda meter en qualesquier reynos y estados de V. Merced. La persona de Juan Micas, duque de Nicoxia.

Octubre de 1569.

Don Phelippe, por la gracia de Dios rey de España, de las dos Sicilias, de Hierusalem, etc; archiduque de Austria, duque de Borgoña, de Brabante y de Milán, etc; conde de Habsburg, de Flandes y de Tirol, etc.

Por la presente encargamos y mandamos a qualesquier nuestros Vbisoreyes, lugar Tenientes y Capitanes generales de tierra y mar, Capitanes generales y particulares de galeras y de otros Qualesquier oficiales, ministros y súbditos nuestros de todos nuestros reynos, estados y señoríos, de qualquier estado, grado y condición que sean, y a cada vno y a qualquier dellos a quien la presente fuere mostrada, y lo en ella contenido tocara en qualquier manera:

Que dexen meter a fray Juan Varely, cauallero de la Orden de Sanct Juan, en qualquier puerto de nuestros reynos, estados y señoríos a donde llegare, la persona de Juan Miches, duque de Nicoxia, y traerle, llevarle y mudarle donde y a la parte y lugar o lugares que de los dichos nuestros reynos y señoríos quisiere y por bien tuviere, si que en ello se le ponga embargo, ni impedimento alguno, antes darle todo el fauor y ayuda que para ello pidiere y huviere menester, sin que hagan, ni permitan que se haga lo contrario. Que tal es nuestra voluntad, y de que seremos seruido. Y en testimonio dello mandamos dar la presente firmada de nuestra mano y sellada con nuestro sello secreto.

Dat, en a días del mes de año del Señor de mil y quinientos y sesenta y nueue.

Yo el Rey.

AGS Estado 1132/195. Original y firma real autógrafa.

2.

MEMORIAL FECHADO EN 1571 EN EL QUE JUAN MICAS SOLICITA A FELIPE II GARANTÍAS PARA REGRESAR CON OTRAS SETENTA PERSONAS Y CON SUS BIENES A ESPAÑA.

Memorial de Juan Miques:

Che s'alcun errore havese usato et eser citato per alcun tempo la lege giudaica che sia perdonato, perche quel che ha fatto e stato per forza; Che habbia vn sauoconduto per lui et per sutanta persone, tanto hebree quanto turche, per le persone et per le faculta che con lui portera; che se seranno queste persone in terra del Pap o d'alcun principe che siano sogure tanto esse quanto le lor faculta et che nessuno li possa impedir per deliti fatti per il passato; che s'habbia Vn saluo conduto de la santa inquisizione romana che non habbia che intendere con le dette persone et faculta; che come seranno in Espagna le dette persone nessuna giusticia ne la santa inquisicione non li possa impedire per deliti passati, se non che ne sia il xiudice sum; che s'habbia Vn saluo conduto di sua merced per tutti li soi regni; che smontanto in qual si voglia d'essi, tanto le persone quanto le lor faculta siano franche d'ogni angaria, gabelli et datij.

AGS Estado 1135/170

3.

CARTA DESCIFRADA DEL DUQUE DE TERRANOVA A DON JUAN DE AUSTRIA DEL 12 DE DICIEMBRE DE 1571, EN LA QUE SE MENCIONA LA CONVENIENCIA DE ENVIAR DE NUEVO A AGUSTÍN MANUEL AL LEVANTE.

Il mastro rationale Locadello m'a informato della pratica che Gioanni Miches ha mouto per mezo de Agostino Manuel di venirsene in christianita, dando in potere di Sua Mg. Ta Castenouo, et essendo poi anchora venuto qua il medesimo Agustino, mi ha parso esser tale l'occasione che per mancamento di diligencia non si debba perderla; ho percio considerato che saria a proposito farlo ritornare in Leuante a riconoscersene lo stato presente delle cose del Turco. Il detoo Miches ha medesima intencione et comodita que prima ha dimostrato d'efetuar la proposta

sua et estabilir con lui la forma, il modo et ancor il tempo dell'executione, et apostar auiso di tutto quello qu per tal mezzo occorra poter intender de quelle partj; et con questo desegno lo incamino a V. A., hauendogli fato pagare trecento scudi per la spesa del viaggio. E esso Agostino m'a detto che per non hauer in finhora portato di qua lettere, li quali ha perso l'or ro suo et per hauersi ritardato il suo ritorno piu di quello che conueneua puo tal volta succeder chel Miques no gli dia intiera credencia, et percio m'a ricercato che l'acompani con alcuna fede di mano consciuta in quelle parj, per la quale si attesti della venuta sua qua et del officio fato con ministro de Sua mg. D et del impedimento del ritorno, et che hor si rimanda apostata, Et hauendomi egli anteposto particolarmente don Gioannj di cardona, ho fato far da lui la ligata fede, la quale mando a V. A. a cio che ella possa farla dare al medismo Augustino o ritenerl, si come le parera meglio, et risoluendose V. A. che gli habbia a seruir il suo viaggio, dargli insieme quel ordine che sara di piu sodisfaciones sua.

AGS Estado 1136/117

4.

CARTA CIFRADA DEL DUQUE DE TERRANOVA A FELIPE II, DE 1572, EN LA QUE SE DICE QUE AGUSTÍN MANUEL HA VUELTO DE ESTAMBUL, ADONDE FUE ENVIADO POR DON JUAN PARA VER A JUAN MICAS.

Agustino Manuelo, il quale nel mese di genaro passato, si come scrissi a V. M.ta, fu mandato dal *signor* Don Gioanni in Leuante sopra la pratica de Gioan Michas, a ritornato, raconta diuersi infortuni sucedutogli nel viaggio, I quali hanno retardato il suo ritorno. Dice esser estatto in Constantinopoli, hauer ritrouato al Michas di molto bon animo in seruitio di Dio e di V. M.ta et porta resolutione da lui che non perda occasione alcuna per effectuarlo, et spiacergli grandemente che per esser detto Manuelo statto rimandato tardi in quelle parti si siano perduti li opportunita, che prima erano delle cose, et per via de Castelnouo, ma che speraua di esser mandato al gouerno di Cipro, che sucedendo fara conoscere il bon seuitio ch'egli dessidera fare, et che per questo conuiene che qua si stia auertito quando esso partira per quel isola.

Dessidera uoler in ogni modo il saluo conduto dimandato, et finalmente hauergli dato una fede di mano sua per la quale atesta quesso Manuelo ha trattato

con lui et soggiungi il detto Manuel hauer lasciato tal, che dal Sig. R Don Gioani, dal quale mi ha portato lettere che dimostrano sodisfatione de lui et mi lo incaminano et raccomandano accioche si tratenghi qua in fin al ritorno di esso Sig.r Don Gioanni.

Dice ancora che la partenza sua di Constantinopoli fu a noue di giuglio a esser uenuto per terra per la via di Ragusa, doue certiffica hauer socperto grandissima et vniuersale inclinatione verso il turco, et esser ratenuto uecino alla detta Citta vna giornata e meza grandissima quantita di mercanzie, le quali soleuano capitare a Castenouo, et esserci prohibitione generale e grande di non lasciar peruenire cosa alcuna nella christianita.

Dell'armata dice che Luchiali e uscito con cento e treta vascelli, et che realmente no ce ne sono piu che 46 galere ben in ordine, et gli altri sono piccioli e mal armati de remieri et marinari, et che'l Turco per rappresentar grande armata al populo gaceua di giorno passar le dette galere buone da Costantinopoli alli Castelli, et ritornarle poi di notte, accioche il giorno facessiro nuoua mostra et apparenza.

La Morea esser molto fortificata di cauallaria et fantaria turchesca a li luochi della marina, ma tutta estare con gran timore della buana fortuna del Sig.r Don Giovanil et da Saloniche hauersi ritirato a dentro terra vna parte delli giudei che habitauano in quel luoco et esser grande la crudelta che Turchi vsano contra quei populi et estrugersi chiese et hauersi tagliato a pezzi gran numero di religiosi greci in tutta la Morea et particolarmente in rn luogho chiamato Santangelo. Questa e la sotanza dle ritorno del detto Manuelo, il quale si tratenera qua sino al ritorno del Sig.r Don Gioani et si andera soccurendo secundo il bisogno. Bacio humilmente I reali mani e piedi di V. M.ta et priego Dio conceda alla M.ta Vra.acquisto di maggiori regni, come per suoi fidelissimi vassalli si desidera. Da Palermo a Xvij d'agosto.

MDLXXII, serrata a 22.

DiVra. Real Cat.ca M.ta.

Humillissimo vasallo et minor criato et suoi piedi baso Charlo Aragonés.

AGS Estado 1137/130.



Berta Tabor: (Madrid, 1958) es socióloga y licenciada en Literatura francesa. Ha publicado ensayos, entrevistas a escritores y relatos en revistas especializadas. Vive en la actualidad en Madrid, donde colabora con varios medios de comunicación. Su primera novela, *La pértiga del funambulista*, fue distinguida como mejor ópera prima en castellano en el Festival du Premier Roman de Chambéry. También ha publicado una versión moderna de *El rey Lear*, en la colección de relatos *Tragedias de Shakespeare*.